Sophie Saint Rose

Serie oficina



Cómplices

Cómplices

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1]

[Capítulo 2]

[Capítulo 3]

[Capítulo 4]

[Capítulo 5]

[Capítulo 6]

[Capítulo 7]

[Capítulo 8]

[Capítulo 9]

[Capítulo 10]

[Capítulo 11]

[Capítulo 12]

[Capítulo 13]

[Epílogo]

Capítulo 1

Coralie empujó el carrito de la limpieza, entrando en la zona de presidencia y estiró el cuello sonriendo para sí cuando vio que la puerta del jefazo estaba abierta. Aún estaba dentro, porque la luz estaba encendida. Sintiendo que su corazón se aceleraba, se acercó a la puerta y a través de la rendija vio como cogía el teléfono. Marcó y cuando se puso el auricular al oído, giró ligeramente su sillón para mirar la ciudad de Nueva York iluminada. Suspiró porque era guapísimo. Su cabello rubio estaba algo despeinado después de tantas horas de trabajo y sin poder evitarlo sus ojos recorrieron su masculino antebrazo al descubierto porque se había enrollado la camisa hasta los codos. Su mirada llegó hasta su mano que mostraba el sello de oro que llevaba en el meñique de la mano izquierda. El anillo con la inicial que llevaban todos los Esdraffo. Su hermana pequeña llevaba uno igual. Lo había visto en las revistas.

Se le alteró el corazón imaginándose con ese anillo y cómo sería la vida a su lado. Se lo comió con los ojos y notó como se tensaba.

—No, Lidia. No te estoy poniendo los cuernos —dijo molesto —. ¡Tengo mucho trabajo con la fusión! ¡Te lo he dicho mil veces!

Hizo una mueca. Su novia. Su perfectísima novia que sería la culpable de que ella nunca consiguiera ese anillo porque se iban a casar. Aunque había que ser realista, no conseguiría ese anillo aunque ella desapareciera del mapa. Era como querer la luna, excepto porque Luka Esdraffo estaba ante ella. Al alcance de su mano, pero a la vez tan lejos como la misma luna.

—¡No me jodas! ¿Estás hablando en serio? —preguntó furioso —. ¡Pues lárgate! ¡Esto hace tiempo que no funciona y ya estoy harto! —Su corazón saltó mientras colgaba el teléfono de mala manera. —Me cago en… —Giró el sillón y el teléfono sonó en ese momento. Él descolgó. —¡Esdraffo! —Luka escuchó lo que le decía. —¡No llores! ¡Eres tú la que quería irse! ¡Pues vete! —Uy, que esta se arrepentía. Ya le parecía a ella… Para dejar a ese hombre habría que estar loca. Él suspiró como si estuviera agotado y apoyó los codos sobre el escritorio pasándose la mano libre por los ojos. —Esto cada vez va a peor. Sabes que es cierto y no voy a fingir que nuestra relación puede solucionarse. Ya no. —Sonrió irónico. —¿Que

me den? Acuérdate de dejar en casa el anillo de dos millones que llevas en el dedo antes de irte. —Rio por lo bajo. —Claro que lo vas a dejar, porque era de mi abuela y como no me lo devuelvas, te voy a meter una demanda que perderás la agencia de modelos que ya me has sacado. ¿Quieres guerra? —Perdió la sonrisa poco a poco. —Te aseguro que no la vas a ganar. —Colgó el teléfono tranquilamente. Era evidente que ya no sentía remordimientos y Coralie sonrió orgullosa de él. Se había dado cuenta a tiempo de que era una aprovechada. Ella se dio cuenta de inmediato cuando vio las fotos del compromiso en la red. Presumía de anillo con una mirada de superioridad que le revolvió las tripas. Pero afortunadamente ya era historia. Soltó una risita sin poder evitarlo y le observó durante unos segundos en los que estuvo leyendo unos documentos. Se mordió el labio inferior porque iba a molestarle y eso no le gustaba nada. Suspirando fue hasta la entrada y encendió las luces haciendo ruido.

—¿Quién está ahí? —preguntó él desde el despacho.

—Limpieza.

—Déjelo para mañana.

Se acercó a la puerta. —Señor, ayer tampoco limpié y me echarán la bronca.

Él sin mirarla siquiera contestó —Que hablen conmigo.

—¿Puedo al menos vaciar la papelera?

Hizo un gesto como si le diera igual y entró en el despacho a toda prisa para acercarse a la mesa y coger la papelera que estaba a rebosar. Él frunció el ceño y levantó la vista cuando salía de allí. Estaba tirando la basura a la bolsa cuando escuchó —¿Eres nueva?

Se acercó a la puerta y sonrió. —Llevo aquí más de dos años, señor Esdraffo.

—¿En esta planta?

—Sí.

—¿Y cómo no te había visto nunca? —preguntó apoyando su espalda en el respaldo de su sillón mirándola de arriba abajo con esos ojos color miel que le alteraban la respiración.

Nerviosa se pasó la mano por la sien apartando uno de sus mechones morenos que se le habían soltado de la coleta.

—Antes venía una señora. —Frunció el ceño. —¿Marcia?

—Martha.

—Eso.

—Yo me encargaba de los baños y los despachos del otro ala del edificio. Ahora que se ha jubilado me encargo de todo. Recorte

de personal —dijo mirándole tímidamente con sus ojos azules. Dejó la papelera en su sitio y susurró —Buenas noches.

—Es mucho trabajo para ti.

—No es para tanto —dijo a toda prisa—. Yo estoy muy contenta. —Solo le faltaba que le dijera algo a su jefe y la echaran.

—¿Sabes qué? No quiero ser responsable de que te digan nada. Limpia si quieres.

Su corazón pegó un salto en su pecho volviéndose. —¿No le molesto?

—No, tranquila. —Siguió trabajando como si nada. Loca de contenta porque no le importaba que se quedara fue a por una bayeta y un paño. Empezó a pasar el polvo para que las superficies brillaran. Lo pasó por encima del sofá de cuero beige, por la mesilla que tenía al lado y por una hermosa lámpara de acero con unas formas femeninas entrelazadas. Al mirarle de reojo le sorprendió que la observara y se sonrojó con fuerza. —Así que estás muy contenta.

—Trabajo de cinco a once. Tengo todo el día libre.

Él frunció el ceño mirando su reloj. —Pues ya llevas hora y media de retraso.

—No pasa nada. Hay días más largos que otros. —Sonrió acercándose a su carrito. Cogió el escalón plegable y el spray para ir hacia las ventanas. Empezó a darles un repaso como hacía cada miércoles.

—¿No tengo una empresa que se encarga de eso?

—Por dentro no. Solo por fuera.

—Entiendo.

Le miró de reojo pulverizando el cristal. Cuando sus ojos coincidieron se sonrojó. —Trabaja hasta tarde —farfulló disimulando.

—Unos días son más largos que otros.

Sonrió y frotó. Por el cristal vio que él se levantaba e iba hacia el mueble que había a la izquierda y abría la nevera. —¿Quieres algo?

Miró sobre su hombro y negó con la cabeza. —No, gracias.

—Venga, ¿un refresco? ¿Una cerveza?

¿Por qué era tan tonta? —¿Una cola?

Él sonrió robándole el aliento y se agachó para coger una lata tendiéndosela. —¿Quieres un vaso?

—No, gracias.

La cogió de su mano y rozó sus dedos sin querer. Sintió una descarga que recorrió todo su cuerpo que la sorprendió muchísimo y se miraron a los ojos durante unos segundos. Luka frunció el ceño antes de agacharse por una lata de cerveza y ella se sonrojó volviendo a las ventanas dejando la lata sobre la repisa. A través del cristal vio como él abría su lata de cerveza sin dejar de observarla. Su corazón se aceleró de tal manera que dejó caer el paño de la impresión. Muerta de vergüenza se agachó y vio que sin ningún disimulo le miraba el trasero. Se volvió sobre su hombro y él levantó una ceja. —¿No bebes?

—Oh, sí. —Más nerviosa que en toda su vida cogió la lata y la abrió. Al acercarla a sus labios se pasó la lengua por ellos. ¡Madre mía, que no te quita ojo, Coralie! Las burbujas le entraron por la nariz y la arrugó mientras tragaba. Mierda.

Él sonrió. —¿Se te ha ido por otro lado?

—Sí.

—No tengas prisa —dijo yendo hacia su mesa y sentándose en su sillón. Dios, era tan masculino que se le caerían las bragas a cualquiera. —Así que llevas aquí dos años.

Quería ligársela. ¡Quería ligársela! No podía desaprovechar esa oportunidad. Sé resuelta, idiota. —Sí, desde que terminé mis estudios.

—¿Y qué estudios son esos?

—Soy violinista.

Él hizo una mueca. —¿Has estudiado en Julia?

—Sí. Pero no me han cogido en ninguna de las pruebas a las que he ido, así que…

—¿Acaso no eres buena? Si has estudiado en Julia dudo que seas mala.

—Mis profesores decían que tengo un instinto especial para mi instrumento. Pero el único trabajo que me han ofrecido era fuera del país en la sinfónica de Londres y me niego a irme.

Él asintió. —Así que un instinto especial.

—Decían que sería la próxima Jascha Heifetz.

—Impresionante. Uno de los mejores violinistas del siglo veinte —dijo interesado—. Me gustaría escucharte. El sonido del violín es algo…

—Mágico —dijeron a la vez.

Se sonrojó. —Quizás algún día.

Pensativo dijo —Sí, quizás.

Como se la quedó mirando no supo qué decir y forzó una sonrisa cogiendo el paño de nuevo.

—Los violinistas tenéis las manos muy delicadas, no deberías hacer este trabajo.

—Ya, pero tengo que comer. Y no es un trabajo pesado —dijo pasando al cristal que tenía tras él sintiendo que su corazón se le iba a salir del pecho. Él giró el sillón poniéndose justo tras ella. Separó los labios de la impresión y consiguió decir casi sin voz —Los apartamentos son caros…

—Mmm… —Por el cristal vio que le miraba las piernas sin ningún disimulo, lo que subió aún más su temperatura. —¿No limpias la parte de arriba?

Se le cortó el aliento y susurró —Sí, claro. —Fue hasta el escalón portátil y lo colocó ante él subiéndose encima. Al estirarse para limpiar la parte de arriba la bata se le subió mostrando sus torneados muslos. Su reflejo le mostró que allí sentado bebía de su cerveza antes de levantar la vista hasta su trasero. Leche, de cualquier otro pensaría que era un pervertido, pero a ella la estaba poniendo a mil. ¡Tenía que decir algo! Algo que dejara claro que no

le importaría tener algo con él. Le miró sobre su hombro y dijo —¿Le gustan?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Son preciosas —dijo sin cortarse un pelo.

—Hago aerobic todos los días.

—Se nota —dijo con la voz más grave.

—Tengo el trasero como una piedra.

Él dejó la cerveza a un lado y se levantó acercándose. —¿No me digas? ¿Puedo?

—Por favor.

Metió las manos por debajo de su bata y rozó sus muslos haciéndola retener el aliento. Su tacto en su piel era maravilloso y cerró los ojos sin darse cuenta. Él elevó las manos metiéndolas por debajo de sus braguitas y la acarició con ansias. —Muy firme.

—Sí… —Se apoyó en el cristal sin poder evitarlo, pero de repente sus manos desaparecieron.

—Joder. —Sorprendida vio que se estiraba para coger el teléfono móvil que estaba sobre su mesa. —Esdraffo. —Apretó los labios volviéndose. —No Amelia, no voy a pagarte esas vacaciones y

más con las notas que has sacado. ¡A este paso no terminarás la universidad en la vida!

Menudas horas para pedir unas vacaciones. ¡Esa niñata era de lo más oportuna!

—¿Que te ha llamado Lidia? ¿Y qué? —Notó como tensaba su espalda. —¿Me estás chantajeando con decírselo a nuestros padres? —Anda con la niña. —¡Me importa una mierda a quien se lo digas! ¡Y por graciosa te acabas de quedar sin asignación! —Colgó el teléfono y lo tiró sobre la mesa antes de pasarse las manos por su cabello.

—¿Continuamos?

La fulminó con la mirada antes de coger su chaqueta. —Tengo que irme.

Separó los labios de la impresión y sin poder articular palabra vio cómo iba hacia la puerta.

—Apaga la luz al salir.

Atónita se quedó allí de pie sobre el escalón. Parpadeó. ¿Lo había soñado todo? Por un instante pensó que sí. Dejó caer los hombros desmoralizada. Había estado tan cerca de catarle… Bajó el escalón y vio su lata de cerveza. La cogió y miró el agujerito. Él había bebido por allí. Sin pensarlo le dio un buen trago.

—¿Qué coño haces?

Sorprendida apartó la cerveza para ver a su supervisor entrando en el despacho y era evidente que estaba de lo más sorprendido. —¿Estás bebiendo?

—Eh… —Negó con la cabeza. —No, claro que no. Estaba aquí y la iba a tirar.

—¡Estabas bebiendo! ¡Llevas más de una hora de retraso y estabas bebiendo! —Se acercó a ella y le arrebató la cerveza de la mano. —Debería echarte a patadas ahora mismo.

Roja como un tomate entró en pánico. No podía perder ese trabajo, se quedaría en la calle. Además, estaba Luka y por unos segundos más con él, haría cualquier cosa. —Te juro que no estaba haciendo nada malo. Estaba ahí y…

—¡No niegues lo que he visto con mis propios ojos! —Dio un paso hacia ella. —¿Qué hablabas con el jefe? —Levantó una de sus cejas castañas. —¿Te gusta que te soben el trasero?

¡Les estaba espiando! Quería morirse de la vergüenza. —No, claro que no.

—Eres una zorrita muy lista. Pero aspiras demasiado alto. —Alargó la mano cogiendo un mechón de su cabello. —Sin embargo,

yo… Puedo ser muy bueno contigo y pasaría por alto ciertas cosas. —Impresionada porque nunca se le había insinuado tan claramente dio un paso atrás, pero él la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —¿Qué me dices? Podemos pasarlo muy bien follando por todos los despachos.

—¡Suéltame, George! —Le empujó alejándose de él, pero de repente la cogió por la cintura tirándola sobre el sofá del despacho. —¡No!

—¿No? Conmigo no, pero con ese cabrón sí. ¡Eres una zorra!

Intentó escapar de él, pero la agarró poniéndole el antebrazo sobre el pecho y metiendo una mano entre sus piernas. —¡No! —Le arrancó las bragas y Coralie sollozó. —¡Déjame!

—Claro que te voy a dejar. Cuando haya terminado contigo —dijo entre dientes sujetando sus muñecas con fuerza con una mano para bajarse con la otra la cremallera del mono que llevaba—. Ven, que te voy a presentar a alguien.

—¡Cabrón! —Consiguió soltar una mano y le empujó haciéndole caer del sofá.

—Serás puta.

Al ver que se levantaba, Coralie alargó la mano cogiendo la lámpara y le golpeó en la cabeza. La miró sorprendido antes de que un hilo de sangre se deslizara por su sien y que cayera de lado sobre el suelo de mármol.

Soltó la lámpara impresionada y se subió al sofá abrazándose las piernas. Sollozó sin poder dejar de mirarle. Le había matado. Dios mío, le había matado.

—¿Qué coño…?

Volvió la vista hasta la puerta para ver que Luka entraba en su despacho mirando incrédulo al tío que estaba en el suelo. Juró por lo bajo antes de ir hacia George y ponerle los dedos en el cuello. —¿Qué coño ha pasado?

—Quería… —Sollozó tapándose la cabeza con los brazos.

Él vio las bragas rotas en el suelo y apretó los labios incorporándose. —¿Qué ha ocurrido? —Se acercó a ella y la cogió por los brazos. —¡Habla de una vez! ¡No hay tiempo para lloros!

—Quería violarme —susurró—. Nos vio y…

Él entrecerró los ojos enderezándose antes de mirar a su jefe. Juró por lo bajo por la sangre y entró en su baño saliendo con dos toallas que le puso en la cabeza.

—¿Qué haces? Hay que llamar a la policía.

—¿Si? Mira guapa, tengo a mi cargo más de seis mil empleados y estoy a punto de firmar una fusión en la que he trabajado dos años, no pienso dejar que me jodáis la vida. —La fulminó con la mirada. —¿O quieres ir a prisión?

Perdió el poco color que tenía en la cara. —¿A prisión? ¡Él me atacó!

—¿Sí? ¿Dónde están los testigos? —El jefe miró a su alrededor y cogió sus bragas del suelo metiéndoselas en el bolsillo de su bata antes de cogerla del brazo levantándola para decirle furioso —¡Espabila! Vamos a sacarle de aquí y a tirarle en cualquier sitio, ¿me oyes? No pienso arruinar la empresa de mi familia y que la prensa se cebe con nosotros porque tú no sepas controlar con quien te acuestas. ¿Estaba celoso? No es problema mío.

—No, te equivocas. Jamás…

—¡No me cuentes tu vida! —le gritó a la cara antes de volverse para mirar el cuerpo—. Joder, las cámaras. Sabrán que estuvo aquí. —Se agachó a toda prisa y tiró de su mono para sacárselo del cuerpo.

—¿Qué haces? —gritó de los nervios.

—Tiene que salir de mi despacho con vida. Ayúdame.

Sintiendo que le temblaba todo se agachó a su lado y tiró de la otra manga. Al pasar el mono por sus caderas vieron que tenía el miembro casi fuera del calzoncillo y Coralie sollozó. —Ya llorarás más tarde —dijo él fríamente tirando del mono por sus piernas. Luka le quitó las botas rápidamente y se incorporó mientras ella se encargaba de terminar de desnudarle.

Al ver que se quitaba la chaqueta a toda prisa preguntó —¿Vas a ponértelo tú?

—Somos más o menos de la misma complexión.

—Pero él es moreno.

Juró por lo bajo y miró a su alrededor. —Necesito una gorra.

Coralie se levantó. —En el despacho de vicepresidencia hay una de un campeonato de golf al lado de un trofeo.

—Ve a por ella.

Pasó a su lado y Luka la cogió del brazo. —¡Así no, límpiate! ¡La cámara te enfocará en cuanto salgas al despacho de Daisy!

Se limpió las lágrimas y al darse cuenta de que su cabello cortado por los hombros se había soltado de la coleta, miró a su alrededor para ver la goma sobre el sofá. Se hizo la coleta

rápidamente y él asintió. —Así, agacha la cabeza y ve a por ella. Métela en el bolsillo. En el despacho de Lewis hay una cámara sobre su mesa. Haz que limpias algo y coge la gorra.

Más nerviosa que en toda su vida cogió el paño y salió del despacho con la cabeza agachada. Hizo que estornudaba para taparse la cara cuando se acercaba a la cámara y fue hacia la salida muerta de miedo. Intentó no correr aunque tenía el corazón desbocado y cuando llegó al despacho del vicepresidente hizo un gesto como si se le hubiera olvidado algo. Entró en él sin encender la luz y fue hasta la estantería cogiendo la gorra. La dobló para meterla en el bolsillo y al salir mostró el paño como si se lo hubiera olvidado dentro. Regresó al despacho casi corriendo y al entrar le vio ya con el mono puesto. Sacó la gorra a toda prisa. —Aquí tienes.

Él se la puso sobre la cabeza. Se veía algo el cabello de su nuca y sollozó sin poder evitarlo. —No funcionará.

—Claro que sí, porque irás delante de mí cuando salgamos y me cubrirás. —Se agachó para coger el cuerpo y con esfuerzo lo tiró dentro del cubo de la basura del carrito. Una de las ruedas de plástico se rompió con su peso. Cogió otra bolsa de basura del carro y mientras la cortaba dijo —Limpia eso.

Al ver la sangre en el suelo por poco le da algo, pero sin saber de dónde sacaba las fuerzas se arrodilló para limpiar la sangre con el paño que aún llevaba en la mano. Sollozó levantándose con las manos llenas de sangre y él le tendió otra bolsa. —Tíralos aquí. Nos desharemos de ellos en otro sitio.

Hizo lo que le mandó y cogió otro paño y el desinfectante. Lo pulverizó por encima y limpió y limpió hasta que el suelo quedó reluciente mientras él metía su ropa en otra de las bolsas. Luka cogió la lámpara y la limpió él mismo. —Deja de llorar —siseó.

—Lo siento.

—Y más lo vas a sentir como le digas algo a alguien. —Colocó la lámpara en su sitio y miró a su alrededor.

—¿Cómo le vamos a sacar? —preguntó con voz temblorosa.

—Otras veces he visto su furgoneta en el parking de la empresa cuando me iba a casa. ¿La trae siempre?

—Sí. A veces me lleva hasta la estación de metro de Union Square.

—Perfecto. —Metió las manos en el mono. —Supongo que estas son las llaves.

Coralie asintió. —Pues nos llevamos su camioneta, te dejo en la parada de metro, y me deshago de él. Tienen que verte las cámaras entrar en el metro, ¿entiendes?

—Sí, sí. ¿Pero vas a ir tú solo a…?

—No te preocupes por eso. Lo importante es que al salir de la empresa no te demores mucho en entrar en el metro.

—¿Y tú?

—En cuanto me libre de la camioneta, me iré a casa y asunto olvidado.

—Pero no habrás salido del despacho. ¿Cómo vas a ir a tu casa si aún estás en el despacho?

Juró por lo bajo volviéndose y entonces entrecerró los ojos. —La cámara mira directamente a la mesa de Daisy y tiene una clavija que la conecta al sistema. En cuanto salgamos alargaré la mano y apenas fallará unos segundos. Ese será el momento en el que he salido.

—¿Y el resto de las cámaras? ¡No te verán salir! —gritó histérica—. Voy a llamar a la policía.

—¿Ahora que hemos hecho esto? —preguntó como si fuera tonta sonrojándola.

—No va a salir bien.

—Haré que me he quedado trabajando toda la noche. La luz estará encendida como el ordenador que siempre está conectado por si trabajo desde casa. —Sus ojos brillaron. —Eso, haré que trabajo y lo haré desde casa.

—¡No habrás salido de tu despacho! ¿Cómo vas a entrar por la mañana?

Miró el carrito. —Como va a salir él. Antes de que llegue Daisy me traerás de vuelta.

—¡No entro hasta las cinco!

—Dirás que te has dejado algo en mi despacho y que no quieres que se enfaden contigo.

—¿Cómo qué? ¿Un cadáver?

—Muy graciosa. —De repente sonrió. —Tu móvil.

—¿Y por qué se iban a enfadar conmigo por eso? —preguntó incrédula.

—¡Y yo qué sé!

—Menuda mente criminal tienes.

Empezó a dar vueltas de un lado a otro y al ver las ventanas levantó una ceja. —Diré que se me olvidó limpiarlas ayer después de

echarles el producto. Que como estabas aquí tenía que apurarme y que no me di cuenta de que no terminaba de limpiarlas con las prisas.

—Muy bien, yo aprovecharé para entrar por el garaje en el coche de Billy.

—¿Tu primo? ¿Y si viene la policía no le interrogará?

—¿Por qué iba a interrogarle? —preguntó furioso.

—¡No puedes implicar a nadie más! Entrarás con un mono de fontanero que yo te llevaré a tu casa en unas horas. En la furgoneta haré un parte que dirá que el grifo de vicepresidencia gotea. Presentarás ese parte al de seguridad y me esperarás en la segunda planta. Tendremos que coger otro carro ya que este debe quedarse en la furgoneta. Los carros normalmente se quedan aquí en los cuartos de la limpieza, pero como este tiene una rueda rota diré que lo metimos en la furgoneta para arreglar.

Él entrecerró los ojos. —Muy bien. ¿Estás lista?

—¡No!

—Empuja el maldito carro.

—Recuerda que hay que dejar la luz encendida. —Fue hacia el carro y de repente se detuvo en seco. —¿Tu novia no estará en tu

casa?

Juró por lo bajo. —Puede.

—¡No puede verte!

—Pues me quedaré en la tuya. Venga, date prisa. Lleváis mucho tiempo aquí.

El carro se resistía un poco. Entre el muerto y la rueda que estaba a punto de caerse no sabía si llegaría al ascensor. Luka al darse cuenta se puso en el lado de la rueda y empujó el carro ligeramente mirando hacia abajo. Cuando iban a salir ella vio un reflejo y susurró —El anillo.

Juró por lo bajo apartando la mano de la vista y empujando el carro por el costado. Él tuvo que apartarse para pasar por la puerta, pero en cuanto llegó al despacho de Daisy volvió a agarrar el carro. —Sonríe —dijo él.

Coralie sonrió y dijo —¿Entonces me llevas a casa?

Gruñó con la cabeza gacha para evitar que le reconociera la cámara.

Cuando llegaron al ascensor ella suspiró del alivio. —Ponte debajo de la cámara del ascensor. Está encima de los botones.

—Bien. —La miró a los ojos. —¿Y tu bolso?

—En la taquilla, abajo. Lo recogeré de la que salimos.

Las puertas del ascensor se abrieron y entraron como si nada. Él se colocó bajo la cámara y pulsó el menos tres. Al mirar hacia ella le siseó —Sonríe, coño.

Forzó una sonrisa. —Eso intento.

—No me vale, tienes una cara de culpable que no puedes con ella. —Entonces la miró sorprendido. —Te falta un botón en la bata.

Ella se miró el escote y abrió los ojos asustada. —No, no.

—Joder.

—Se habrá caído en el sofá. Tengo que subir a por…

—Lo buscaré yo mañana. Ahora sonríe.

Lo hizo a duras penas y cuando salieron del ascensor recorrieron el pasillo de mantenimiento. —Espera. —Ella entró en los vestuarios y no tardó en salir con su bolso puesto en bandolera. Al empujar la doble puerta abatible llegaron a la zona de aparcamiento de mantenimiento donde había varias furgonetas. Fueron hasta la de su jefe y Luka sacó las llaves abriendo la puerta de atrás. La diferencia de altura entre la furgoneta y el suelo era bastante. —Ayúdame a subirlo —dijo él metiéndose en la parte de atrás y cogiendo el carro por el extremo. Ella agarró la barra y tiró hacia

arriba de él. Gimió porque pesaba mucho, pero Luka dio un tirón y su extremo del carro entró en la parte de atrás. Ella solo tuvo que empujar. —Ya está. Sube, rápido.

Coralie cerró las puertas y rodeó la camioneta para abrir la puerta del copiloto. Él se sentó tras el volante y arrancó el motor. —¿Qué tengo que decir al salir?

—Limpiezas CleanShine. Después te abren sin preguntar.

—¿Nos hemos retrasado mucho?

Miró su reloj de pulsera. —Una media hora. Pero depende del día. Puede haber imprevistos. Una noche salimos de aquí a las cuatro de la mañana porque hubo una fuga en el tercer piso. Por eso no creo que digan nada.

Él detuvo la camioneta ante la barrera y pulsó el botón.

—Ya te abro.

—¿Nos ven? —preguntó tenso.

—No lo creo, aquí está muy oscuro.

La barrera se abrió y Luka aceleró ascendiendo la pendiente para sacar la furgoneta del aparcamiento. Ya habían llegado a la calle cuando entró por el otro lado un Jaguar. —¿Qué coño hace Lewis aquí a estas horas?

Coralie palideció. —¿Tu vicepresidente? Tienes que volver.

—¡Ahora no puedo volver! Si me busca en mi despacho diré que fui a archivos a buscar algo que necesitaba.

—Se sabrá por las cámaras que no has estado allí —dijo asustada.

Tenso la miró. —No podemos volver. Hacerlo sí que sería un desastre. ¡Seguridad se preguntará por qué volvemos! Eso sí llamaría la atención.

Muerta de miedo se tapó la cara con las manos. —¡Dios mío, Dios mío!

Él alargó la mano y la cogió por el cuello pegándola a él. —Tranquilízate. No pasará nada. Si no hay cuerpo no hay delito.

Se le cortó el aliento levantando la vista hacia él. —¿Dónde lo vamos a tirar?

—Yo me encargo de eso. ¿Dónde vives?

—En Little Italy. —Le dijo la dirección a toda prisa. —En el bajo.

—Joder, aquí los bajos son los subsuelos.

Hizo una mueca. —Es lo que me puedo permitir.

—¿Tengo que entrar en el portal o solo tengo que bajar las escaleras?

—No la puerta está en el exterior. Hay una verja negra, bajas unos escalones y directamente ya está la entrada. Una puerta roja.

—Bien. Tardaré un par de horas como mucho. En cuanto me deshaga de él y de la camioneta iré en el metro. Llevaré la gorra para que no me capte otra cámara.

—Acuérdate de deshacerte del mono.

—Tranquila.

—Todavía estamos a tiempo.

La advirtió con la mirada. —Ya no estamos a tiempo de nada. —Frunció el ceño. —¿Cómo coño te llamas?

—Coralie.

—Pues escúchame bien, Coralie… No voy a dejar que todo esto me joda la vida. He luchado mucho por llegar hasta mi puesto, ¿sabes?

—Lo sé.

Él frenó en seco ante una boca de metro. —Espérame despierta.

Como si pudiera dormirse en un caso así. ¡Dios, había matado a un hombre! Agarró la correa de su bolso, pero de repente recordó. —¡El parte! —Le escuchó jurar por lo bajo mientras cogía la tablilla y arrancaba una hoja. —Lo rellenaré en casa.

—Bien, date prisa.

—Sí, sí.

La agarró por el brazo. —Ni se te ocurra llamar a nadie.

¿A quién iba a llamar?

—Júramelo.

—Te lo juro.

Él apretó los labios como si no se lo creyera, pero en algún momento tendría que dejarla ir. —Vete.

Saltó de la camioneta y cerró la puerta antes de correr hacia el metro. Con el corazón en la boca pasó el torno y se aseguró que las cámaras la captaran entrando porque hizo que se le caía la tarjeta al suelo y tardó unos segundos en recogerla. Fue hasta las escaleras y bajó a toda prisa sintiendo que el corazón se le saldría del pecho en cualquier momento. Miró a un lado y a otro. A esa hora no había ni un alma y se le pusieron los pelos de punta.

Afortunadamente el metro no tardó en llegar y todo el camino a casa se aferró a su bolso como si eso fuera a ayudarla en algo. Al llegar a su calle corrió hasta su edificio. Abrió la verja casi sin ver y saltó los escalones metiendo la llave a toda prisa. Al cerrar la puerta sollozó dejándose caer al suelo. Había destrozado su vida. Había matado a un hombre, tarde o temprano la cogerían. Se le cortó el aliento porque a Luka también le cogerían. Ahora era su cómplice. No podía dejar que destrozaran la vida de los dos. Diría que le había matado ella en la furgoneta cuando intentó propasarse. En el cuerpo tenía que haber rastros de ADN suyos, ¿no? Eso sería una prueba que la ayudaría en su versión. Sí, si la cogían diría eso. Que cuando la llevaba al metro se propasó y que ella le golpeó con algo. Ya pensaría en eso. De momento a hacerse la tonta. Ya llegaría el momento de declarar. Ahora debía mantener la mente fría. Una ducha, eso es lo que tienes que hacer. Se levantó a toda prisa casi arrancándose la bata y fue hasta el baño quitándose el sujetador. Abrió el grifo de la pequeña ducha y se metió bajo el chorro, aunque estaba fría. Ni lo sintió. Cogió el bote de gel y este casi se le cayó de las manos. —Tienes que calmarte, Coralie. Cálmate —dijo entre dientes echando una buena cantidad de gel sobre la esponja. Se frotó bien, incluso se pasó un cepillo por las uñas antes de

enjabonarse el cabello tres veces. Sollozó y apoyó las manos en los azulejos. —Era un cabrón, Coralie —dijo para sí—. Y fue un accidente. No eres una asesina, solo te defendiste.

Tardó unos segundos en calmarse y cuando cerró el grifo cogió una toalla para rodear su cabeza. Al ponerse ante el espejo vio los morados en el brazo y palideció. —Dios mío… No pasa nada. Te ibas a caer en las escaleras del metro y te agarraron evitando que te cayeras. Todo puede tener justificación. —Se puso su viejo albornoz y salió del baño descalza. Al ver la bata la cogió comprobando que las braguitas estuvieran dentro y sacó una bolsa de basura. Se le cortó el aliento. La basura pasaba en una hora. Corrió fuera de la casa y fue hasta el cubo que estaba a un par de metros. Abrió la tapa y metió la bolsa bien en el fondo antes de regresar. Esperaba que Luka se estuviera deshaciendo del mono de George. Se apretó las manos y se sentó en el sofá abrazándose las piernas, pero estaba tan nerviosa que no se podía estar quieta. Entonces recordó el parte y fue hasta su bolso. Lo agarró y lo llevó hasta la pequeña mesa de la cocina sacando el papel a toda prisa y cogiendo un boli que tenía pegado a la nevera. Lo empezó a rellenar y lo firmó. Con eso Luka podría entrar en la empresa el día siguiente. Entonces recordó el mono de fontanero. Se mordió el labio inferior y sin hacer

ruido se subió a la pequeña encimera de la cocina, abrió la ventanita que daba al patio interior y sacó la cabeza. Sonrió porque como siempre allí estaban dos monos grises colgados para que se secaran. Al ver todas las luces apagadas se encaramó en la ventana y se arrastró por el patio. Mierda, tendría que ducharse de nuevo. Cuando consiguió sacar las piernas por la estrecha ventana corrió hacia el tendal del primer piso y saltó para agarrar la pernera de uno de los monos. Este se desprendió de las pinzas haciendo que casi chillara de la alegría. Corrió hasta su casa y metió las piernas por la ventana. En su prisa por entrar para que no la viera nadie metió el pie en el fregadero y gimió cuando se cortó con algo. Cuando metió el cuerpo se dio cuenta que era el cuchillo con el que había cortado el sándwich que se había llevado al trabajo. Juró por lo bajo y se sentó en la encimera levantando el pie. Aunque la herida era larga no era muy profunda. Se cubrió el pie con un paño de cocina y se bajó para ir hasta el baño. Se echó iodo y se lo envolvió en una gasa. Suspiró del alivio. Tenía el mono, lo había conseguido. Ahora a esperar a Luka.

Capítulo 2

Varias horas después estaba convencida de que le habían pillado y que aparecería la policía en cualquier momento. Su cabello ya se había secado y se había puesto una bata limpia dispuesta a irse de nuevo al trabajo, pero aquello no tenía muy buena pinta. Entonces escuchó el ligero chirrido de la verja y corrió hacia la puerta para mirar por la mirilla. Al ver la gorra abrió a toda prisa y él entró en la casa vestido con su traje gris. Se quitó la gorra. —¿Te has duchado?

—Sí.

—Ahora iré yo. —Repasó con la mirada su pequeño apartamento y vio la luz del baño encendida. —Apaga las luces.

Ella corrió hacia el interruptor y apagó la luz. —¿Dónde lo has dejado?

—Es mejor que no lo sepas. Y lo que he hecho con la furgoneta tampoco te lo voy a decir. —Se quitó la chaqueta. —Límpiame los zapatos y los bajos del pantalón.

—Sí, sí —susurró.

—Procura no hacer ruido. —Cuando se quitó los pantalones mostrando unos gayumbos negros se le cortó el aliento, pero los cogió de inmediato. Él fue hasta el baño y cerró la puerta antes de encender la luz que se vio por la rendija inferior. A toda prisa cogió los zapatos y fue hasta la pila. Con el estropajo frotó las suelas y echó desinfectante. Como eran de calidad los aclaró bajo el grifo porque sabía que no dejarían pasar el agua. Los secó con un paño y cuando terminó cogió el betún de debajo del fregadero mientras oía el agua de la ducha. Esperaba que la señora Mills no le escuchara. Era un poco cotilla y se preguntaría por qué se duchaba dos veces. Cuando estaba frotando los zapatos con energía él salió del baño con una toalla rodeando sus caderas mostrando unos abdominales que eran para morirse de la impresión y fue hasta la nevera abriéndola para ver lo que había. Intentando reponerse dijo mirando ese duro trasero. —¿Tienes hambre?

—Me muero por un whisky, pero supongo que no tienes. —Cerró la nevera. —Y cerveza tampoco.

—Tengo vodka. —Abrió la alacena y sacó la botella que estaba sin empezar. —Me la regaló mi amiga Shelly en una noche de chicas y al final no la bebimos. —Sacó un vaso a toda prisa y fue hasta la nevera abriendo el congelador para sacar el hielo.

—Tómate otro, te vendrá bien. —Se dejó caer en el sofá y este chirrió por su peso. —¿Sofá cama?

—No hay habitación.

—Nena, necesitas otro empleo.

—Sí, como para cambiar ahora. —Fue hasta la alacena y cogió otro vaso. Cuando los preparó, le llevó el suyo con una buena cantidad de vodka y se lo tendió. Él lo cogió rozando sus manos. —Eso levantaría sospechas.

Él asintió antes de beber su vodka casi de un trago. —Argg, esto es una mierda.

—Lo siento, pero el de marca ya me lo he acabado —dijo irónica sentándose a su lado. Bebió un buen trago y cerró los ojos intentando tragar. Cuando lo hizo susurró —Sí, es una mierda. Como toda esta noche.

—Y que lo digas. —Él suspiró dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sofá. —Estoy agotado, joder. Me he levantado a las

cinco.

Le miró de reojo. —Duerme un poco.

—No, debemos irnos.

—Por una hora no pasará nada. Tu secretaria no llega hasta las nueve. —Miró el reloj de la cocina. —Son casi las seis.

—Una buena razón para irnos. —Se levantó y cogió la botella de la encimera echándose otro trago. —¿Mi pantalón está limpió?

—Enseguida termino —dijo levantándose. Lo cogió y extendió los bajos sobre la encimera. Pasó una esponja por ellos antes de pasar el paño intentando ser concienzuda.

—Es hasta llegar a la empresa. En la oficina tengo otros trajes. Ese saldrá para la tintorería a las diez que es cuando llega el chico del correo para los recados.

Suspiró del alivio. —Bien. Entonces ya está.

Él lo cogió con los zapatos y regresó al baño. Mientras se vestía ella se apretó las manos y cogió el mono acercándose a la puerta. —Tienes que ponerte esto.

La puerta se abrió y asintió al verlo. Se lo puso encima del pantalón y dijo —Mete la chaqueta del traje en tu bolso. La cogió a toda prisa e hizo lo que le mandaba. Un minuto después él salía con

el mono puesto, pero los zapatos se notaban mucho. —Esos zapatos…

—Tendremos que arriesgarnos. Le he puesto las botas a tu jefe. —Se puso la gorra y vio el parte de trabajo sobre la mesa, así que lo cogió doblándolo y metiéndoselo en el bolsillo del mono. —No tengo herramientas. Diré que me acerco a echar un vistazo a la avería.

—No te verán salir.

—Eso ya no será problema. Vámonos. No hagas ruido.

Salieron en silencio y cerró la puerta con llave. Cuando llegaron al final de la calle él dijo —Nos vemos allí.

—En la segunda planta. Ve al cuarto de la limpieza y espérame allí.

Él asintió caminando calle abajo y ella torció la esquina para ir hacia otra parada de metro. ¿Cómo era posible que estuviera cada vez más nerviosa? Ya queda poco, Coralie.

Cuando llegó a la empresa no le quedó más remedio que entrar por la puerta principal. Fue directamente a la recepción que

en ese momento estaba ocupada por uno de seguridad. Peter le sonrió. —Pero bueno, ¿qué haces aquí?

—He metido la pata hasta el fondo. He dejado el limpiacristales echado en el despacho del jefazo y se me ha olvidado quitarlo con las prisas porque él estaba allí. Tengo que limpiarlo antes de que llegue.

—Pues aún está arriba. Se ha quedado trabajando toda la noche.

Le miró con los ojos como platos. —Mierda.

—Tranquila, no creo que te reprenda por eso. Además, te has dado cuenta antes de que tuviera ninguna reunión. —Le guiñó un ojo. —Suerte.

—Como se entere mi jefe me mata —dijo yendo hacia el ascensor.

—Sí, George tiene muy mala leche cuando se cabrea. No diré nada. Ni te inscribiré.

—Gracias, eres un cielo.

—Oh, por cierto, el fontanero ya está arriba echando un vistazo. Ya que vas por allí, ¿puedes pasarte por si necesita algo?

—Sí, claro. —A ver cómo justificaba que no se lo había encontrado.

Se bajó en el segundo piso y caminó hasta el cuarto de la limpieza. Al entrar la luz estaba apagada y susurró —Luka…

—Ya estoy aquí dentro.

—¿Dentro?

—En el carro. Date prisa.

Tiró de aquel armatoste para sacarlo y fue hasta el ascensor tan aprisa como podía. Subió al último piso y al salir susurró —Me han dicho que controle al fontanero.

—Antes de salir del edificio, irás a mirar y dirás que no le has visto. Cerrarán el pico porque es un problema de seguridad.

—Vale. —Entró en su despacho y se detuvo ante la puerta. —¿Señor Esdraffo?

—¿Qué haces?

—Hacer que hablo contigo, cierra el pico. —Metió la cabeza y forzó una sonrisa —Siento molestarle, pero…—Metió el carro y cerró la puerta. Suspiró del alivio. —Lo hemos conseguido.

Él se levantó y el carro se movió. Coralie le cogió del brazo sujetando el carro con la otra mano. Luka saltó con agilidad y fue

directamente al baño. —Busca el botón.

A toda prisa corrió hacia el sofá y metió las manos entre el respaldo y los asientos. Pero no lo encontró. Se agachó para mirar por debajo y suspiró del alivio cuando lo vio allí tirado. —Lo tengo.

—Límpialo todo de nuevo. —Fue hasta los productos de limpieza y cogió un envase con un paño. Repasó todas las superficies de nuevo y al ver la lámpara palideció, pero la frotó con energía. Él salió poniéndose una corbata roja cuando estaba limpiando el suelo de rodillas ante el sofá. —¿Todo bien?

Iba a levantarse cuando vio una gota de sangre en la pata de la mesa de la lámpara. Se agachó frotando con fuerza limpiándola una y otra vez. —Ya está, nena. —Reprimiendo las lágrimas siguió limpiando. —¡Coralie ya está!

—Necesito lejía.

Se levantó para ir a por ella, pero él la cogió por los brazos. —Eso lo harás esta noche. Ahora tienes que irte.

—Pero…

—Hazme caso. No denunciarán su desaparición hasta pasadas cuarenta y ocho horas. Tendrás mucho tiempo para limpiar. Ahora

respira hondo. —Lo hizo mirando sus ojos. —Vuelve a casa y duerme. Tómate un sedante si es necesario.

—No tengo.

Él fue hasta su escritorio y abrió un cajón. —Yo tomo una todas las noches para dormir. Mi secretaria siempre va a buscármelas a la farmacia, menos mal que tengo un bote. —Se acercó y le dio dos pastillas. —Tómate solo una, la otra para mañana.

—¿No temes…?

—¿Que me cojan? No, porque yo no tengo ningún móvil, nena. ¿Por qué iba a matarle? Ni siquiera le conocía. ¿Y por qué iba a ayudarte a ti? Si te llaman para saber algo de él, dirás que te dejó en la parada del metro y que no le viste más. Tan simple como eso.

—Estoy asustada.

La cogió por la nuca. —No me jodas con inseguridades estúpidas, no puedes cagarla ahora —siseó. Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas—. Tienes que ser fuerte. Nos jugamos mucho en esto. Nos jugamos nuestra vida, ¿me has entendido?

—Sí.

—Bien. —Fue hasta el baño y recogió algo del suelo. —Llévate la gorra y el mono. —Los metió en el carrito y se volvió hacia ella. —Esta noche estaré trabajando. Nos veremos entonces. Recuerda, tú no sabes nada.

Asintió y él la observó fijamente mientras se guardaba las pastillas en el bolsillo de la bata y se alejaba hacia el carro con los productos de limpieza en la mano. —Coralie… —Le miró sobre su hombro. —Sonríe.

Forzó una sonrisa y dejó los productos en el carro antes de empujarlo hacia la salida. Al cerrar la puerta vio cómo se ponía la chaqueta del traje azul que llevaría ese día y se preguntó por qué les había pasado eso.

Limpió su planta en tiempo récord y apenas eran las once cuando llegó a su despacho. Frunció el ceño porque la puerta estaba cerrada. Disimulando limpió la mesa de su secretaria y todo lo que había por allí cuando escuchó una risa de mujer. Se quedó de piedra. ¿Una mujer? Estaban en medio de una crisis. ¡La crisis más gorda de su vida, leche! ¿Y él ligando? Porque esa risa no era de ay que

gracioso es, señor Esdraffo, era de quíteme las bragas que lo estoy deseando. Mosqueadísima fue hasta la puerta y abrió de golpe. ¡Estaba besando a una mujer con unas piernas kilométricas! Carraspeó y se separaron con desgana, la verdad. Él levantó una ceja mirándola. —Uy, lo siento. No pensaba que hubiera nadie.

—Lidia, preciosa… ¿Por qué no me esperas en casa? No sé cuándo van a llamarme desde Tokio.

—Pobrecito, siempre trabajando —dijo acariciando su pecho por encima de la camisa mostrando el pedrusco de dos millones que era de su abuela. La madre que lo parió.

Se alejó de él y cogió su carísimo bolsito. —¿Sabes qué? Voy a darme un baño. Te espero en la bañera, cielo.

—Saca una botella de champán para celebrarlo.

Soltó una risita estúpida que le crispó los nervios. —Me encanta reconciliarme contigo. —Caminó hacia ella y Coralie agachó la mirada. Su carísimo perfume llegó hasta ella y se largó sin despedirse.

—Tranquila, puedes limpiar. Solo espero una llamada —dijo para que esa estúpida le oyera.

En cuanto entró en el ascensor le fulminó con la mirada empujando su carrito. —¿Has vuelto con ella?

—No era buen momento para dejar lo nuestro. Saldría en la prensa y tenemos que pasar desapercibidos. —Frunció el ceño. —¿Cómo sabías que lo habíamos dejado?

Mierda. —Pues… Lo oí ayer antes de entrar. No quería interrumpirte, pero como no salías…

La miró con desconfianza. —Así que sabías que estaba comprometido.

—Cuando entré en el despacho ya no estabas comprometido. —Cogió los productos de limpieza y entró en el baño. —Me han llamado.

Él se acercó. —¿Quién?

—La mujer de George. Llamaron a la empresa y le dieron mi número. —Empezó a frotar el lavabo con ganas. —Me preguntó por él. Si sabía algo.

—¿Qué le dijiste?

—Que como hacía otras veces cuando salíamos muy tarde, me había llevado hasta la parada del metro. Le pregunté qué era lo que pasaba. —Asustada le miró a través del espejo. —¿Hice bien?

—Sí, no preguntar hubiera sido raro.

—Ella me dijo que no había ido a dormir. Parecía angustiada —dijo con la voz congestionada por sus ganas de llorar—. Tienen dos hijos.

—No pienses en eso, piensa que era un cabrón que intentó violarte —siseó.

—¿Aquí no han llamado?

—¿Por qué iban a llamar? Además, a mí nadie me molestaría con eso.

—No, claro que no.

—Sigue así. ¿Dejaste la gorra en el despacho de vicepresidencia?

—Sí. Y dije abajo que el fontanero había arreglado el grifo pero que no le había visto. Peter no le dio importancia. Dijo que seguro que había salido cuando él había ido al baño.

—¿El mono?

—En el tendal de mi vecina como estaba antes.

Él sonrió. —Bien hecho, nena.

—¿Seguro?

—No hay cabos sueltos.

—Sí que los hay. No sabemos si tu vicepresidente sabe que no estabas en el despacho. —Dio un paso hacia él. —¿Sabes qué vino a hacer aquí?

Entrecerró los ojos como si algo no le gustara un pelo. —No. ¿Y adivina lo más sorprendente?

—Por favor, no me sorprendas más.

La cogió por los brazos. —Tranquilízate.

—Tienes unos nervios de acero.

—Alguien debe tenerlos.

Levantó la vista hasta sus ojos. —¿Qué es lo más sorprendente?

—Le dije que me había quedado toda la noche trabajando y no comentó que él hubiera venido a la empresa a nada. ¿No es extraño?

Entrecerró los ojos. —Algo no huele bien.

—Eso mismo pienso yo.

—Voy a echar lejía en el inodoro.

—¡Nena, no quería que supiera que estuvo aquí!

—Oh.

—Por eso… —Salió del baño y ella muy nerviosa fue tras el para verle coger un post-it del escritorio. —Vas a entrar en su despacho y vas a encender el ordenador. Cuando te pida una clave metes esta.

—Pero…

—Yo te ayudé ayer.

—¡Yo quería llamar a la policía!

—Vas a entrar ahí y hacer lo que te digo.

—Puedes hacerlo tú, es tu empresa.

—Es un vicepresidente cojonudo, ¿y que piense que no me fío de él?

—¡No te fías de él!

—¿Vas a hacer esto por mí o no?

—¿Y si me pillan?

—¿Quién te va a pillar?

—Ya he limpiado su despacho, espera a mañana.

Él suspiró. —Tengo la firma de la fusión más importante de mi carrera en cinco días. Si me la está jugando no puedo perder ni un segundo.

Miró el post-it en sus dedos y se lo arrebató de la mano. —¿Qué tengo que buscar?

—Ahí también tienes mi correo. Transfiere todos sus correos electrónicos. ¿Podrás hacerlo?

—Era un hacha en informática.

—Perfecto nena, te espero aquí.

Como si nada cogió dos rollos de papel higiénico y él sonrió haciéndola gruñir. Salió del despacho y fue hasta el despacho del vicepresidente. Dejó los rollos en el baño y corriendo fue hasta el ordenador. Movió el ratón y se quedó de piedra porque estaba encendido. ¿Este pensaba volver esa noche? A toda prisa llevó la flecha al sobre que estaba en la barra de tareas y abrió su correo. Sacó el post-it del bolsillo y seleccionó todos los correos para reenviárselos a Luka. El circulito girando en la pantalla la puso de los nervios, pero era lógico que tardara ¿cuántos correos debía tener? Temiendo que la pillaran apagó la pantalla y fue hasta el baño. Disimuló con el papel higiénico en la mano y cuando pasaron unos minutos regresó a la mesa para ver que ya había terminado. ¿Ya? Entrecerrando los ojos bajó la pantalla de los mails y vio que había unos veinte. ¿Quién borraba sus mails? Y más en el trabajo. Entonces se le cortó el aliento porque todos los mails habían sido

enviados desde una misma dirección de correo. Aquello atufaba… No seas paranoica igual es su novia y es su correo personal. Al ir al icono del nombre pinchó encima para ver que tenía dos direcciones de correo y la segunda dirección sí era la de la empresa porque ponía Esdraffo en ella. —¿Ves? Tiene dos correos electrónicos. —Volvió a la otra y abrió el primer correo. Al leer rápidamente hizo una mueca. —Pues sí que te la está pegando, sí.

—¡Me cago en la puta! —escuchó decir a lo lejos.

Sorprendida apagó el ordenador y corrió hacia la puerta. Salió regresando al despacho y se acercó a la mesa. —¿Le he pillado?

—Y cómo, nena —dijo entre dientes sin dejar de mirar la pantalla—. Será hijo de puta.

—¿Tiene arreglo?

—Más me vale. —Levantó el teléfono. —Vete, tengo que llamar a los abogados.

—¡No he limpiado!

—Coralie…

—¡Voy a limpiar!

Volvió a entrar en el baño y le escuchó decir —¡Os necesito en la empresa ya!

Esos ya estaban saltando de la cama, pensó frotando el lavabo. Echó detergente en la ducha y frotó y frotó. —Nena, tienes que irte.

—Y si hay alguna prueba, ¿eh? No pienso arriesgarme.

Él atónito vio como pasaba el estropajo y echaba lejía en el sumidero. —Puede haber algún pelo, una fibra… Son muy listos. Tienen microscopios y esas cosas. Necesito un destornillador.

—¡Para qué!

—Para sacar lo que haya dentro del sumidero.

—Mi empresa, eso es lo que está ahí.

—Serás exagerado. ¿Tienes un abrecartas? Con eso me vale. —Fue hasta el escritorio y al encontrarlo lo cogió sonriendo.

—Era de mi abuelo.

—Tranquilo, no le pasará nada. Es de oro. El oro aguanta mucho.

—Van a llegar mis abogados de un momento a otro. Tienes que irte.

—Acabo enseguida. —Ni corta ni perezosa se agachó y empezó a dar vueltas al tornillito que tenía en medio. En cuanto lo sacó quitó la rejilla y metió la mano rodeando el sumidero. Al sacarla

su guante estaba limpio. Cogió la botella de lejía y se empapó bien el guante para pasarlo por él.

—Coralie estás perdiendo la cabeza.

—Ya me lo agradecerás. —Colocó todo en su sitio y le tendió el abrecartas. —Coge.

—Date prisa —dijo entre dientes saliendo del baño—. No pueden verte aquí.

Limpió todo en tiempo récord y cuando salió él estaba hablando por teléfono. —Lo siento cielo, pero este problema que acaba de surgir no puedo postergarlo más tiempo. Tomaremos ese champán otro día, ¿de acuerdo? —Colgó el teléfono y ella parpadeó. —¿Qué?

—No le has dicho que la quieres.

—¿Tenía que decírselo?

—No me extraña que esté insegura.

—¡Claro que está insegura, lo hemos dejado! ¿Quieres irte de una vez?

Gruñó yendo hasta su carrito y cogió el spray. —Esta fórmula no me fallará.

Atónito vio que empezaba a limpiar la zona del crimen. —¿Otra vez?

—Eso mismo decía mi profesor de técnica. Una y otra vez. Hazlo una y otra vez. Repite, repite. Hasta soñaba con esas palabras. Así que a machacona no me gana nadie —dijo frotando el suelo.

—¡Pues deberías ir a más audiciones!

Hizo una mueca y él al ver que no contestaba entrecerró los ojos. —Vas a las audiciones, ¿no?

—Sí, claro —contestó con la boca pequeña.

Él se levantó de su sillón. —¡Coralie no me mientas!

Agachó la mirada sin dejar de frotar.

—¿Hace cuánto que no vas a una audición?

—Poco.

—¿Cuánto es poco? ¿Una semana?

—Algo más de dos años.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Dos años? —Se apoyó en sus talones y levantó la vista hacia él. —¿A cuántas audiciones has ido?

Suspiró porque hablar de aquello no le gustaba un pelo. —La primera fue un desastre. Se me rompió una cuerda y me puse tan nerviosa que se me cayó el instrumento. En la segunda me dijeron que no valía. —Se mordió el labio inferior observando su reacción.

—¿Sabes cuántas veces me han dicho que no hasta llegar aquí?

—¡Eres el jefe y de la familia fundadora, no compares!

—¡No puedes rendirte, Coralie!

—¡Fue humillante! ¡Después de tocar desde los cuatro años me dicen eso! ¡Necesitaba recuperarme!

—¿Dos años? Al menos estarás practicando —siseó como si que no lo hiciera fuera un delito más grave que el asesinato.

—Sí, tres horas todos los días, pero…

—¡A partir de ahora practicarás cinco e irás a todas las pruebas que encuentres! ¡Como si es para asistir a bodas, al menos así se te irá quitando ese miedo escénico!

—¡Yo no tengo miedo escénico, daba recitales cuando estudiaba!

—Entonces lo que no aguantas son las críticas. —De repente sonrió. —Eso es muy de genios.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Sí, nena. Hablaremos de esto mañana. Tienes que irte.

—Muy bien, pero mañana me dejas limpiar. Y no protestarás.

Él asintió yendo hasta su mesa. —Y practica.

Empujó el carrito hasta la puerta y entonces se detuvo. —Luka…

Con el teléfono en la mano levantó la vista hasta ella. —Gracias por ayudarme.

—Me he ayudado a mí mismo, nena. Te lo aseguro.

—No hablo de eso. Practicaré.

Capítulo 3

Su teléfono móvil sonó y gimió alargando la mano. Esas pastillas de Luka eran brutales, tenía que pedirle más. —¿Diga?

—¿Coralie Meyers?

—¿Quién es? Paso de cambiar de compañía de luz, así que no me molesten más.

—Le llama la policía.

Se sentó de golpe. —¿La qué?

—Soy la detective Portland y necesito que venga a la veinticuatro para hablar con usted. Sé que se acuesta tarde. ¿Sobre las doce le parece bien?

De los nervios preguntó —¿Ha pasado algo? Dios mío, es George, ¿verdad? Ayer no le encontraban y esta noche no fue a trabajar.

—Precisamente. Tengo entendido que es la última persona con la que estuvo la noche de su desaparición. ¿Puede venir a hablar de ello?

Sabía que ese momento llegaría. —Sí, claro. ¿A las doce ha dicho?

—Sí, a esa hora sería perfecto. Gracias.

—De nada. —Colgó el teléfono pensativa. —Todavía no habían pasado cuarenta y ocho horas de su desaparición y si ya lo estaban investigando es porque tenían algo. —Mierda. —Se levantó para correr hacia la ducha.

A las doce menos diez entró en la comisaría y se acercó a la recepción. Una policía le sonrió. —¿En qué puedo ayudarla?

—La detective Portland quiere verme.

—Suba y el despacho del fondo a la derecha.

—Gracias.

—De nada.

Sintiendo el corazón en la boca subió los escalones y para relajarse empezó a mover los dedos tocando una de Chopin sobre la

correa del bolso. Cuando se equivocó se detuvo en seco mirando la correa. Ella nunca se equivocaba. Lo hizo de nuevo y ni se dio cuenta de que la detective desde una mesa la observaba mientras hablaba con un compañero. Cuando hizo la pieza perfecta sonrió y miró hacia donde le habían dicho, pero alguien se interpuso. —¿Señorita Meyers?

—¿Si? —Volvió la vista hacia una mujer de unos veintimuchos años vestida con un traje gris con camisa blanca y que llevaba su cabello rubio recogido en un moño a la nuca.

—Soy la detective Cristel Portland.

—Oh… —Alargó la mano. —¿Cómo está usted?

Eso pareció divertirle. —Muy bien, gracias. ¿La primera vez que habla con la policía?

—Pues la verdad es que no, pero nunca había venido a una comisaría.

—No debe preocuparse. Venga conmigo.

La siguió entre las mesas hasta ir hacia un pasillo y allí fueron hasta el último despacho. La detective cerró la puerta en cuanto pasaron. —Siéntese, por favor.

—Gracias. —Intentando relajarse puso el bolso en la silla de al lado mientras ella se sentaba al otro lado de la mesa. —¿Le han encontrado?

—Desgraciadamente no. Pero lo que sí hemos encontrado es su camioneta.

Sonrió. —Entonces debe estar bien, ¿no?

—La camioneta fue incendiada en un callejón del Bronx.

—¡Le han robado!

—Pues no sé qué pensar, la verdad. Este caso empieza a darme algunos quebraderos de cabeza. —Apoyó las manos en la mesa cruzando los dedos sin dejar de observarla. —¿Qué puede contarme usted? Fue la última que le vio.

—Acabamos tarde y como siempre se ofreció a llevarme a la boca del metro. Si aún estaba en la empresa solía hacerlo con Martha y conmigo.

—¿Martha?

—Se ha jubilado. Hace un par de meses. Ahora soy yo la que me encargo de la planta de presidencia. Tiene que estar impecable, ¿sabe? Ese día tardé un poquito más porque quise limpiar las ventanas por dentro. George dijo que me llevaría al metro.

—¿Notó algo raro en él? ¿Algo que le llamara la atención?

Hizo que lo pensaba. —Pues no, la verdad. En realidad no hablamos mucho. Yo estaba cansada y él también. Encima se nos había roto la rueda de un carrito y tuvimos que cargarlo hasta la furgoneta.

Ella asintió y miró un expediente que tenía en la mesa. —Al parecer su esposa la llamó.

—Sí, ayer para saber si sabía algo de él. La pobre no hacía más que llorar.

—¿Sabe si George tenía una amante? ¿Si pensaba dejar a su mujer?

La miró con los ojos como platos. —No. Nunca hablábamos de esas cosas.

—¿Sabe si tenía problemas financieros?

—No lo creo…

—¿Y eso por qué?

—Escuché que le decía a Peter, el de seguridad, que se acababa de comprar un coche.

La detective asintió. —Es cierto. ¿Cómo es su jefe? ¿Es agradable trabajar con él?

—¿Está de broma? No creo que haya ningún jefe con el que sea agradable trabajar.

La detective sonrió para sí. —¿Era duro con usted?

Frunció el ceño. —Pues la verdad es que no, pero es que yo soy muy trabajadora. Aunque me ha echado broncas, como a todos. Sobre todo a Lucy.

—¿Lucy?

—No sé cómo se apellida, lo siento. Trabaja en el cuarto piso. —La detective apuntó. —La semana pasada le echó una bronca monumental porque se le había olvidado poner los rollos de papel higiénico. Le dieron el toque desde administración y él le echó la bronca.

—Entiendo. ¿Cuando la dejó en la boca del metro, le dijo que iba a algún sitio?

—No, creí que se iba a casa.

—¿La dejó en la misma boca de metro de siempre?

—Sí.

—¿Cuál?

—La de la catorce con Union Square.

—¿A qué hora la dejó?

—Sobre las dos y media. —Sus ojos brillaron. —¿Sabe qué? Igual iba a llevar el carrito a la central para sustituirlo.

—¿Con qué carrito ha trabajado usted después de esa noche?

—Con el que me enviaron desde la empresa.

—¿Pero si ese carrito nunca llegó a la empresa cómo sabían ellos que le faltaba a usted?

Mierda, esta era muy lista. —Porque cuando me llamó la mujer de George llamé a la empresa y hablé con un conocido que tengo en suministros por si sabía algo de él. Ahí hablamos del carro y dijo que me enviaría uno. Cuando llegué al trabajo allí estaba.

—Entiendo. —Miró de nuevo el expediente. —He hablado con algunas personas y al parecer George no tiene muy buen carácter.

—Sí, tiene mal genio cuando se enfada. —Se encogió de hombros como si le diera igual. —Pero como todos los jefes, supongo. Es mi primer trabajo.

—¿Toca el violín?

La miró sorprendida. —Sí, ¿cómo lo sabe?

—Por como movía los dedos antes. Eso es de músico y profesional. ¿Trabaja en esto mientras encuentra algo en lo suyo?

—Sí. La cosa está difícil.

—¿Tenía una aventura con George?

—¡No! —exclamó con cara de asco—. Ni se me pasaría por la imaginación.

—No es un hombre feo. Algunas pensarían que es atractivo.

—Pues a mí no me gusta nada. Además, está casado.

—¿Tiene novio?

Se sonrojó ligeramente. —¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Me gustaría saberlo.

—No tengo, ¿vale? Tengo un horario de locos y cuando todo el mundo sale yo estoy trabajando.

—Por eso sería lógico si tuvieran una aventura.

—Le juro por lo más sagrado que jamás me liaría con él.

La mujer sonrió. —Muy bien, puede irse.

—¿Ya? —preguntó sorprendida.

—¿Tiene algo más que decirme?

—Pues no.

—Igual la llamo de nuevo. Nunca se sabe —dijo levantándose y tendiéndole la mano—. Gracias por venir.

—De nada.

Fue hasta la puerta y salió disimulando que le temblaban las piernas. En ese momento un hombre pasó a su lado en el pasillo mirándola atentamente. El hombre se acercó al despacho. —¿Y bien?

—Consígueme unas imágenes del metro de la catorce con Union sobre las dos y media de la mañana. Del interior y el exterior. Vamos a ver si es verdad lo que dice.

—¿No la crees?

La detective entrecerró los ojos. —Oculta algo.

Robert sonrió. —¿Con la cara de buena que tiene?

—Precisamente eso es lo que me llama la atención. Investígala, quiero saberlo todo de ella.

Robert tiró sobre su mesa un montón de papeles y ella suspiró cogiendo el bote de cola para darle un trago. —¿Qué es todo esto?

—Lo que querías de la chica.

—Hazme un resumen.

—Es una niña prodigio. A los cuatro años empezó a tocar el violín y con diez ya daba recitales por todo el mundo. Su verdadero nombre es Coralianne Caruso. Meyers es el apellido de su madre.

—¿Qué coño me estás contando? —preguntó incrédula—. Trabaja de limpiadora.

—Es que estoy todavía en los diez años. Recitales por todo el mundo, programas de televisión…

—La quemaron.

—Déjame terminar.

—Sabes que no tengo paciencia, Robert.

—Sus padres se iban a divorciar cuando tenía catorce años. Su madre se suicidó cuando se enteró de que su marido se casaba con otra.

—No me fastidies.

—Eso provocó que Coralie rechazara a su padre y a su nueva familia porque su padre tuvo otros tres hijos, ¿sabes? Desde la muerte de su madre se negó a dar recitales y aunque él la obligaba al principio, tuvo que dejar de hacerlo porque con un par se quedó con el violín en medio del escenario y no dio ni una nota. Cuando

tuvo dieciocho se largó de casa, se cambió el nombre y no volvió a verle.

—Abandonó su vida.

—Totalmente, porque hasta la casa donde vivían la había pagado ella. —Señaló los papeles. —Todo está ahí.

—Es fuerte.

—Muy fuerte para hacer lo que hizo.

—¿Y el padre?

—Se volvió a divorciar hace un año. Trabaja de profesor de música en un instituto del centro. Su esposa se quedó con todo al tener la custodia de los hijos.

—Con todo lo de Coralie.

—Exacto.

—Y acaba de limpiadora, increíble. ¿Terminó sus estudios?

—Durante el instituto tenía un profesor particular para las clases habituales y cuando se escapó asistió a Julia. —Le miró sorprendida. —Sí, tenía plaza asignada desde los diez años. Con beca total. Fue a las clases, aunque tenía más experiencia que sus profesores —dijo divertido—. He hablado con uno de ellos. —Miró sus notas. —El señor Martinson. "Es un genio, no hay nota o

partitura que se le resista y su alma ha sido entregada a la música. Sus composiciones son auténticas obras de arte.”

—¿También compone?

—Por lo visto... Al parecer no ha superado lo de su madre y ha decidido abandonarlo todo.

—No, solo está encerrada en el dolor y no ha sabido superarlo.

—Eso no lo sabes. ¿Y si realmente no le gustaba la música?

—Entonces no hubiera ido a Julia cuando se libró de su padre. Solo se ha privado de aquello que ese cabrito adoraba.

—Los recitales, que es donde está la pasta.

—Exacto. Sigue amando la música. Mientras hablaba con ella movía los dedos sobre el reposabrazos sin darse cuenta. No puede evitarlo, está dentro de ella. —Suspiró mirando ese montón de papeles y los puso a un lado. —Desgraciadamente esto no nos sirve de nada. ¿Has visto las imágenes?

—Entró en el metro a las dos y treinta y dos. George Kaplan estaba en la camioneta. Una cámara del cruce lo corrobora.

—Así que no tenemos nada.

—He intentado seguir la camioneta a través de las imágenes, pero no he podido conseguirlo.

—Estupendo. Se le pierde en el metro a las dos y media. ¿La camioneta ha dado algo?

—Nada, ninguna prueba, calcinada totalmente.

—¿Con qué la quemaron?

—Creen que con gasolina. Todavía están haciendo pruebas.

—Busca en las gasolineras desde Union al Bronx. A ver si hay suerte y alguien compró gasolina después de las dos y media.

Cuando llegó al trabajo todavía había mucha actividad. Al parecer lo de la fusión estaba en la cuerda floja por los comentarios que corrían entre la plantilla. El despacho del vicepresidente estaba vacío y lo limpió escuchando los gritos de Luka que le llegaban desde su despacho. Estaba de los nervios. Seguramente ese día no podría hablar con él. Mierda, era viernes y hasta el lunes no podrían verse. Limpió lo que podía intentando no molestar, pero a las ocho se dijo que aquello no tenía pinta de parar, lo que indicaba lo mal que estaban las cosas. Lo sintió por él porque había trabajado

muchísimo por esa fusión. A las diez decidió comerse el sándwich que llevaba y fue al cuarto de la limpieza. Se puso los cascos y se sentó sobre una caja para escuchar a Karajan. Estaba con el sándwich a la mitad cuando la puerta se abrió sobresaltándola y la secretaria de Luka le dijo algo. Se quitó los cascos. —¿Qué?

—¿Puedes venir? Han tirado la bandeja del café.

—Sí, sí, claro. —Tiró lo que le quedaba de sándwich en el cubo del carrito y la siguió. —¿Ocurre algo?

—El apocalipsis, eso ocurre —dijo divertida—. El jefe lo arreglará. Ya está en ello y cuando se empeña en algo no hay quien le pare. Intenta no estorbarles, ¿vale?

—No te preocupes.

Entró en el despacho que estaba lleno de gente hablando a la vez y vio que la bandeja se había caído al lado del sofá justo donde George había fallecido. Volvió la vista hasta él que estaba tras su mesa y Luka le dijo —Limpie eso.

—Sí, señor. Enseguida.

Reprimió una sonrisa porque lo había hecho a propósito. Así podría limpiar esa zona de nuevo como quería. Recogió la bandeja con la jarra y todo lo demás, colocándolo sobre el carrito de servicio

que había allí. Miró de reojo a Luka y se dio cuenta de que la observaba. Le hizo un gesto para que dejara de hacerlo y él apartó la vista de inmediato. —¡Señores, no me dan una solución factible!

Todos se callaron en el acto. —Si Morgan´s no quiere firmar el martes, les aseguro que van a rodar cabezas —siseó.

—Lewis no llegó a cerrar el trato. Solo filtró lo que sabía de la fusión —dijo un hombre mayor sentado ante él. —Tú no has hecho nada, no sé por qué no iban a querer firmar.

Miró al hombre uniendo las manos sobre la mesa. —¡Será porque gracias a esa filtración ha perdido el veinte por ciento de sus acciones y solo Dios sabe en qué manos estarán!

—Eso solo te perjudica a ti —dijo el hombre sin intimidarse—. Morgan´s es el que tiene que estar temblando en este momento porque tú no firmes al no saber quién es el accionista.

—¡Y por qué no habéis averiguado quien es! —gritó furioso.

—Se han comprado a través de una sociedad.

—Esto no me gusta nada —dijo otro hombre mirando por la ventana.

—Primo, no me jodas, ¿crees que a mí me gusta?

Ella miró de reojo a su primo que según tenía entendido le llamaban Billy y llevaba dos años trabajando en varios puestos de la empresa hasta llegar a directivo. Este se volvió mostrando que era muy parecido a Luka.

—Cuando firmes esa fusión unirás las dos empresas dejándola como una sola. Morgan tendrá el veinte por ciento, Esdraffo el treinta y cinco por ciento, un desconocido el veinte y el resto en accionistas. Morgan nunca podrá vender sus acciones a menos que lo haga a Esdraffo. Pero si ese tipo consigue más acciones se quedarán con todo, primo. ¡Esdraffo caerá en manos de un desconocido!

—No debería firmar —dijo uno de los hombres—. Ese es mi consejo hasta que esto no se aclare.

—¡Joder! —Se levantó furioso y llevándose las manos a la cabeza fue hasta el ventanal. —Como me entere de quien ha sido…

—¿Y si es Morgan quien lo ha organizado todo?

Todos se volvieron hacia ella que se puso como un tomate.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Billy.

—Tú dedícate a limpiar —dijo otro con desprecio.

—¡Déjala hablar! —Luka la miró a los ojos. —Continúa. ¿Cuál es tu idea?

—Bueno, la fusión era un secreto a voces. En toda la empresa se comentaba. ¿Y si le tendieron una trampa al vicepresidente para que él fuera el chivo expiatorio si se sabía antes de la firma esto de que un desconocido tenía el veinte por ciento? Morgan compra poco a poco sus propias acciones bajo una sociedad pantalla y hace que no sabe nada de lo que está pasando. ¿Por qué comprar el veinte? Si fuera otro fulano cualquiera compraría todas las que pudiera si lo que quisiera es dominar la empresa, ¿no? Es muy significativo que se quedara solo en el veinte. Solo Morgan´s saldría beneficiado si tuviera ese veinte por ciento en su poder. ¿Y para qué? Para tener más que Esdraffo cuando llegue el momento de la firma y superar su treinta y cinco por ciento. Así pueden quedarse con todo. No estaría contraviniendo el acuerdo, él no habría comprado después ni habría vendido nada, pero sería el accionista mayoritario poniendo un presidente de paja en esa sociedad fantasma. Entre los dos te quitarían la presidencia.

Asombrados miraron al jefe y sus dientes rechinaron. —Ese hijo de puta…

—Pero si se anulara la fusión ahora quien más tendría que perder sería Morgan´s, ¿no? Sus acciones caerían en picado. Y si Esdraffo dijera… ¿Yo qué sé? Que ha encontrado desajustes que no le convencían, todo el mundo pensará que son desajustes en sus libros, ¿no?

Todos asintieron de nuevo. Coralie sonrió. —Un rumor aquí otro allá y Morgan's estará pidiendo un crédito en cuatro días. Le regalará las acciones con tal de que se realice la fusión porque si no lo perderán todo.

—¿Billy? —dijo Luka muy serio.

—Dime, primo.

—¿Eso que acaba de decir puede considerarse delito?

—¿Por no querer firmar y decir que algo no te conviene? —preguntó divertido—. No, en absoluto.

—Es poco ético, pero en los negocios a este nivel hemos visto que no hay demasiada ética. Será hijo de puta —dijo el viejo.

—¡Poneos a trabajar! ¡Quiero hundir a ese cabrón!

—Haré las declaraciones al Financial Times ahora mismo —dijo Billy.

—Escoge muy bien tus palabras. Pienso quedarme con Morgan´s y habrá que reflotarla. —Billy asintió yendo hacia la puerta a toda prisa. —Y primo. Trasládate a vicepresidencia.

Los ojos de su primo brillaron. —Gracias, Luka. No te fallaré.

—Lo sé. Eres un Esdraffo, lo llevas en la sangre.

Coralie sonrió por la alegría que le había dado y este le guiñó un ojo antes de salir. Como todos la observaban se agachó para seguir limpiando.

—Dejadme solo.

—Deberíamos hablar de la estrategia que vamos a seguir cuando hables con Morgan —dijo el viejo—. No debes mostrar tus cartas.

—Diré que con todo lo que ha pasado no lo veo claro. —Sonrió malicioso. —Pero eso será el lunes. Que el fin de semana lea la prensa y se ponga nervioso.

Todos sonrieron y él dijo —Iros a casa. Disfrutad del fin de semana.

Salieron hablando y era evidente que estaban bastante satisfechos con la resolución que había tomado. Cuando el último cerró la puerta ella dijo arrodillada en el suelo —¿Y si me equivoco?

—Si te equivocas da lo mismo. No pienso correr el riesgo de perder la empresa que ha fundado mi familia en una operación que es tan peligrosa para nosotros —dijo desde su asiento—. ¿Qué tal el día?

Se sentó sobre sus talones. —Me ha llamado la policía. Me han interrogado en comisaría.

Él apretó los labios. —¿Sospechan de ti?

—Creo que no.

—¿Les dijiste lo del metro?

—Sí.

—Seguro que ya han visto las imágenes y como la furgoneta se iba. Todavía no han dado con él, así que de momento no hay problema. Es solo una desaparición.

—¿Dónde está?

—Ya te lo dije, mejor que no lo sepas.

Se levantó. —Pero…

—Créeme nena, es mejor que no lo sepas. Si hay suerte puede que no lo encuentren nunca y espero que cuando lo hagan no encuentren demasiado.

Se le puso un nudo en la garganta. —Dios mío…

—¿Has practicado?

—¿Qué? —preguntó sorprendida viendo cómo se levantaba y se acercaba a ella.

—¿Has practicado?

—Sí, pero…

—Olvídalo. Es lo mejor para todos. Era un cabrón, ¿recuerdas? Seguro que tenía antecedentes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Los depredadores sexuales no empiezan violando. Seguro que ya había hecho algo antes. —Entrecerró los ojos. —¿Alguna de tus compañeras te ha comentado algo?

Se le cortó el aliento. —Hace un año, Stephanie Golden dejó de trabajar con nosotros de un día para otro. Martha dijo que había ocurrido antes. Que se cansaban, encontraban algo mejor y lo dejaban sin avisar siquiera.

—¿Pero?

—Me la encontré en un outlet que hay en Columbus Circle unas semanas después y estaba pálida y demacrada. Le pregunté si estaba enferma y me dijo que no. Y también me dijo que no había encontrado otro trabajo. Que pensaba volver a estudiar. Parecía

nerviosa e incómoda por verme. No la entretuve más, pero me quedó un mal sabor de boca.

—¿Se te había insinuado antes? ¿Cuando te llevaba al metro?

—Al principio estaba Martha delante y no. Pero cuando ella se jubiló me llevó una vez e insistió mucho en si íbamos a tomar una cerveza. Cuando le dije que no se lo tomó mal, como si se ofendiera por mi rechazo. —Frunció el ceño. —Recuerdo que cuando llegamos a la parada del metro había un coche de policía haciendo un control. Me dijo que me bajara de mala manera y lo hice muy a gusto, te lo aseguro. Después de eso ya no quise ir con él hasta el metro, aunque intentó convencerme muchas veces.

Él asintió. —Si hay algo más, la policía dará con ello. No tardarán en interrogar al resto de las empleadas y llegarán a las mismas conclusiones que nosotros. Seguro que sacan algo.

—Entonces me llamarán de nuevo —dijo asustada—. Se preguntarán por qué no lo intentó conmigo.

Luka juró por lo bajo y apretó los labios. —Di que no sabes nada y que contigo siempre fue correcto.

—La detective Portland ya me ha preguntado si tenía algo con él y le dije que no.

—Insiste en esa versión. —Ella asintió. —Tú no sabes nada de nada. No te salgas de tu historia.

—¿Y si vienen por aquí?

—Yo tampoco sé nada. Estuvo aquí para saber si ocurría algo y te ayudó a sacar el carro. Apenas hablamos porque sois de la limpieza y yo seguí trabajando.

—¿Vas a ir de snob?

—Por supuesto, salgo en las revistas y estoy comprometido con una antigua modelo de Victoria Secret´s. Mantendré el papel que todos me han asignado. El de frío hombre de negocios que le gusta llevar del brazo a una belleza.

—Serás cabrito —siseó.

Él sonrió divertido. —¿Estás celosa?

—Que te den.

La cogió por la cintura cortándole el aliento. —De momento no —susurró—, pero algún día te retorcerás de placer conmigo dentro.

—¿Cuándo? —preguntó casi sin voz.

Él apenas rozó sus labios haciendo que se estremeciera. —Ahora no puede ser. Quizás el año que viene.

Jadeó soltándose. —¿Estás loco? ¿Un año?

—En este momento no puede ser y sabes de sobra la razón. No pueden relacionarnos. Y hay otra cosa… —Sonrió irónico. —¿Crees que me voy a casar con una limpiadora? ¡Ve a las audiciones!

—¿Me estás chantajeando? —Su corazón dio un brinco. —¿Has dicho casar?

—Un año para una cita y después a ver qué pasa. Pero tendrás que dejar este trabajo para esa cita, Coralie. —Se cerró la chaqueta y en ese momento se abrió la puerta mostrando a su secretaria. —¿Si, Daisy?

Impresionada recogió sus productos de limpieza mientras su secretaria decía —La noticia ya ha salido en la edición online del Times.

—Bien, puedes irte. No se contestará al teléfono hasta el lunes.

—Sí, señor Esdraffo —dijo mirándola de reojo.

—¿Puedo limpiar el resto del despacho?

—Sí, hago una llamada y me voy. ¿Algo más Daisy?

—No, señor. Buen fin de semana.

En cuanto se fue ambos se miraron. Él la advirtió con la mirada y Coralie siguió limpiando en silencio. Luka hizo una llamada. —Lidia haz las maletas, nos vamos al yate. —Puso la mano en la cintura mientras ella abría la boca del asombro. Le hablaba de boda y se largaba con esa. Él al ver su cara de pasmo exclamó —¡Sí, ahora! ¡No puedo estar localizable! ¡Nos vamos en una hora!

Colgó el teléfono de mala manera y miró disimuladamente la puerta para ver que su secretaria se había ido. —Esto es necesario.

—Necesario —dijo entre dientes.

—En un par de meses se acabará.

—Lo que digas —dijo irónica—. Mientras tanto yo practicaré.

—Nena…

—Eres un cerdo —dijo por lo bajo.

—Hago lo que creo que es lo mejor para los dos. —Fue hasta la puerta y se largó como si nada dejándola helada. Asombrada se sentó en el sofá y al darse cuenta de lo que había hecho se levantó de golpe y frotó una y otra vez.

Capítulo 4

Durante el siguiente mes no le vio. La llamaron para ir a comisaría de nuevo y le preguntaron que si había oído algo sobre que George se pasara de la raya con las empleadas de la empresa. Por supuesto dijo que no. La detective le dijo que había tenido suerte, que probablemente ella sería su próxima víctima y que se había librado por los pelos.

—¿Cree que ha sido alguna de esas mujeres?

—Esto abre la investigación. Probablemente no le encontremos nunca. Igual ha huido porque se sentía amenazado. ¿Quién sabe? De momento la investigación sigue abierta.

Y ya no había vuelto a saber nada. La verdad es que saber que había matado a un cerdo de tal calibre había descargado bastante su culpa. Del todo, vamos. Lo veía como que había hecho un bien a la humanidad y Nueva York era mucho más seguro sin él.

Por otra parte, no ver a Luka la estaba poniendo de los nervios. Se moría por hablar con él, pero al parecer estaba muy ocupado con su novia de fiesta en fiesta como decían las revistas. Empezaba a pensar que lo que le había dicho de casarse habían sido imaginaciones suyas. Muchas veces cuando limpiaba su escritorio esperaba que hubiera una nota para ella, pero nada, como si no le importara su existencia. No dejaba de rememorar el roce de sus labios y que si todo iba bien tendría la cita que siempre había soñado. Había llegado el momento de hacer algo. Sentada en el sofá miró los estuches de sus violines colocados sobre el armario y entrecerró los ojos. ¿Quería una mujer a su altura? Pues la iba a tener.

La detective la vio al otro lado de la calle saliendo del edificio con su violín en la mano. Al mirar la fachada sonrió porque era un teatro. —Al parecer nuestra chica vuelve a la carga, Robert.

—Eso parece —dijo tendiéndole el café que acababa de comprarle—. ¿Es una casualidad o me lo parece a mí?

—Igual se ha dado cuenta de que su profesión no tenía futuro cuando siempre ha tenido un futuro brillante. —La observó ir calle abajo loca de contenta. —Parece feliz. Me alegro por ella.

Empujó el carrito hasta la zona de presidencia cuando vio la puerta entornada y la luz encendida. Se acercó a la puerta y le vio trabajando. Se apoyó en el marco para observarle y él sonrió. —Acabo de comprar Morgan´s. Ya no es una fusión, me lo he quedado todo.

Sonrió radiante entrando en su despacho. —Felicidades. —Se acercó a él y rodeó el escritorio para sentarse sobre él. —Así que te ha ido bien.

—Nena, te has sentado sobre el contrato.

Le fulminó con la mirada. —Me importa un pito tu contrato.

Él rio por lo bajo. —¿Me has echado de menos?

—¡Un mes!

—¿Lo has aprovechado?

Separó los labios de la impresión. —Ibas en serio.

—Por supuesto que voy en serio. Siempre lo hago. ¿Has ido a alguna audición?

—Igual necesito un aliciente —dijo retándole con la mirada.

—¿Necesitas más? —Se levantó y apoyó sus manos a cada lado de su cuerpo mientras se la comía con los ojos. —Y yo necesito que vayas a las audiciones.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque te importa a ti, por eso.

Ella se miró las manos. —Había dejado de importarme.

—No me mientas, tus ojos brillan cuando hablas de ello. Necesitas superar tus inseguridades y vas a hacerlo… Si me quieres a mí, por supuesto. —La cogió de la nuca atrayéndola. —¿Me quieres a mí?

—Sí.

La miró como si fuera suya. —Tienes un año para conseguirlo, nena.

—Once meses.

Él sonrió. —Y para que veas que no te lo pongo difícil con que sea una pequeña orquesta me es suficiente.

Correspondió a su sonrisa. —¿Una pequeña?

—Solo eso, nena. ¿Lo intentarás?

—Sí.

Él atrapó sus labios y Coralie que todavía no se podía creer que estuviera a su lado se abrazó a su cuello. La cogió por la cintura entrando en su boca y se saborearon el uno al otro apasionadamente. Enterró los dedos en su cabello y Luka se apartó para besar su cuello abriendo los botones de la bata sin que se diera cuenta mareada de placer. —¿Quieres esto, preciosa? —Metió la mano en su escote y acarició su pecho por encima del sujetador de algodón que llevaba. Acarició su pezón con el pulgar haciendo que suspirara de gusto. —Que bien hueles, nena. —Sus labios bajaron por su pecho hasta el valle de sus senos y tiró del sujetador hacia abajo liberando uno de ellos. —Tienes los pezones más apetitosos del mundo. —Metió uno en su boca haciéndola gritar de placer. —Así que quieres un aliciente. Veamos si puedo ofrecerte algo que sea irresistible. —La cogió por la cintura elevándola por sorpresa y Coralie se agarró a sus hombros tan mareada por lo que le hacía sentir que ni se dio cuenta de que la tumbaba sobre el sofá. Se abrió la camisa de pie a su lado sin dejar de mirarla y se la quitó a toda prisa dejándola caer al suelo. Su mirada la hizo sentir tan sexy, tan deseada que pasó su mano por sus pechos antes de bajar la mano

por su vientre hasta el borde de sus braguitas. —Quítatelas, preciosa. Quiero verte. —Apoyándose en sus talones elevó su cintura mientras deslizaba sus braguitas por sus muslos hasta sus rodillas. Después elevó las piernas y Luka sonrió tirando de su ropa interior para liberarla. Sin ningún pudor abrió las piernas y él separando los labios dejó caer su ropa interior al suelo. —Esto sí que es una sorpresa, nena —dijo con la voz ronca.

Se acarició su sexo depilado. —¿Te gusta?

Él gruñó abriéndose el cinturón sin quitarle la vista de encima. —Te voy a demostrar cuanto me gusta. —Dejó caer los pantalones y los boxers mostrando su sexo endurecido.

—Ya veo.

—He dicho que te lo voy a demostrar, preciosa. —La cogió por los muslos tirando de ella hasta el borde del sofá y antes de darse cuenta sus labios llegaron a su sexo haciéndola gritar de la sorpresa.

—¡Dios! —Llevó su brazo hacia atrás agarrándose en el respaldo del sofá y él alargó la mano amasando uno de sus pechos. Cuando su lengua recorrió su sexo gritó arqueando su cuello hacia atrás impresionada por lo que sentía. Pero cuando sintió otro

lametazo no pudo evitarlo y su cuerpo estalló en mil pedazos tomándola por sorpresa.

Él se incorporó y la cogió por la nuca. —Mírame, nena.

Casi sin entenderle elevó los párpados y separó los labios al sentir como entraba en su interior. —Joder preciosa, estás muy estrecha. —Cuando llegó a la barrera de su virginidad no pudo disimular su sorpresa y se miraron a los ojos durante varios segundos antes de que él posesivo atrapara su boca justo antes de entrar en su ser llenándola por completo. Se sintió tan unida a él, tan suya, que respondió a su beso con toda su alma. Cuando él apartó su boca susurró —¿Te duele?

—No.

Se movió ligeramente y Coralie jadeó de placer. Él sin dejar de agarrar su nuca y sin dejar de mirarla a los ojos entró en ella tan suavemente que fue una tortura. —Más.

—Nena, intento ser delicado.

—Quiero más.

Entró en ella con más ímpetu y gimió por el rayo que la traspasó. Y otro igual no tardó en recorrerla de pies a cabeza, sumiéndola en el placer y el deseo de liberación mientras sus

músculos iban tensándose poco a poco con cada movimiento de sus caderas. Creyó que se quebraba, pero suplicó necesitando más hasta que él entró en su ser con contundencia precipitándola a un mundo que nunca se hubiera imaginado porque solo había felicidad.

Tumbados en el sofá él la abrazaba por la espalda y Coralie acarició su antebrazo. —Por tener esto otra vez, entraría en la sinfónica.

Él rio tras ella antes de besarla en el cuello. —¿De veras? Eso merecería un premio.

Se volvió para mirar sus ojos. —¿Qué me darías por ello?

—Mmm, una luna de miel en Italia.

—¿Y por un recital yo sola?

—Eso son palabras mayores, nena. ¿Qué es lo que te gustaría?

—Tu amor.

Se le cortó el aliento y se miraron a los ojos. La cogió por la cintura para que se girara y la pegó a él. —Veré qué puedo hacer, preciosa.

Acarició su cuello.

—¿En qué piensas?

—Mañana es mi último día.

Luka separó los labios de la impresión. —¿A dónde vas? ¿Te traslada la empresa de limpieza?

—No. —Elevó sus ojos hasta los suyos. —El lunes empiezo a ensayar para mi vuelta.

La miró sin comprender. —Nena, no te entiendo…

—No te enfades, ¿vale?

—No me estoy enfadando, me estoy preocupando. —Se sentó en el sofá. —¿Cómo que a partir de mañana no vas a volver? ¿Y qué es eso de los ensayos? ¿Ya tienes trabajo?

Suspiró apoyándose en el codo y estiró el brazo para coger su bata y sacar su móvil. —¡Nena, estamos hablando!

Pulsó el botón y dijo —Coralianne Caruso.

Volvió el móvil y él vio su imagen en Wikipedia cuando tenía diez años en uno de sus recitales. —¿Qué es esto? —Pulsó lo que debía ser un video porque se escuchó una de sus piezas. Tenso la miró. —Eres tú.

—Lo fui. —Apretó los labios sentándose. —Lo fui una vez.

Dejó que durante unos minutos repasara lo que se decía de ella y de pronto la miró como si quisiera soltar cuatro gritos. —Me has mentido.

—No te he mentido. En esos dos conciertos no toqué porque no me sentía capaz.

—¿Por qué?

—Mi madre se suicidó unos meses antes. —Se levantó y cogió su ropa.

Él cogió su muñeca. —Joder nena, lo siento.

Sonrió con tristeza. —Fue culpa de mi padre, ¿sabes? Le dijo que quería el divorcio porque su amante estaba embarazada. Mi asistente. El muy cerdo se lo dijo de una manera tan fría… Vi cómo se le rompía el corazón y esa noche cuando se acostó se tomó un bote de pastillas. Yo la encontré a la mañana siguiente. Iba a mostrarle una pieza que había compuesto y no se despertaba —dijo con la mirada perdida.

Se levantó para abrazarla. —No puedes dejar que te arrebate tu don. No puedes dejar de disfrutar de tu música por su culpa. Si tienes un trauma por lo sucedido, buscaremos…

—Lo hice para vengarme.

Él se apartó para mirarla atónito. —¿Qué?

—Siempre iba pavoneándose de la hija que tenía. Disfrutando del dinero que yo ganaba —dijo con rabia—. No pensaba dejar que continuara. Le arrebaté lo que más quería.

—Tu carrera.

—¡Sí! ¡Mi carrera! —dijo furiosa—. Tenías que verle cuando le dije que me iba el día de mi dieciocho cumpleaños. Su rostro reflejaba que había perdido lo que más le importaba y sentí una satisfacción enorme porque él me arrebató a mi madre. Se acabaron los ensayos continuos y las riñas porque no me esforzaba lo suficiente. Se acabó la presión y me sentí libre.

—Dejando atrás tu vida. Nena… Te equivocaste.

Sonrió con tristeza. —Lo sé. Por eso vuelvo.

Se le cortó el aliento. —No quiero que lo hagas por mí. Después de saber esto no.

Dio un paso atrás de la impresión. —¿Qué has dicho?

—¡Si lo haces tiene que ser por ti misma!

—Pero dijiste que no te casarías con una limpiadora. Tengo que estar a la altura de los Esdraffo.

—Quería que te esforzaras, pensaba que solo era un miedo que tenías que superar o unas críticas mal tomadas, pero no sabía esto. ¡No quiero que lo hagas por mí, no quiero que me compares con tu padre o que me culpes de que has vuelto si algo sale mal!

—¿Si algo sale mal?

—Nena, esta conversación demuestra que no nos conocemos. Mil cosas pueden salir mal.

—Dios mío, ¿te estás echando atrás? —Pálida negó con la cabeza. —Pero yo te quiero.

La cogió de los brazos. —Si sigues adelante con tu vuelta tienes que hacerlo por ti porque quieres ser la estrella que eras sin interferencias de nadie. Solo tu violín y tú. Lo que piensen los demás no importa.

Sintiendo que se le rompía el corazón susurró —Pero, ¿y tú?

Él apretó los labios. —El año que viene veremos lo que ocurre. Creo que es mejor que no nos veamos hasta entonces.

Una lágrima cayó por su mejilla y él la abrazó. —Once meses, ni un día más. Ya he estado un mes separada de ti.

—Pasará rápido. Decidas lo que decidas, tendremos esa cita y lo hablaremos.

—¿Me lo juras? —preguntó aferrándose a él.

—Te lo juro, nena. —Besó su cuello. —Te llamaré.

Sentada ante el espejo de su camerino con la mirada perdida, recordó todo lo que había pasado en ese último año. El miedo de llevar sola su carrera y la satisfacción del trabajo bien hecho. Había sido duro, pero lo había conseguido, estaba arriba. Más que antes si eso era posible. Tenía todo lo que podía desear, una carrera que adoraba y aun así se sentía incompleta. Así se había sentido desde que se fue de su despacho aquella noche. Ya habían pasado los once meses y la aterrorizaba que la hubiera olvidado, aunque seguramente era así. Ni una llamada ni una carta en todo ese tiempo. ¿Cómo podría superar no tenerle en su vida? Esa noche se decidía su futuro. Tenía que estar allí, tenía que estarlo.

—¿Coralie? —Levantó la vista para ver a Ashley, su ayudante. —¿Estás lista? Te esperan.

Asintió levantándose y mostrando su vestido rojo entallado de seda. El corsé enfatizaba su cintura y su cabello ahora más largo

estaba recogido dejando caer dos gruesos tirabuzones sobre la pálida piel de su hombro. —Estás preciosa.

Cogió el violín que descansaba sobre su rígida funda y el arco. Comprobó que tuviera suficiente resina y respiró hondo antes de levantar la vista hasta sus ojos azules. —Esta noche tocaré algo especial. Díselo a los chicos. En la última pieza que me dejen sola, díselo en el descanso.

—Muy bien.

Salió del camerino y recorrió el pasillo que llevaba al teatro Metropolitan Ópera Center. Más de tres mil personas esperaban escucharla esa noche. Al fin estaba de vuelta en Nueva York y esa noche se cumplían once meses desde que no veía a Luka. Era una noche especial y se había puesto ese vestido para celebrarlo. Cómo le había echado de menos. Viendo a sus cincuenta músicos ya preparados, se dijo que esa noche tenía que estar mejor que nunca por si tenía la suerte de que él la escuchara. Tenía que estar allí, tenía que estarlo. No podía haberla olvidado.

El regidor se acercó susurrando algo por los cascos y dijo —Tres, dos… Uno. Telón.

Los aplausos empezaron y le hizo un gesto con la cabeza para que saliera, pero ella esperó. Los aplausos continuaron y su ayudante dijo —Tu turno, tienes que salir.

—Espera —dijo divertida.

Los aplausos se fueron apagando poco a poco y empezaron los murmullos. Tomó aire y se puso el violín sobre el hombro dando dos simples notas que acallaron los murmullos en el acto. Dejó caer el brazo y sus tacones resonaron sobre la madera del escenario. Aplaudieron de nuevo y se puso en el centro colocando la cola de su vestido con el pie antes de mirar al público con una suave sonrisa en el rostro. Inclinó la cabeza en señal de saludo lo que provocó más aplausos. Y eso sin oírla tocar. Al mirar a los presentes y levantar la vista hasta uno de los palcos se le cortó el aliento porque allí estaba. La miraba fijamente y se le encogió el corazón por todo lo que le había echado de menos. Le guiñó un ojo con descaro provocando una sonrisa en su rostro y se puso el violín al hombro mientras medio teatro volvía la cabeza hacia él. Estaba allí. Entusiasmada le hizo un gesto con la cabeza al director de orquesta que levantó los brazos. Las notas empezaron a sonar y ella se mantuvo mirándole a los ojos. Su entrada llegó y los músicos se detuvieron. Inclinó el arco y rozó las cuerdas en una dulce melodía que embriagó sus almas.

Los dedos recorrieron el diapasón a tal velocidad que los asistentes la miraron asombrados. Rio volviéndose y caminó por el escenario sin dejar de tocar cuando los tambores empezaron a sonar con fuerza antes de que entraran los clarinetes en una marcha militar. Sintiendo que la música llenaba su corazón siguió tocando esa melodía y toda la orquesta se unió. De repente se detuvieron y ella empezó a tocar el himno de los Estados Unidos con tal pasión que el público se puso a aplaudir enfervorecido. Cuando sonó la última nota cerró los ojos alargándola y sintió los flashes sobre ella hasta el final. Varios asistentes silbaron y pidieron el bis. Sonriendo se inclinó y se enderezó volviendo a su sitio. Cogió el micro y dijo —Muy buenas noches, Nueva York. Espero que disfrutéis de la noche. Yo estoy encantada de estar con vosotros. —Le entregó el micro a uno de los violinistas y se puso el violín al hombro empezando a tocar una vieja canción irlandesa. Muy animada, muy rápida y divertida. Disfrutó como nunca en el escenario caminando de un lado a otro. Una pieza se unió a la siguiente con tal energía que de repente se rompió una cuerda. El público se quedó sin aliento y ella hizo una mueca estirando el brazo. —¡Otro!

Su asistente apareció con otro violín y se lo puso al hombro para seguir tocando. El público rio mientras continuaba. No le

pasaba a menudo ya que se cambiaban con frecuencia, pero esas cosas podían suceder y más con la presión que tocaba. Como si nada siguió tocando y al mirar a Luka vio que reía. Sonriéndole siguió tocando y antes de darse cuenta estaba tocando la última nota antes del descanso mientras se cerraba el telón.

Los aplausos eran enfervorecidos, pero ella corrió por el escenario hasta su camerino. —Rápido quítame el corsé —le dijo a Ashley que cerró la puerta.

—¿Estás segura de que no quieres ponerte el blanco?

—No, quiero el de gasa. Es más vaporoso.

—Y se te trasparenta todo.

—Lo esencial no se ve, no seas pesada. —Soltó una risita. —Seguro que le gusta.

—¿Le gusta? ¿A quién?

—Oh, a la prensa.

Frunció el ceño como si no se creyera ni una palabra. —Date prisa, quiero soltarme el cabello.

Cuando se desvistió se quitó la ropa interior a toda prisa y se puso una color carne. Fue hasta el tocador y empezó a quitarse las horquillas. Se alborotó el cabello y sus rizos le dieron volumen al

peinado. Ashley se acercó con el vestido de gasa. Una gasa trasparente llena de cristales que se iluminarían con las luces del escenario. Vale que se le vería el cuerpo, pero le daba lo mismo. Se puso en pie para que se lo pusiera cuando llamaron a la puerta. —Diez minutos.

Se puso el vestido y Ashley le abrochó los botones de la espalda. —Perfecto.

Volvieron a llamar.

—Sí, diez minutos. ¡Ya lo hemos oído! —dijo Ashley.

—Ni diez minutos más, nena.

Se le cortó el aliento y corrió hacia la puerta para abrirla. Emocionada se tiró a él para abrazarle. —Estás aquí.

La pegó a su cuerpo. —¿Cómo iba a faltar? —Besó su cuello estremeciéndola. —Estás preciosa.

Se apartó para mirarle a los ojos. —Te he echado de menos.

Él sonrió. —Y yo a ti, nena.

—¡Cinco minutos!

La soltó a regañadientes. —Tienes que salir.

—No te has arreglado el maquillaje, Coralie —dijo su ayudante impaciente.

—Hablaremos después —dijo él.

—Pero…

—Después. Tenemos toda la noche. —La besó en la mejilla y susurró —Ese vestido es indecente.

Soltó una risita. —Lo que hay dentro es todo tuyo.

Él sonrió saliendo y cerró la puerta lentamente. Se llevó la mano al pecho loca de contenta sintiendo que su corazón se le salía y cuando vio que Ashley levantaba una ceja bufó. —Sí pesada, ya voy. —Se acercó al espejo y se retocó los labios.

—Estás enamorada de ese hombre.

—Muy lista, Sherlock.

—Pero nunca le había visto.

—Nos dimos casi un año. —Le guiñó un ojo a través del espejo. —Y está aquí.

—¿Dudabas que volviera a ti?

—Sí. —Dejó la barra de labios sobre el tocador y cogió el colorete. —Durante este tiempo lo he dudado mil veces. ¿Crees que esté aquí demuestra que me quiere?

—Claro, ha esperado un año. Supongo que lo hizo por tu carrera, ¿no?

Hizo una mueca. —En parte.

—Un hombre que comprende la carrera de una mujer. No le dejes escapar.

—No pienso hacerlo.

Ashley sonrió mirándola de arriba abajo. —Estás preciosa.

—Muy bien, vamos allá. Estoy deseando terminar esta gira.

—Después viene el disco, así que no te relajes demasiado.

—Tirana.

Riendo la siguió. Cuando llegó al escenario, Ashley le dio el violín. Caminó hacia el centro del escenario y el regidor extendió la mano mostrando los cinco dedos. Puso el violín al hombro inclinando la espalda y la pierna derecha hacia atrás y él fue encogiendo los dedos hasta que solo quedó uno. El telón se abrió mostrando el escenario a oscuras y de repente un foco se encendió sobre ella haciendo que el público aplaudiera. La segunda parte era más clásica y empezó por Beethoven. Caminó por el escenario sintiendo la música y antes de darse cuenta estaba interpretando el nocturno de Chopin que normalmente cerraba el concierto. Dio la última nota y el teatro se puso en pie aplaudiendo y ella se inclinó hacia delante dando las gracias. Pasó el arco a la otra mano y se llevó la mano al

pecho levantando la vista hacia Luka que aplaudía de pie sonriendo orgulloso. Se emocionó porque él la había impulsado a eso en cierto modo y le dio las gracias. Él le lanzó un beso y siguió aplaudiendo mientras Coralie se acercaba al violinista que le guardaba el micro. Sonriendo se aproximó al borde del escenario. —Esta noche es especial y quiero que me regaléis unos minutos más para compartir con vosotros una pieza que ha salido de mi corazón. Espero que la disfrutéis mucho.

Regresó a su sitio entregando el micro y tomó aire antes de volverse. Cerrando los ojos puso el violín en su hombro y apoyó la barbilla. Las primeras notas eran tan suaves tan intensas que se balanceó de un lado a otro como si bailara con su amante. Y siguió haciéndolo disfrutando de cada nota como cuando la había escrito. Miró hacia el palco tocando solo para él y Luka separó los labios mientras le demostraba con la mirada todo lo que sentía por él. Cuando deslizó el arco por última vez cerró los ojos y escuchó el estruendo de los aplausos. Sonrió mirando a su audiencia y dio las gracias antes de volverse y acercarse a su orquesta con los brazos extendidos. Pidió una ovación para ellos y para su director de orquesta que la besó en la mejilla antes de aplaudirle como los demás. Se inclinó de nuevo y su asistente cogió su violín antes de

que el director del teatro le diera un gran ramo de rosas. Lanzó un beso con la mano al público y se inclinó de nuevo. Cuando se incorporó una niña se acercó corriendo con algo en la mano y se agachó para coger el osito que llevaba un violín. Alargó la mano tirando de ella para subirla y la niña muy contenta la abrazó por las piernas. —Quiero ser como tú. Yo también tengo un violín.

—Pues saluda.

Ella lo hizo mientras su madre emocionada aplaudía dándole las gracias con la mirada. Sonrió inclinándose de nuevo y el telón se cerró. Se agachó al lado de la niña y le dijo —Gracias por el regalo.

—De nada.

—Ahora tienes que irte con esa señorita que te llevará con tu mamá.

La abrazó por el cuello y le dio un beso en la mejilla antes de correr hacia Ashley. Sonrió enderezándose y el telón se abrió de nuevo con una gran ovación y pidiendo otra.

Para su sorpresa fue la niña la que le llevó su violín haciendo reír a los espectadores. —Gracias.

—Toca el himno.

—¿El himno? —Miró hacia el público. —Pues el himno. Sigue el ritmo con las palmas.

Chilló de la felicidad y Coralie riendo empezó a tocar. El público aplaudió como la niña y entre eso y los tambores parecía que el teatro iba a venirse abajo. Riendo miró hacia Luka que reía y le guiñó un ojo. Tocar la última nota fue un alivio, la verdad, porque estaba deseando reunirse con él. La niña se despidió con la mano antes de que su madre la cogiera del escenario mientras terminaba y al fin se cerró el telón. Los brazos rodeando su cintura la hicieron gemir de gusto y se apoyó en él. —Nunca he visto una intérprete con tanto talento —susurró en su oído—. ¿Contenta?

—Ahora mucho más.

—¿Ha sido duro?

Se volvió hacia él y le abrazó por el cuello. —A veces sí.

Se la comió con los ojos. —¿Pero?

—Pero me arrepiento de no haberlo hecho antes. Me arrepiento de que él me quitara disfrutar de esto solo para hacerle daño.

—¿Si te dejara, lo abandonarías de nuevo?

Se le cortó el aliento. —¿Y perder dos amores?

Él sonrió. —Bien dicho, nena. Que nadie te haga perder tu pasión.

Se pegó a él. —Y hablando de pasión…

Se echó a reír cogiéndola en brazos y Ashley se interpuso en su camino. —Tienes que atender a gente en el camerino.

Gimió apoyando la frente sobre su hombro y él apretó los labios. —No pasa nada.

—Sí que pasa, quiero estar contigo.

—Es importante, Coralie. Hay gente de la prensa.

La dejó en el suelo a regañadientes.

—Va a tardar, así que si quieres esperarla en el hotel…

—¿Hotel?

—La productora me paga el Plaza porque Nueva York forma parte de la gira.

—Te quedarás en mi casa.

Sonrió y dijo —Ven conmigo. Me ayudarás.

Ashley la miró con horror. —Tranquila amiga, tiene don de gentes. Es un seductor nato. Comerán de su mano y conseguirá que se vayan mucho antes.

—¿Seguro?

—Como se nota que no eres de Nueva York.

Capítulo 5

Las preguntas sobre si eran pareja no tardaron en llegar en cuanto se pusieron ante los periodistas.

—¿Desde cuándo se conocen?

—¿Van en serio?

—¿Tienen planes de boda?

Sin soltar su mano Luka sonrió. —Chicos, ¿alguna pregunta sobre el impresionante concierto que acabamos de disfrutar?

Una chica dio un paso al frente. —¿Es cierto que tiene firmado un contrato para un disco con sus composiciones?

Coralie sonrió. —Sí, es cierto. Empezaré a grabar el mes que viene.

—¿Y qué opina sobre la entrevista que ha dado su padre sobre que muchas de esas composiciones son suyas?

Perdió todo el color de la cara. —¿Que ha dicho qué?

La chica se sonrojó. —¿No ha visto la entrevista?

—No, no la he visto —dijo muy tensa mientras Luka pasaba la mano por su espalda como si quisiera apoyarla—. Pero si ha dicho eso, que supongo que sí, porque sino usted no me haría esa pregunta, la respuesta es no. Mi padre no sabría interpretar una partitura ni aunque Dios le guiara los brazos…

Los periodistas se echaron a reír. —¿Así que realmente él no es músico?

—Bueno, sabe leer música y escucharla. Toca el piano de manera más o menos decente, que fue como consiguió acabar la carrera de música en una universidad de tercera, pero jamás le he visto tocar otro instrumento. —Abrió los ojos exageradamente. —Oh, no... Estoy mintiendo, perdón. Una vez le escuché tocar la guitarra y el gato de la vecina no hacía más que maullar de lo que sufría. —Luka sonrió. —Afortunadamente mi madre se la escondió para que no nos siguiera torturando.

—Hablando de su madre…—dijo otro—. ¿Es cierto que…?

—¿Champán? —preguntó Luka cortándole en seco. Un camarero apareció con unas copas. Todos se lanzaron a la bandeja y

él le susurró al oído —No entres al trapo, nena. Todavía no te han preguntado por el concierto. Debes relegar a tus padres a un segundo plano o eclipsarán tu noche. —Se miraron a los ojos. —No lo consientas, has trabajado mucho para que te lo arrebaten.

Asintió imperceptiblemente y él sonriendo cogió dos copas dándole una. —Por la mejor violinista que he escuchado jamás.

Chocó la copa con ella. —Gracias, cielo.

Le guiñó un ojo alterándole el corazón. Sonriendo bebió de su copa y el mismo periodista preguntó —¿Es cierto que su madre se suicidó?

Miró directamente a ese hombre a los ojos. —Sí, es cierto. Mi madre se quitó la vida cuando tenía catorce años y me afectó de tal manera su muerte que cambió mi mundo. No sé si hace esa pregunta con tan poca sensibilidad en una noche tan especial para mí solo por fastidiar o es que es un inepto que no sabe hacer su trabajo, en ambos casos es inaceptable. —Su asistente gimió mientras el hombre se ponía como un tomate. —¿Alguna pregunta sobre mi trabajo y el concierto que he dado durante dos horas en ese escenario? —Todos la miraron con los ojos como platos. —¿No? Pues entonces dejen pasar a los fans que seguro que ellos si querrán hablar de ello.

—Yo quiero hacer una pregunta —dijo alguien desde atrás.

Varios se apartaron mostrando a la detective Portland apoyada en la pared. Coralie se quedó helada porque su vestido rojo indicaba que había asistido al concierto. —¿Cuánto lleva de gira fuera del país?

—Seis meses —dijo como si no la recordara.

—¿Y antes de esos seis meses?

Se le secó la boca antes de contestar —Hice gira por todos los Estados Unidos.

La mujer asintió enderezándose. —Interesante, muy interesante —dijo antes de salir del camerino.

Miró a Luka y este cogió su copa de champán para disimular que su mano temblaba. Él sonriendo la agarró por la cintura —Señores, mi novia ha tenido un año agotador y está deseando descansar unos días. Si nos disculpan…

—Una pregunta más —dijo la chica ansiosa—, ¿es cierto que el disco lo grabará con un Stradivarius?

Sonrió emocionada. —Sí, me lo han dicho esta tarde. El señor Fletcher, el dueño de esa joya, me lo prestará durante la grabación. Es un sueño.

—¿Ha tocado alguna vez alguno?

—Una vez tuve uno en las manos, pero no pude tocarlo. Lo estaban restaurando. Tenía doce años y me puse a temblar pensando en lo que sucedería si se me cayera. —Los periodistas rieron. —Afortunadamente ese miedo ha pasado y estoy deseando disfrutarlo.

—Señores, si pasan al camerino de al lado tienen un pequeño catering que espero que disfruten —dijo Ashley sonriendo dulcemente—. Acompáñenme, por favor.

En cuanto salieron se volvió hacia Luka que la miró a los ojos. —No pierdas los nervios.

—Era la policía que me interrogó —susurró asustada—. ¿Por qué estaba aquí?

—No tengo ni idea, pero no va a pasar nada. Ahora sonríe que entran los que tienen la pasta.

Eso la hizo sonreír y en cuanto entró el señor Fletcher sonrió aún más. —Me alegra muchísimo que haya venido.

—Yo me alegro mucho más, se lo aseguro. Estoy deseando ver esa grabación —dijo amablemente. Una mujer de unos sesenta

años se puso a su lado—. Permítame que le presenta a mi esposa. Elisabeth es quien me convenció para que le cediera el instrumento.

—Oh, muchas gracias —dijo estrechando su mano.

—La seguía de niña, ¿sabe? Y cuando regresó supe que haría grandes cosas.

—Es muy amable. Les presento a Luka Esdraffo.

—Ya le conozco —dijo Fletcher divertido—. ¿Tú por aquí? No sabía que te gustara la música clásica, amigo.

Él rio por lo bajo. —Roger cuando te vi entrar pensé lo mismo de ti. ¿El violín fue buena inversión?

—Ni te lo imaginas. En diez años ha doblado su valor —contestó encantado de la vida.

Elisabeth puso los ojos en blanco. —Estos hombres siempre hablando de dinero.

—Desgraciadamente es un bien necesario, querida.

—Muévete, que la chica tiene que saludar a los demás.

—Es una mandona.

Rieron mientras se ponían a un lado y ellos fueron saludando a varias parejas que era evidente que tenían mucho dinero. Ashley se encargaba de seleccionarlos para saludarla después del concierto,

pero a veces le gustaría hablar con personas más normales, personas que realmente amaran la música como ella. Seguro que en el teatro había muchos estudiantes. Cuando se alejó el último Luka susurró a su oído —¿Eso es todo? ¿Ninguna niña pidiendo una foto?

Hizo una mueca. —Eso me temo. Estarán fuera esperando.

La miró con horror. —Nena, ¿no te detendrás a atenderles?

—Solo unas cuantas fotos, pero no hablaré con ellos.

—Luka —dijo Roger acercándose con su esposa—. Tenéis que venir a cenar a casa este fin de semana.

—Sí, decirme que podéis —rogó su esposa.

—Lo siento amigo, pero este fin de semana es toda mía. El viernes nos vamos una semana en un crucero por las Bahamas.

Le miró sorprendida. —Cariño, pero no puedo…

—Claro que puedes. Has acabado la gira, mereces unas vacaciones. Ambos las merecemos que este último año he trabajado como un cabrón.

Gimió por dentro. —Pero tengo mucho que preparar para la grabación.

—Pues te llevas el violín, pero no te me escapas.

—¡Oh, un crucero! —dijo Elisabeth emocionada. Parpadearon asombrados—. Qué romántico, Roger.

—Cielo no podemos ir con ellos, no nos han invitado —dijo su marido divertido antes de levantar una ceja esperando su respuesta.

Dios, ¿y ahora qué decía? Ya había anunciado lo del Stradivarius y no podía quedar mal con él. Preocupada miró a Luka que sonrió. —¿Queréis venir? Mi yate es lo bastante grande para que pasemos momentos románticos lo bastante separados —dijo dejando claro que necesitaban intimidad.

—¡Sí! —dijo su esposa excitadísima aplaudiendo como una niña.

—Envíame los detalles por mail, amigo. Ahora os dejamos solos que estarás deseando achuchar a la chica. Yo lo haría si tuviera tu edad.

—¡Roger! —protestó su mujer—. Confórmate conmigo.

—Eso es lo que llevo haciendo treinta años y estoy encantado —dijo antes de darle un beso en los labios—. Vamos, preciosa.

Elisabeth se sonrojó de gusto. —Buenas noches.

—Buenas noches —dijo aún atónita.

En cuanto se fueron se quedaron solos con Ashley que cerró la puerta. —No me lo puedo creer —dijo asombrada dejándose caer en su sillón ante el tocador—. Se han autoinvitado.

Luka entrecerró los ojos. —No pasa nada, nena. El barco es grande.

—Pero… ¡Es nuestro viaje! ¡Llevo mucho esperando esto! —Gimió cogiendo su mano. —Lo siento. A veces los fans pueden pasarse.

—No pasa nada. Piensa en el Stradivarius. Además, tenemos tres noches con sus tres días para estar solos.

Ashley carraspeó y él bufó volviéndose. —Acaba de terminar una gira de un año.

—Sí, pero tiene entrevistas de promoción para el disco. El solo que tiene en el disco saldrá en Spotify en cinco semanas.

Tenso miró a Coralie que se levantó lentamente. —Ashley, ¿puedes dejarnos solos?

—Sí, por supuesto.

En cuanto lo hizo él no perdió el tiempo. —Es evidente que no me habías tomado en cuenta. Creías que no aparecería, ¿verdad?

—Once meses es mucho tiempo.

—¡Te lo prometí!

—También me prometiste que la dejarías. ¡Cinco meses! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No anunciasteis que rompías tu compromiso hasta cinco meses después de que me fuera de la empresa.

—Nena, no lo entiendes.

—No, te aseguro que no lo entendía en absoluto. Creía que no te acordabas de tus promesas.

—Lo dejamos incluso antes de que te fueras de gira por el país.

Le dio un vuelco al corazón. —¿Qué?

Suspiró y cogió sus manos. —Ella quería conseguir un contrato para una firma cosmética importante y yo consideré que lo mejor era disimular que seguíamos juntos cuanto más tiempo mejor por nuestro bien. En cuanto firmó el contrato lo anunciamos, aunque casi todo el mundo se lo temía porque apenas nos veían juntos y ella ya tenía un amante. Era su manera de dejarme en evidencia ante nuestros conocidos.

Una lágrima cayó por su mejilla y él se la limpió con el pulgar. —No te he olvidado, nena. Incluso estuve en Viena.

Se le cortó el aliento. —Eso fue el primer concierto en Europa. ¿Estuviste allí?

—¿Cómo iba a perdérmelo? Era una noche importante. —Sonrió de medio lado. —Estuviste maravillosa.

Emocionada le abrazó por el cuello. —Lo siento. Siento haber dudado de ti.

La abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo y besó su cuello antes de susurrar —Recuerda bien esto... Nos vimos en Viena y después de dos noches muy intensas no mantuvimos el contacto hasta el día de hoy. —Retuvo el aliento escuchándole. —Eso lo podemos demostrar. Estuve en el Imperial.

—Pero Ashley…

—Di que ella no sabe nada. Que te reunías conmigo después de dejarla.

—Nos encontramos en un restaurante. El Sprazt. Comíamos allí durante los ensayos.

—Perfecto. Fui por negocios, nos vimos en el restaurante y quedamos después de la función en mi hotel. Luego yo regresé y hasta hoy, que me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti.

Se apartó para mirarle a los ojos. —¿Y eso es cierto?

Él sonrió metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta mostrando un anillo con un pedrusco enorme. —El diamante de tu abuela…

—El mismo. Pero ahora es tuyo, cielo. —Cogió su mano con delicadeza y al ponérselo el diamante cayó a un lado. Él hizo una mueca. —Habrá que ajustarlo.

Aún asombrada porque eso no se lo esperaba levantó la mano para mirarlo. —Está sucediendo, nos vamos a casar.

Él sonrió. —Sí nena, nos vamos a casar. Pero tendremos que esperar unos meses para guardar las apariencias.

El reflejo del diamante la hizo parpadear. —Nos vamos a casar.

—¿Necesitas tiempo para asimilarlo? —preguntó divertido—. No dejas de repetirlo.

Chilló de la alegría tirándose a él y Luka se echó a reír. Besándole por toda la cara dijo —¡Tendré a tus hijos, seré tu esposa! —De repente se apartó. —Pero mi carrera…

—Nada de giras de un año, nena.

—Veré que puedo hacer. —Iba a besarle, pero él se apartó para mirarla a los ojos. —¿Seis meses?

—¡No pienso estar seis meses separado de ti!

Su corazón gritó de la felicidad. —Lo solucionaremos juntos.

Luka sonrió. —Sí, preciosa… Lo solucionaremos juntos.

—Ahora bésame. —Rogó abrazándole por el cuello.

Abrieron la puerta de golpe y asombrada miró hacia allí justo cuando iba a besarla. Le escuchó gruñir mientras Ashley se ponía como un tomate. —Lo siento, pero tu padre está montando el circo en la puerta de atrás exigiendo verte.

—¿Qué? —preguntó apartándose—. Que le echen.

—No puedo, está en la calle. —Se apretó las manos nerviosa. —Los de la prensa se están relamiendo con las barbaridades que dice.

Se tapó la boca de la impresión. —Dios mío…

—Nena, quédate aquí —dijo Luka muy tenso.

—No, no salgas. Es lo que quiere, dar el espectáculo para desacreditarme. Si entramos en su juego esto no acabará nunca.

—Con la prensa delante el juego no se acabará nunca porque no les convendrá. Lo que quieren son polémicas que les hagan vender. Quédate aquí.

Salió del camerino y Ashley preocupada le siguió corriendo. Se dejó caer en la silla y suspiró. Hasta eso tenía que fastidiarle. La noche más importante de su vida y tenía que ir allí para hacerle daño. Como le odiaba. Le odiaba con todas sus fuerzas. Furiosa apretó los puños y su anillo llamó su atención. No pensaba dejar que le quitara nada más en la vida. Ahora tenía una carrera que ella dirigía y tenía a Luka. Su padre debía desaparecer de su vida para siempre. Se le cortó el aliento por lo que estaba pensando y se miró al espejo. ¿Pero qué locuras se le pasaban por la cabeza? Ella no era una asesina. Vale que había matado antes, pero había sido sin querer. Además, se lo había buscado. Y su padre también se lo estaba buscando, ¿no?

—¡Deja de pensar esas cosas! —Se levantó y empezó a desvestirse, pero no podía desabrochar sola los botones de su espalda. Frustrada se apoyó en el tocador y empezó a desmaquillarse. Pasaban los minutos y cada vez se ponía más nerviosa. ¿Qué estaría pasando?

La puerta se abrió de repente sobresaltándola y Luka apareció furioso cerrando la puerta de golpe casi dándole con ella a Ashley que venía detrás. Al ver que tenía sonrojada la mejilla se asustó. —¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado, nena? —siseó dando un paso hacia ella amenazante—. Que tu padre hecho un loco no dejaba de pegar gritos diciendo mil cosas de ti. Cosas que pondrían los pelos de punta a cualquiera.

Perdió todo el color de la cara. —¿Cómo qué?

—Como que tú mataste a tu madre —siseó.

—¿Qué?

—Que era una desequilibrada como tú y que perdiste la paciencia. ¿La perdiste?

Atónita separó los labios de la impresión. —¿Cómo puedes pensar eso?

—No es la primera vez, ¿no es cierto? —La cogió de los brazos furioso. —¿Lo hiciste?

—No —respondió pálida—. Por supuesto que no, yo la quería.

—Pues ahora sí que se va a montar un circo de dos pistas, nena. Porque la detective va detrás de nosotros y esto le va a venir de perlas para continuar la investigación. Ahora no nos quitarán ojo. —Apretó más sus brazos. —Escúchame bien, no harás nada sin que yo lo sepa. No hablarás con nadie sin que yo lo sepa, ¿me has entendido? ¡No pienso joder mi vida por esto! ¡Te lo dije entonces y

te lo vuelvo a decir ahora! —No tenía palabras ni para contestarle de lo impresionada que estaba por la furia que expresaba su rostro, lo que le demostró la terrible verdad, no la creía. Y si no la creía no la amaba. Nunca la había amado. Había sido una piedra en su camino y la había sorteado hasta que no había tenido más remedio. —¿Me has entendido? —gritó sobresaltándola.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? —consiguió decir.

Él sonrió irónico. —Yo no dejo cabos sueltos. Una esposa no se puede ver obligada a declarar contra su marido.

Esas palabras confirmaron sus sospechas y se le rompió el corazón. —Yo nunca te hubiera delatado —susurró.

—Claro que no, porque eso te enviaría a la cárcel. No me traicionarías a mí como yo no lo haría contigo, pero los fiscales suelen ser listos y pueden tenderte una trampa.

—¿Crees que…? —Le miró asombrada. —Le han encontrado, ¿verdad?

—Hace tres meses encontraron sus restos dentro de una alcantarilla del Bronx. Afortunadamente las ratas habían hecho su trabajo.

Se le puso un nudo en la garganta por su frialdad. —¿Su trabajo?

—Solo encontraron su esqueleto. Fractura de cráneo. Le identificaron por su expediente dental.

—Dios mío.

—No tienen nada contra nosotros —siseó—. A los tres meses se eliminan las grabaciones en la empresa y ya no hay nada de lo que ocurrió aquella noche. Solo pueden pillarnos si confiesas, así que tú cierra la boca, sigue con el plan original y no pasará nada. A no ser que lo de tu madre…

—¡No lo hice!

La miró como si la estuviera evaluando y asintió. —Coge el abrigo, nos vamos a casa.

Se volvió para ir hacia el perchero y él abrió la puerta para encontrarse con Ashley. —Suspende todas sus citas hasta que regresemos de las Bahamas.

—Pero…

—Haz lo que te digo —ordenó asombrándola.

—¿Coralie?

—Suspende todas mis citas hasta dentro de dos semanas. —Se volvió abrochándose su abrigo beige mostrando lo descompuesta que estaba. —Me llevaré el violín y trabajaré.

—¿Estás bien?

—Lo de su padre la ha disgustado —dijo Luka cogiendo su mano y tirando de ella fuera del camerino—. Te llamará mañana para que le envíes sus cosas.

—¿No te llevas las pastillas?

Él se detuvo en seco volviéndose. —¿Qué has dicho?

Gimió por dentro antes de decir —Sí, gracias.

Ashley entró en el camerino y cogió sus cosas rápidamente metiéndolas en su bolsa. También cogió su violín ya metido en su funda. Salió tendiéndoselos a Luka que los cogió de inmediato antes de tirar de ella de nuevo.

—¡Llámame! —dijo su ayudante preocupada.

Sorprendiéndola la llevó por la parte delantera del teatro y afortunadamente allí no había prensa. La metió a toda prisa en la parte de atrás de una limusina que ya les estaba esperando. Él le dio sus cosas al chófer y dijo —A casa.

—Sí, señor Esdraffo

En cuanto se sentó a su lado cerró de un portazo. —¿Pastillas, nena? ¿Qué pastillas? —preguntó furioso.

Cerró los ojos reteniendo las lágrimas sin poder creerse que el sueño que se había cumplido apenas hacía unos minutos en realidad era eso un sueño y que jamás se cumpliría. —¡Contéstame! —gritó fuera de sí.

—Cuando murió mi madre me dieron unas pastillas para la ansiedad —susurró.

—¡De eso ya han pasado años!

—Tuve que tomarlas de nuevo cuando ocurrió… aquello.

Él apretó los labios. —¡Y no las has dejado por la presión del trabajo! Demasiado trabajo, ¿no? Eso se va a acabar.

Le miró asustada. —¿Qué quieres decir?

—A partir de ahora te tomarás las cosas con más calma. Has pasado un año frenético.

—Mi vuelta ha llamado mucho la atención. Me querían en todas partes.

—Pues ahora estás aquí y tenemos que controlar los daños. ¡Si se enteran de que tomas esas pastillas solo confirmarás la versión de tu padre!

Agachó la mirada. —No voy a dejar el trabajo.

—No te he pedido que lo hagas.

—Claro, tienes que casarte con alguien a tu altura, ¿no? —preguntó con rencor.

Él apretó los labios. —Estás utilizando una frase que dije para motivarte. ¡Si no hubiera sido por mí seguirías limpiando wáteres!

—Lo he hecho por mí.

—¡No mientas, Coralie! ¡Lo hiciste porque querías ese anillo en el dedo!

Fue como otra cuchillada en su corazón. —Yo te quería.

—¡Despierta de una vez! No me conoces —dijo con desprecio —. He hablado más con mi dentista que contigo y me la he tirado más veces que a ti. —La cogió por la barbilla para que le mirara. —Escúchame bien. Somos cómplices y esa noche nos ha unido para siempre. No será tan malo porque tenemos un sexo de la hostia y parece que nos entendemos. Podemos tener un buen matrimonio.

Una lágrima rodó por su mejilla. —Dijiste que no me habías olvidado.

—¿Cómo olvidarte? Te aseguro que esa noche no la olvidaré jamás. Me ensucié en este asunto y ahora pagaremos las

consecuencias. Los dos. Siento si no soy el novio enamorado que pretendías, pero es que tienes una mochila enorme a tus espaldas, nena. No paro de llevarme una sorpresa tras otra contigo, joder. Y te aseguro que no son sorpresas agradables. Nos casaremos en seis meses en una boda por todo lo alto. Te comportarás como una novia ilusionada por haber encontrado al hombre de tu vida y yo respetaré este pacto. Si todo va bien y no hay más sobresaltos puede que en un año tengamos un niño. Seguirás diciendo la versión que habíamos hablado y sobre tu madre… Cíñete a lo que ocurrió aquella noche. —Soltó su barbilla y miró hacia la ventanilla.

—No tienes que casarte conmigo —dijo queriendo huir de aquella situación que le estaba partiendo el alma—. Todavía no sabe nadie nuestro compromiso y…

—¿Sabes el año que he pasado pensando que te irías de la lengua en un momento de arrepentimiento? —La fulminó con la mirada. —Pero si tenemos un hijo no querrás que sepa lo que hicimos, ¿no?

Pálida como la muerte no se podía creer que hubiera dicho eso. —¿Qué?

—Lo que acabas de oír. Cuando el niño haya nacido puedes divorciarte si quieres, mientras tanto seguiremos casados. ¡Y dejarás

de tomar esas pastillas!

—No puedo dejarlas de golpe —dijo con la voz temblorosa.

—Mañana iremos al médico.

—Pero…

—¡Mañana!

Mirando incrédula su perfil se mantuvo en silencio el resto del camino, pero él la ignoró a propósito. Era un cabo suelto. Si le había permitido ese año de libertad era para que consiguiera una carrera que estuviera a la altura del apellido Esdraffo. Había sido un riesgo, pero era evidente que la había controlado en ese tiempo. Además, fuera de América ella no habría denunciado nada. Seguro que estuvo más nervioso el tiempo que había permanecido en el país que después. Y cuando había llegado al estrellato había hecho acto de presencia para reclamar su mano. Para reclamar su mano y dominar toda su vida como había hecho su padre. Se le pusieron los pelos de punta. No, no podía dejar que eso sucediera.

De repente él la miró y se estremeció por el hielo en sus ojos. —Ni se te ocurra pensar en darme la espalda, preciosa. —Sonrió irónico. —Has luchado mucho por conseguirme, ¿vas a renunciar ahora? No lo permitiré.

—Estás loco.

—Cuando tiré a ese tipo en ese agujero, salvé tu vida. —Se acercó a ella. —¿Qué crees que hubiera pasado? Habrías acabado en prisión. Aunque sus otras víctimas hubieran hablado sobre lo que les hizo, tú no tenías ningún signo de violencia. Cualquier fiscal te hubiera destrozado sobre todo porque habías estado en su furgoneta en otras ocasiones y no había pasado nada. —Besó su labio inferior estremeciéndola con su aliento.

—Lo hiciste por ti mismo no por mí. Como acabas de demostrar yo no te importaba nada.

—Lo hice para salvar la fusión y la empresa, eso no voy a negarlo. —La cogió por la cintura pegándola a su pecho y acarició su trasero. —Pero he de reconocer que desde que vi como limpiabas esas ventanas me moría por levantar esa bata. —No pudo evitar suspirar de placer. —Y tú te morías porque te la levantara. —Atrapó su boca enlazando su lengua con la suya y ella gimió sin ser capaz de rechazarle. Fue un beso tan intenso, tan entregado, que su cuerpo y su mente le gritaron que todo lo que acababa de pasar tenía que ser una equivocación. Que había sido una pesadilla de la que tenía que despertar y aferrarse a él porque era el único modo de salvar su vida. Le amaba tanto, había soñado tantas veces con ese

momento, que su corazón no podía estar equivocado y se aferró a él disfrutando de ese instante que estaban compartiendo.

Luka se apartó de ella lentamente y apoyó su frente en la suya. —Hemos llegado.

Mareada por su proximidad susurró —Que dé otra vuelta.

Sonrió y besó lentamente sus labios como si no pudiera apartarse de ella. —¿No prefieres continuar en casa?

Levantó la vista hasta sus ojos. —¿Has terminado de ser ese capullo odioso que no hace más que gritarme?

Él amplió su sonrisa. —Sí, he terminado.

—Entonces sí.

—Vamos, nena.

Abrió la puerta y cogió su mano para ayudarla a salir. Vio como el portero cogía su violín e iba a decir algo cuando Luka dijo —Tranquila, te lo cuidará.

—Es muy caro. Carísimo.

—¿Cómo de caro?

—Quinientos mil.

Él silbó. —¿Y entonces el Stradivarius cuánto cuesta?

—¿En una subasta? No lo sé. ¿Diez millones de dólares?

Se detuvo en seco ante el ascensor. —¿Tanto?

—Puede que mucho más. El Mesías que fue uno de los primeros que fabricó, dicen que ahora en una subasta podría alcanzar los veinticinco. —Pulsó el botón de llamada ella misma viendo como su mente trabajaba.

—¿Cuántos de esos hay en el mundo?

—Unos seiscientos —dijo sin quitar ojo al portero que desapareció por una puerta con sus cosas—. ¿A dónde va?

—Por el ascensor de servicio. Nena, no le va a pasar nada.

—No me gusta perderlo de vista —refunfuñó haciéndole sonreír.

—¿Cuántos violines tienes? —preguntó entrando con ella en el ascensor.

—¿Veinte? Por ahí.

—Veinte… —Pulsó el último piso.

—¿Qué? Es mi herramienta de trabajo. En el escenario tengo tres dispuestos en todo momento. Y a lo largo de los años he ido comprando. —Se encogió de hombros. —A pesar de tener cien años está casi nuevo para mí. Lo compré hace cinco meses.

—Sí que te van bien las giras.

Sonrió maliciosa. —¿Cuánto crees que he ganado con ella?

—Ni idea nena, pero estoy deseando saberlo.

—Podría comprarme diez violines como ese.

En cuanto se abrieron las puertas salió dejándole con la boca abierta. —¿Qué has dicho? ¡Ganas más que yo!

—Ya, pero es que yo soy un genio.

Él gruñó cogiéndola por la cintura para meterla en casa. El portero carraspeó diciendo —Buenas noches, señor Esdraffo.

—Buenas noches, Clark.

Ella fue hasta su violín que estaba sobre la mesa del centro del gran hall. Pasó las manos por su funda de terciopelo negro quedándose más tranquila y sintió su presencia tras su espalda. —Venga, enséñame esa maravilla. —Le miró sobre su hombro levantando una ceja sin entender por qué quería verlo. —Es importante para ti, así que me interesa.

Su corazón dio un vuelco porque volvía a ser el Luka que había dejado hace un año, no el déspota de minutos antes y se preguntó cuál era el de verdad. Abrió la funda y quitó el paño que lo cubría mostrando su madera rojiza mientras sentía su aliento en su

cuello antes de que lo besara. —Muy bonito. —Pasó las manos por su cintura y deshizo el nudo de su abrigo.

—Es precioso. —Pasó sus dedos por él mientras Luka le quitaba el abrigo por los hombros. Rio dejando que se lo quitara. —¿No querías verlo?

—Continúa —dijo con la voz ronca apartando su cabello para besar su cuello mientras desabrochaba los botones de su vestido—. Puedo centrarme en varias cosas a la vez.

—Mmm… Es de madera de arce y abeto rojo.

—Ajá.

—La madera es importante, ¿sabes? —Las yemas de sus dedos acariciaron su espalda desnuda haciéndola suspirar de gusto. —Es esencial hasta cuando se talan y como es la luna en ese momento. Debe ser menguante de invierno. —El vestido cayó al suelo y las manos de Luka fueron a parar a sus pechos robándole el aliento cuando los amasó con ganas por encima de la ropa interior. —Dios…

—Creo que dejaremos el resto de la lección hasta mañana —dijo volviéndola para besarla con ansias. Se abrazó a su cuello y Luka impaciente la elevó cogiéndola por el trasero. Rodeó sus

caderas con las piernas y ni se dio cuenta de que entraban a un gran salón mientras se devoraban el uno al otro. Subiendo unas escaleras ella enterró sus dedos en su cabello y Luka tuvo que detenerse apartando su boca—. Nena, no llegamos.

—¿Qué? —dijo antes de besarle de nuevo. Su lengua acarició su paladar y le escuchó gemir intentando subir las escaleras. Sintió la pared en su espalda y como metía las manos entre sus piernas apartando sus braguitas. Desesperada por tenerle en su interior apartó su boca y gritó cuando la invadió con fuerza dándole el mayor placer que había experimentado nunca.

Él besando su cuello dijo con la voz distorsionada por el deseo —¿Me sientes, nena? Joder, no tienes ni idea de lo que te he echado de menos. —Se movió en su interior con tal contundencia que Coralie creyó que la partiría en dos por el placer que la recorrió de arriba abajo. Sin ser capaz de pensar se aferró a sus hombros y a sus caderas mientras él entraba de nuevo en su interior sin darle tregua. Una y otra vez la llenó por completo hasta que pensó que perdería la cordura y cuando gritó de desesperación él movió sus caderas con tal fuerza que todo estalló a su alrededor dándole una paz infinita.

Aún no se había recuperado cuando él la llevó hasta la cama y sin darse cuenta la desnudó por completo. Fue al sentir su cuerpo desnudo sobre ella cuando abrió los ojos. Luka apartó un mechón de cabello de su humedecida frente. —Te ha crecido mucho el pelo. Me gusta.

—Y tú te lo has cortado. —Acarició su nuca.

—Nena, sobre lo de antes…

—No. —Sus ojos mostraron el miedo que sentía a que volviera a decirle esas palabras que habían dolido tanto. —No quiero hablar de ello.

Él apretó los labios y asintió antes de besarla. —Duérmete, debes estar agotada. —Iba a apartarse, pero Coralie se abrazó a él intentando esconder la lágrima que recorría su mejilla. No podía perder lo que sentía a su lado, no podía perderle. Y él la abrazó con fuerza como si supiera que le necesitaba. —Haré lo que sea por mantenernos a salvo. Lo que sea preciosa, no debes preocuparte.

—Yo solo quiero estar contigo —dijo sin poder evitarlo.

Su silencio le dijo que Luka no pensaba lo mismo y cerró los ojos intentando que no doliera.

Capítulo 6

Cuatro horas después Luka dormía a su lado mientras Coralie de costado observaba su perfil como había hecho desde que se había dormido, pensando en sus palabras en el momento en el que habían vuelto a encontrarse y en todo lo ocurrido desde aquella horrible noche. Y había llegado a la conclusión de que le daba igual todo. Ese hombre era suyo y lo sería hasta el día de su muerte. No pensaba dejar que dominara su vida como lo había hecho su padre. Ah, no. Estaba muy equivocado. Había llegado la hora de equilibrar la balanza y ella tenía un as en la manga que pensaba utilizar.

Un beso al lado de su ombligo la hizo sonreír y se estiró mientras Luka acariciaba su vientre. —Nena, son las doce.

Abrió los ojos como platos viendo que estaba vestido con un traje gris. —¿Las doce? ¡Tengo que ensayar!

Divertido vio que saltaba de la cama. —Tenemos cita con el médico en una hora. Ashley ya ha enviado tus cosas.

Sin comentar nada fue hasta el baño y utilizó el wáter. Él se acercó. —Tienes media hora.

—No voy a ir.

Se tensó. —¿Cómo has dicho?

—Mi médico dice que debo tomarlas y me conoce muy bien. Pienso seguir tomándolas. Me ayudaron mucho la otra vez y ni se me ocurriría dejar el tratamiento.

—Como se entere la prensa…

—¡Si se entera la prensa puede que lo comprendan, porque mi madre se suicidó y yo la encontré! Si he tenido que volver a tomarlas por la presión del trabajo no van a escandalizarse. ¡Esto es Nueva York, la mayoría de la gente toma antidepresivos, ansiolíticos o drogas! —Abrió el grifo de la ducha y se volvió hacia él. —Di la verdad, te jode que tu perfecta familia sepa que te casas con una mujer que toma ansiolíticos.

Apretó los labios. —¡Si es lo mejor para ti me importa una mierda lo que opinen, pero no quiero que te apoyes en esa basura! Eres lo bastante fuerte para…

—¿Pasarlo a pelo? ¡Pues no! ¡No lo soy!

—Baja la voz, Marisa está abajo.

—¿Y quién es Marisa?

—Mi asistenta.

—Genial. —Se metió en la ducha bajo el chorro del agua chillando porque estaba fría. Él puso los ojos en blanco. —¿Qué?

—Vamos a ir al médico.

—Ni de coña y no te pongas pesado con el tema porque puede que pase eso que tanto temes y se me escape lo que ocurrió aquella noche.

Él entrecerró los ojos. —¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. ¿El champú es el dispensador azul?

—¡Coralie!

—Mira, yo después de la noche que he pasado estoy de lo más relajada y me importa todo un pito. —Soltó una risita. —Deberías sentirte orgulloso.

—Nena, no me amenaces con eso.

—No quiero perderte. Ni con niño ni sin niño.

—¡Cuando tengamos el niño ni se te ocurriría abrir la boca!

—Puede, nunca se sabe. —Le miró maliciosa. —Igual sí que me parezco a mi madre y cuando amo lo hago intensamente. Tanto como para hacer cualquier cosa. Yo que tú no estaría muy seguro de que mantuviera el silencio dentro de dos, tres o veinte años. ¿Me has entendido?

—Perfectamente —dijo entre dientes.

Sonrió radiante. —Te quiero, no te lo tomes a mal. Deberías sentirte genial. Haría lo que fuera para mantenerte a mi lado.

Gruñó saliendo del baño y encantada apretó el dispensador. Había ganado. No se lo podía creer.

—Nena… —Se volvió enjabonándose la cabeza. —¿Harías lo que fuera por mantenerme a tu lado?

—Claro, amor. Lo que haga falta.

—Pues si estamos en la cárcel dudo que me veas mucho. —Salió dejándole con la palabra en la boca. —¡Tienes veinte minutos! ¡Nos vamos al médico!

—Mierda.

Sentada ante el médico chasqueó la lengua viéndole repasar los papeles de las pruebas que le habían hecho en un tiempo récord. No sabía qué tenía que ver un examen ginecológico con las pastillas, pero cualquiera le llevaba la contraria a Luka que estaba de lo más mosqueado.

—¿Y bien doctor?

—Está perfecta. Y puede concebir cuando quiera.

Asombrada porque era evidente que quería preñarla cuanto antes para cerrarle la boca miró a Luka que asintió satisfecho. —Estupendo.

—Pero…—La fulminó con la mirada cortándola en seco.

—¿Y las pastillas?

El doctor suspiró. —No son algo de lo que debiera preocuparse, señor Esdraffo, son muy suaves. A veces el cuerpo necesita alguna ayuda para pasar ciertos momentos. La gira de su novia ha sido muy intensa y con demasiado estrés. Es lógico en personas de su nivel que puedan necesitar ciertos apoyos.

—No tiene que apoyarse en nadie y en nada excepto en mí. ¿Qué tiene que hacer para dejar de tomarlas?

El doctor la miró a los ojos. —¿Seguro que quiere dejarlas? ¿Su psiquiatra estaría de acuerdo?

—No.

—No pienso ponerme en contra del diagnóstico de un profesional en ese campo, señor Esdraffo.

—Nena…

—¿Qué? No miento. Si me las ha dado es porque las necesito.

—¿Cuándo le visitaste por última vez?

—Antes de irme de gira por Europa.

—¡Seis meses!

—Es que no me ha dado tiempo a visitarle de nuevo y no hace visitas a domicilio.

—Muy graciosa.

—Les recomiendo que hablen con él. Yo en ese aspecto no puedo hacer nada.

Luka se levantó abrochándose la chaqueta del traje. —Nena, nos vamos.

—¿Me da la píldora?

Eso sí que les dejó de piedra y Coralie sonrió. —No quiero quedarme embarazada antes de la boda.

—Nena…

—¿Qué diría tu familia, cielo? —dijo con pitorreo.

—Sí, por supuesto —dijo el doctor sin entender nada.

—Gracias.

Cuando salieron de la consulta a Luka se le llevaban los demonios. —¿Cómo se llama tu médico?

—¿Mi qué? —Se detuvo ante el ascensor y sonrió maliciosa.

—Lo averiguaré. Solo estás retrasando lo inevitable.

—Cariño, tengo que ensayar. —Exasperada entró en el ascensor y él rumió algo que no llegó a entender. —Acepta que estamos en igualdad de condiciones y sigamos adelante.

—Tu padre piensa seguir jodiendo.

—La prensa le tomará por loco. —Entrecerró los ojos. —¿Y si lo está? ¿No se incapacita a los locos? —Ambos se miraron a los ojos y ella sonrió maliciosa. —Sería perfecto para él. Un lugar en donde le cuiden como solo él merece.

—Preciosa empiezo a pensar que sí eres peligrosa.

—Peligroso él. Es un peligro para mi carrera y nuestro futuro, cielo.

—Llamaré a mi abogado.

Sonrió pegándose a él. —Somos la pareja perfecta.

Él besó sus labios. —¿La píldora, nena?

—No quiero que tu madre me odie y piense que te he atrapado en un matrimonio que no quieres. Es todo lo contrario, no sería justo.

—¿Ahora soy yo el que te obligo a este matrimonio?

—Claro. Ayer dijiste…

—¡Estaba cabreado! ¡Tu padre me cabreó!

—¡Y desconfiaste de mí!

—Sí, la verdad.

—¡Muy bonito!

—¡Nena, cuando me enfado no mido!

—¡Pues tienes que medir! ¡No tengo la culpa de lo que diga ese loco!

—Pues cuando esa detective lea el periódico va a investigar. No tiene pinta de darse por vencida como demostró ayer.

—¿El periódico? ¿Qué periódico?

Él suspiró. —El Times, nena.

—¡No! —gritó horrorizada—. ¿En mi crítica de ayer?

—Han hecho un especial sobre ti y sale parte de tu vida.

—¡No! —A toda prisa salió del ascensor y frenética miró a un sitio y a otro para buscar un kiosco. Vio uno al final de la calle y corrió hacia allí cogiendo el primer periódico que encontró para abrirlo a toda prisa. El hombre iba a protestar cuando Luka le dio un billete de diez. Frenética leyó lo que se decía de ella. Su concierto había sido espectacular, la alababan de todas las maneras posibles, pero a la mitad empezaban a compadecerla por la vida que había tenido encontrando el cuerpo de su madre después de su suicidio. Cómo eso afectó a su vida y a su carrera. Cómo había conseguido superarlo después de unos años para convertirse en una de las mejores violinistas del mundo. Jadeó indignada. —¿Cómo que una de las mejores del mundo? ¡Soy la mejor!

Luka puso los ojos en blanco. —Nena, ¿solo te has quedado con eso?

Siguió leyendo. También hablaba de que su padre había asistido al concierto para hacer unas acusaciones terribles sobre la

muerte de su madre. —No entra en detalles.

—Pues te aseguro que allí habló de muchos detalles como que las pastillas eran tuyas.

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia él. —¿Qué dices?

—¿Lo eran? ¿Me has vuelto a mentir?

—¡No! Bueno, unos meses antes me recetaron unas pastillas porque tuve un concierto importante y me desmayé en el camerino cuando terminó. Pero es que casi no había comido en todo el día. Mi padre se empeñó en que las tomara un tiempo, pero mi madre no me las daba. El bote nunca lo vi y…—Impresionada dio un paso atrás. —¿Era mío? Lo vi sobre la mesilla al lado de una botella de whisky, pero…

—¿Lo tocaste?

—¡No! En cuanto la vi tirada al lado de la cama salí corriendo y llamé a emergencias.

—¿La tocaste a ella?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Volví y me arrodillé a su lado. La toqué, sí. Intenté que despertara. Pero estaba fría. La abracé…

Él apretó los labios y la abrazó. —Nena, no tienen nada.

—¿Cómo puede ser tan cerdo para utilizar eso para hacerme daño?

—No lo sé, pero lo va a pagar, eso te lo juro.

Sentados en el coche la detective Portland observaba como él intentaba consolarla quitándole el periódico de las manos y llevándola hasta la limusina que les esperaba.

—¿Qué opinas? —preguntó su compañero.

—Que se llevan muy bien de repente. —Viendo como la ayudaba a entrar en el coche dijo —Es muy protector con ella, ¿no?

—Ha pasado más de un año. Han podido pasar mil cosas en ese tiempo.

—Sí, ¿pero ella se fue durante un año y ya viven juntos? Algo me huele muy mal.

—Crees que se relacionaban antes de que ella se fuera.

—Estoy segura y la pregunta es por qué la señorita Meyers mintió sobre si tenía novio.

—Igual no eran novios. Él estaba comprometido.

—Amantes… Y ella limpiaba en su oficina. La víctima la quería de amante y no debía llevar muy bien su rechazo. Sabemos que se pasaba de la raya.

—Y se pasó de la raya con ella.

La detective sonrió. —Y llega su pareja y les descubre. La cosa se fue de madre y acabó muerto.

—Estás especulando.

—Sí, solo es una teoría. Sígueles.

Observó el coche y al cabo de unos segundos dijo —Vuelven al piso. ¿Ayer se encuentran después de un año y se muda a su piso?

—Igual empezaron hace meses. Estos ricos viajan mucho.

—Puede. —Cuando bajaban del coche Luka la ayudó a salir como todo un caballero y vieron en su mano el reflejo del anillo. —Menudo pedrusco.

—Una relación consolidada.

—Un compromiso en toda regla. Consígueme sus listados de llamadas. Quiero ver cuando empezaron esta maravillosa relación.

Cinco horas después Robert entraba en su despacho y tiraba sobre la mesa unos papeles. —Al grano, pesado. Tengo mil cosas que hacer.

—Nada.

Parpadeó. —¿Cómo que nada?

—Ni una sola llamada jamás. Nunca se han llamado.

—¿Tendrán otro número?

—No.

Asombrada apoyó la espalda en el respaldo de su silla. —¿Qué coño está pasando aquí?

—Empiezo a pensar que tienes razón en tus sospechas iniciales.

—Había unas imágenes borrosas de la gasolinera del Bronx, ¿no es cierto? —Él asintió. —Veámoslas de nuevo. A ver si ahora encontramos algo que no hayamos visto antes.

Capítulo 7

Sentados ante la pantalla del ordenador volvieron a mirarlas por décima vez. Robert suspiró. —No hay nada.

El hombre cogió el surtidor de gasolina con la cabeza gacha en la zona menos iluminada de la gasolinera. De repente Cristel gritó —¡Atrás, dale atrás!

—¿Qué? ¿Has visto algo?

—Da hacia atrás solo unos segundos.

El hombre cogió el surtidor de nuevo y ella señaló algo en la pantalla. —¡El anillo! ¡No había ningún anillo en el cadáver! ¡No era él!

—Pueden habérselo robado y ser esa la causa de su asesinato.

Le fulminó con la mirada y él sonrió provocador. —¿Y eso fue antes o después de que quemara su furgoneta sin ninguna razón? —Señaló la pantalla. —No, este fue a por la gasolina y quemó la furgoneta para eliminar las pruebas. Él ya estaba muerto y seguramente en la parte de atrás de ese vehículo. —Sus ojos brillaron. —En el carrito. Estaba en el carrito de la limpieza. ¡Le mataron en la empresa! ¡Ja! Amplia la foto, listillo.

—Lo que digas.

Marisa gruñó pasando el polvo por el salón mirándola como si fuera una pesada de primera después de tocar diez veces su última pieza. Exasperada bajó el violín. —Ya interpreto otra.

—Menos mal, ya me la sé de memoria.

Rio por lo bajo y se puso el violín en el cuello empezando a tocar otra de sus composiciones. —Esa me gusta mucho.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y la mujer fue a abrir. ¿Dónde estaría Luka? Llevaba fuera todo el día. Malditos negocios. Cuando vio que Marisa entraba en el salón sonrió, pero

esa sonrisa se congeló al ver a la detective Portland siguiéndola con su compañero. Se detuvo en seco dejando caer los brazos.

—Es la policía, señora.

—¿Puedes dejarnos solos?

—Estaré en la cocina.

—¿Se acuerda de mí? La noche pasada parecía que no me recordaba.

—Es la detective con la que hablé hace un año —dijo dejando el violín en su funda.

—La misma. Un año muy intenso para usted. —Miró a su alrededor e hizo una mueca. —Menudo piso.

—Una maravilla —dijo Robert con ironía—. Al parecer ha cambiado mucho su vida, señorita Meyers.

—He vuelto a mi vida, que es distinto. ¿En qué puedo ayudarles?

En ese momento se abrió la puerta y todos miraron hacia el hall. —Nena, ¿no estás tocando? Qué raro…—Se detuvo en seco al verles allí y al ver la placa en su cinturón preguntó —¿Ha pasado algo?

—¿Señor Esdraffo? No había tenido el gusto de conocerle, soy la detective Cristel Portland y él es mi compañero Robert Ray.

Se acercó a Coralie advirtiéndola con la mirada y se volvió. —¿A qué se debe su visita? ¿Podemos ayudarles en algo?

—Oh sí, claro que pueden —dijo divertida—. Pero dudo que me den una confesión. Pocos lo hacen.

—¿De qué habla? —preguntó Luka.

—Hace un año me hicieron unas preguntas por la desaparición de mi jefe.

—Exactamente. La desaparición de George Kaplan. Hace un año desapareció después del trabajo. Después de dejar a su prometida en la parada del metro. Después de salir de su empresa, señor Esdraffo. ¿Llegó ese caso hasta usted?

—No, no sabía nada de eso.

—Seguro —dijo como si fuera una mentira mayúscula tensándole—. Coralie, te alegrará saber que le hemos encontrado.

—¿De veras? ¿Está bien?

—Como bien sabes no, no está bien.

—¿Insinúa que mi novia tiene algo que ver en su desaparición?

—No. Insinúo que ambos tienen que ver en su desaparición.

—¡No sea ridícula, Coralie no le haría daño a una mosca y yo ni le conocía! ¡Ni sé quién es ese tipo!

—¿Ah, no? —Su compañero sacó un folio de una carpeta dejándola sobre la mesa de centro. —¿Entonces cómo explica esto?

Era una foto de una mano cogiendo un surtidor y una E al lado hecha por ordenador. A Coralie se le cortó el aliento. La E de su sello. —¿Qué es eso?

—Eso es su anillo —dijo la detective—. El que lleva en el meñique.

Luka siseó —No diga disparates.

—¿Los digo? —Divertida miró a su compañero. —No me habían acusado de eso jamás.

—En esta profesión nunca dejas de llevarte sorpresas.

—Sí, y algunas te dejan atónita. —Miró a Coralie a los ojos. —Con la cara de niña buena que tenías.

—¡Déjela en paz!

—Ahí salió el defensor. ¿Qué ocurrió? ¿Sorprendió a George propasándose con ella y se tomó la justicia por su mano? Porque la

víctima nunca ha llevado anillos. Ni el de casado. Palabras de su mujer.

—¡Salgan de mi casa!

—¿Ni una sola llamada en un año y de repente se comprometen? Sospechoso. O Coralie le chantajea o tenían que ocultar su relación por una razón poderosa. Y ocultarla mucho para no dejar pruebas de ella. Como las llamadas. Nada de contacto durante un tiempo, ¿no? Que no nos relacionen. Cuando vuelvas de tu gira todo habrá pasado. Pues no ha pasado, sigo en el caso. Y ahora es un caso de asesinato.

—Solo dice disparates. ¡Largo de mi casa!

—Disparates. —Caminó hasta el ventanal que mostraba la ciudad. —Una vista impresionante. Yo también haría cualquier cosa por no perder esta vida.

—Y que lo digas —dijo Robert disfrutando de lo lindo.

Asustada cogió la mano de Luka que la apretó dándole ánimos. Cristel vio el gesto y se volvió hacia ellos. —Oh Robert, nos hemos equivocado. Están enamorados.

—Eso veo.

Dio un paso hacia ellos. —¿Qué ocurrió? ¿George se propasó? ¿Quién de los dos le mató?

—Voy a llamar a mi abogado.

—Espero que sea caro para que le saque de esta. Por cierto… —Sacó un papel del bolsillo de la chaqueta y se acercó. —Esto es una orden para llevarnos su anillo. Ni nos molestaremos en registrar la casa porque seguro que se han deshecho de cualquier prueba. El anillo, por favor.

—No hasta que mi abogado revise esa orden —siseó.

—Si no me da el anillo le detendré por obstrucción a la justicia. Usted decide.

—Cariño…—dijo asustada—. ¡Por qué hacen esto, él no ha hecho nada!

—Oh, fuiste tú. ¿Se propasó contigo?

—¡Nena, cállate! ¡Mi novia no sabe nada de ese tipo!

La detective sonrió. —Esa es la reacción que necesitaba para saber que voy por el camino correcto.

—No sabe lo que dice —dijo con desprecio.

—¿No? —Les observó atentamente. —Eso ya lo veremos. El anillo.

Él entrecerró los ojos. —Tendrá que detenerme. A la prensa le encantará saber las fantasías que se le pasan por la cabeza.

—Luka, no. Dale el anillo, así demostrarán que no es el tuyo. —Le rogó con la mirada. —Por favor… —Asustada porque no daba su brazo a torcer miró a la detective. —Le conocí trabajando en la empresa, pero jamás hablamos más de dos palabras. Fue en Viena hace seis meses cuando vino a uno de mis conciertos. Fue por negocios y en esos dos días nos enamoramos. Pero ninguno se atrevió a decir nada, era una aventura. Él todavía estaba comprometido. Fue antes de ayer cuando volvimos a encontrarnos. Dijo que no me había olvidado y me dio el anillo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Él no ha hecho nada, lo juro. ¡Ocurrió así!

—Entonces que me dé ese anillo no significará nada. No ponga las cosas difíciles, señor Esdraffo. Colabore y esto acabará muy pronto si no tiene nada que ocultar.

—Como lo pierdan… —dijo entre dientes—. Me lo dio mi abuelo.

—Lo cuidaré como si fuera mío.

Se lo sacó del meñique y lo tiró en el interior de una bolsa que ella extendió. —Gracias. —La cerró tendiéndosela a su

compañero que la cogió en el acto. —Tendrán noticias mías. Buenas tardes.

—La próxima vez no se presenten sin avisar —dijo él molesto.

Les siguieron hasta la puerta y cuando Luka cerró le hizo un gesto para que no hablara antes de cogerla por el brazo y subirla a su habitación. —Dios mío. ¿Ves como no era buena idea perder el contacto? Hemos perdido un año para nada.

—¿En serio te has quedado con eso de toda la conversación? La excusa de Viena nos vino perfecta. Con eso valdrá. ¡Y si hubiéramos tenido una relación antes sí que hubiera sido sospechoso, joder!

—¡Te avisé del anillo! ¡Le diste la vuelta!

—Se debió girar en algún momento. —De repente sonrió. —Pero tranquila en él no encontrarán nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Ahora hacen muchas pruebas. —Abrió los ojos como platos. —Y tiene un diamante, puede haber algo debajo.

—No, porque no es el mismo anillo.

—Sí que lo es. Lo he visto.

—Ese como dije es el de mi abuelo. Me lo legó en testamento. Es el primer sello de la familia herencia de mi bisabuelo. Pasa al varón que preside la compañía. Yo. Cuando murió me lo legó a mí. Hace seis meses devolví el anillo de mi abuela a la caja fuerte del banco y lo vi. Me dije que ya era hora de ponérmelo.

—Así que el otro…

—Está en el banco. En ese no encontrarán nada por mucho que busquen.

Suspiró del alivio sentándose en la cama. —Me estoy mareando.

Se acuclilló ante ella. —¿Y tus pastillas?

—No quiero tomarlas. A ti no te gusta y…

—Creo que este no es el mejor momento para que las dejes. ¿Dónde están?

—En el armarito del baño.

Él fue hasta allí a toda prisa. Regresó con el bote y un vaso de agua sentándose a su lado. —Tómatelas.

Lo hizo y le miró a los ojos mientras bebía. Cuando bajó el vaso dijo —El sello es igual. Tienen el dibujo.

—¿Una foto distorsionada? Una casualidad del ordenador. Puede ser otra E. Hay miles de sellos con esa inicial.

—¿Relacionados con el caso?

—Una casualidad. —Entrecerró los ojos. —O la prueba de que me había robado.

Separó los labios de la impresión. —No colará. Tendrías que haberlo dicho en el momento en que te reclamaron el anillo.

—Ni me acordaba de eso.

—No denunciaste el robo, no se lo tragarán y descubrirás que ese no es el anillo de la noche del crimen.

Apretó los labios. —El anillo prueba que no era él quien conducía la furgoneta y sino era él, tú sabías quien era. Necesitamos acusarle del robo del anillo o estaremos en problemas porque siempre sospecharán de nosotros.

—¿Y si digo que vi el anillo en su dedo y que discutimos por él? Que lo reconocí de vértelo puesto en una foto de tu despacho y que vio como lo miraba. Quiso deshacerse de él en el lugar equivocado y murió por esa razón.

Él pensó en ello. —Y para eso deberían descubrirlo en el Bronx, ¿no es cierto?

—Ni se te ocurra sacarlo del banco. Nos cogerán.

Sonrió de medio lado. —Es que tengo más, nena.

—¿Qué?

—Todos los miembros de mi familia tienen uno. A lo largo de los años ha habido fallecimientos y se van heredando.

—¿Y cuándo me darás el mío? —preguntó indignada.

—El día de la boda, nena. Hasta entonces no eres una Esdraffo.

—Ah… Dime que no los tienes en el banco.

—El que realmente tiene valor sentimental es el que ahora tienen ellos. Tengo tres en el despacho. Me los dio mi padre para el momento en que tuviera hijos y cumplieran la mayoría de edad, que es cuando nos los dan.

—¿Y cómo llegará al Bronx y hacemos que lo descubra la policía?

—Nada como el metro para que lo lleve allí, preciosa.

—¿Piensas dejarlo en el metro? —preguntó incrédula.

—Yo nunca cojo el metro.

—Me seguirán a ver si doy un paso en falso.

Él apretó los labios y se levantó caminando de un lado a otro. —¡Joder!

—Pero Ashley siempre va en metro.

La miró asombrado. —No vamos a meterla en esto. ¿Estás loca? ¿Y que nos delate cuando le venga en gana? Ni se te ocurra decirle nada.

—No creo que nos delate. —Se miró las uñas como si nada.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo podría acusarla del asesinato de su hermano en Londres.

Él dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué has dicho?

—Mató a su hermano. Le di una coartada y la saqué del país.

—¿Pero quién eres tú? ¿Al Capone?

—Estaba desesperada. Empezó a trabajar para mí y su hermano llegó borracho a su casa a reclamarle dinero. No lo tenía y empezó a pegarla. Ese imbécil se cayó y se golpeó la cabeza contra la chimenea o algo así.

—Le mató.

—Pues eso he dicho.

—No me digas que la ayudaste a deshacerse del cadáver.

Le miró arrepentida. —Me dio pena. Aún lo tenía en el salón cuando se presentó a trabajar llena de morados al día siguiente, la pobrecita.

—¡Increíble!

—Tranquilo, que aprendí mucho de la primera vez y fue fácil. Ya vivía en un barrio deprimido. Solo tuvimos que sacarle al callejón cuando oscureció. Al parecer se llevaba mal con mucha gente y tenía antecedentes por traficar con drogas. Después de maquillarla un poco y que la policía la interrogara, la dejaron salir del país tranquilamente porque jamás había dado problemas y yo les dije que estaba conmigo en el momento de la muerte. La conocía desde hacía tres días, así que me creyeron.

—¡Loca! ¡Empiezo a pensar que tu padre tiene razón!

—No digas eso. ¡No se merecía ir a la cárcel!

—¡Joder! ¡Joder! —Se volvió llevándose las manos a la cabeza. —¡Nena, tienes que dejar de hacer esto!

—Pero es una buena noticia. Ashley nos ayudará como yo la ayudé a ella.

—Esto es surrealista —siseó yendo hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—¡A por el puñetero anillo!

Corrió tras él. —¿Tienes uno en talla pequeña? —La fulminó con la mirada. —Eh, que me lo he ganado.

Le escuchó farfullar que iban a terminar todos en la cárcel por culpa suya. Jadeó indignada. —¡Retira eso!

—Llama a tu ayudante —siseó.

Ashley parpadeó mirando a uno y luego al otro que estaban sentados ante ella en el sofá. —¿Lo has entendido? —preguntó Coralie impaciente.

—Queréis que sea vuestra cómplice en un asesinato que cometisteis hace un año.

Sonrió. —Pues lo has entendido muy bien.

Su ayudante entrecerró sus ojos azules. —¿Cómo te metes en estos líos?

Jadeó indignada. —¡En Londres me metiste tú, guapa!

Se puso como un tomate mirando de reojo a Luka que parecía a punto de saltar sobre ella para estrangularla y no dejar

testigos. —¿Solo tengo que hacer eso? ¿Esconder el anillo en un metro al Bronx de manera que se encuentre próximamente?

—Exacto.

Hizo una mueca. —Vale.

Coralie suspiró del alivio. —Genial. Cariño dáselo.

Giró la cabeza hacia ella mirándola como si aquello no le gustara un pelo. Le hizo un gesto con la mirada para que se lo diera y él gruñendo se levantó metiendo la mano en el pantalón negro que llevaba. Lo dejó sobre la mesa de centro ante ella. Ashley lo cogió entre sus dedos y chasqueó la lengua. —No os van a pillar por esto.

—Por si acaso. —Coralie se levantó. —Ponte una capucha o algo para que no se te vea bien en las cámaras del metro y lo dejas donde alguien pueda verlo.

—Se va a perder. Es de oro y cuesta una pasta. ¿Esto es un diamante? Se lo llevarán y adiós muy buenas. —Se levantó resuelta. —Queréis que lo encuentre la policía en el Bronx, ¿no?

Ambos asintieron. —Pues dejármelo a mí. Os aseguro que lo encontrarán. ¿Has hecho las maletas? Mañana os vais de crucero.

—¿Crees que he tenido tiempo para pensar en eso?

—Menos mal que estoy yo aquí —dijo yendo hacia la escalera.

—¿A dónde vas? —preguntó Luka asombrado.

—A hacerle las maletas.

—¡Ya se las hará mi asistenta! ¡Tienes que irte!

—¿De noche? —Le miró como si estuviera mal de la cabeza. —No conozco mucho de esta ciudad, pero ni loca voy al Bronx de noche. Dicen que hay zonas muy peligrosas. Lo dicen en los tours turísticos, ¿sabes? Lo haré mañana. —Estaba subiendo cuando se detuvo en seco. —Por cierto, no tengo donde vivir.

Gimió porque no se había acordado.

—¿Cómo ha dicho?

—Estaba en el hotel de la productora y se me había olvidado de que no le busqué alojamiento.

—Tranquilo, yo con una habitación pequeñita…—Siguió subiendo dando por terminada la conversación.

—¿Va a vivir aquí?

—Es mi asistente. Para asistirme tiene que estar cerca de mí. Y plancha mejor que Marisa.

Él hizo una mueca. —No más asesinos en esta casa.

—Vale.

—¡Hablo en serio! ¡Ya hay suficientes!

Le abrazó por la cintura. —Cariño, no te estreses. ¿Subimos a la habitación?

—Ahora está ocupada —dijo en un gruñido que le provocó una risita.

Capítulo 8

La detective parpadeó viendo el anillo en su mano. —No me fastidies.

—Pues sí. Ayer por la noche detuvieron a un narcotraficante que lo llevaba en su meñique. Se llama Héctor, pero por lo visto a él le daba igual que falte una H. Dice que se lo compró a una tía. Una yonki que estaba en las últimas. Y como sé que te lo vas a preguntar, he dado con él porque mi amigo Stuart está en narcóticos y el otro día pasó por aquí y vio la foto del sello que tenía sobre la mesa.

—¿Esa yonki era morena?

—No, rubia. O eso cree porque tenía el pelo lleno de mierda. Esas fueron sus palabras. Le dio unas papelinas que no valían nada comparadas con el anillo y se lo quedó.

—¿Cómo es posible que haya pasado esto?

—Pues prepárate, el anillo de Esdraffo está limpio.

—¿Y este?

—Todavía no lo he analizado.

Dejó la bolsa con el anillo sobre la mesa. —Vamos a hablar con ese camello.

—Ya lo he hecho yo. No sabe nada. Dice que no la vio nunca antes y que uno de sus chicos la llevó hasta él porque tenía algo interesante que intercambiar por droga. La vieron tan poca cosa que se la llevaron a Héctor y sucedió el intercambio dos horas antes de la redada.

—¿Por qué esa yonki no se deshizo del anillo antes? ¿Y de dónde ha salido este anillo?

—De la familia Esdraffo, eso es evidente.

—¡No puedo interrogarlos a todos! —dijo exasperada. Entrecerró los ojos—. Veamos al jefazo otra vez. Es evidente que oculta algo.

—Pues espera sentada porque ayer por la mañana se fueron de crucero.

—¿Han salido del país?

—Podían hacerlo, ni están acusados de nada ni les han quitado el pasaporte.

—¡Joder! ¿Y si se escapan?

—Ese tío es demasiado importante como para irse de Nueva York. No ha conseguido todo lo que tiene para perderlo por una mujer, por muy bien que le toque el violín.

—Espero que no te equivoques. Vamos a hablar con ese Héctor.

El teniente abrió la puerta sorprendiéndola y la miró fijamente demostrando que estaba de muy mal humor. —A mi despacho.

Juró por lo bajo siguiéndole y cuando entraron los tres, Robert cerró la puerta. —¿Qué estás haciendo, Portland? —preguntó sentándose en su sillón para mirarla a los ojos—. ¿Estás con la investigación de ese viejo desaparecido?

—Sí, claro. Aunque llevo otros casos a la vez.

—¡El caso de George Kaplan ha pasado a homicidios! ¡Cuando me viniste con esa foto de mierda en la gasolinera, te dije que te olvidaras que estabas apartada del caso! ¡Debería expedientarte! Tenemos setenta y tres personas desaparecidas en esta ciudad, ¿no te parecen suficiente trabajo?

—Jefe, estoy en la pista.

—¡Sobre Esdraffo! ¡Estás en la pista sobre uno de los empresarios más importantes de este país! ¿Un hombre que ni sabía quién limpiaba su empresa?

Separó los labios de la impresión. —¿Cómo lo sabe?

—¡Me acaba de llamar una periodista para pedir mi opinión sobre el acoso al que se somete al señor Esdraffo cuando ese hombre ni conocía a la víctima! —gritó furioso antes de levantar el teléfono—. ¡Quiere hablar contigo!

A toda prisa cogió el teléfono. —¿Diga?

—July Phillips del digital…—Se escuchó un crujido. —Disculpe, pero no tengo muy buena cobertura. ¿Qué puede decirme del acoso al que están sometiendo al señor Esdraffo sobre la muerte de…? Espere que no me acuerdo del nombre. Lo tengo apuntado en algún sitio.

—George Kaplan.

—Ese. ¿Es cierto que sospechan de él?

—No hay declaraciones. ¿Cómo se ha enterado de esta investigación?

—Oh, porque el señor Esdraffo va a denunciarles por acoso policial y tengo un amigo que es abogado.

—¿Qué? —gritó furiosa.

—Además, ayer cuando hablé con su compañero no fue discreto precisamente. Me lo contó todo. Así que ha aparecido otro anillo… ¿Eso es bueno o malo para la investigación?

—¡No hay declaraciones! —gritó fulminando con la mirada a Robert antes de colgar el teléfono con fuerza—. ¡Eres imbécil!

—¿Qué he hecho?

—¿Ayer hablaste con una chica sobre la investigación? —Su compañero se puso como un tomate mirando de reojo a su jefe que puso los ojos en blanco como si no pudiera con él. —¿Con una periodista?

—No me dijo que era periodista. Después de recoger el anillo en la veinte me fui a tomar una copa y la conocí. Le interesó mi trabajo porque le parecía fascinante y le dije algunas cosillas.

—¡Se lo has contado todo! ¡Ahora la prensa se nos tirará encima y si damos explicaciones Esdraffo nos demandará por calumnias porque no tenemos nada aparte de ese anillo! ¡De hecho ya nos ha demandado!

Su teniente entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

Intentó calmarse. —Bueno, eso es lo que ha dicho esa July. Vete tú a saber. De momento se ha ido de crucero

—¡Lo que demuestra que tu sospechoso no está nervioso en absoluto! ¿Y qué es eso de otro anillo?

Gimió por dentro. —Ayer por la noche encontraron otro anillo exactamente igual en la mano de un camello del Bronx.

Él entrecerró los ojos. —¿Cómo que otro igual?

—Todos en la familia llevan uno. Según he leído en una entrevista se los dan al cumplir los dieciocho.

—¿Cuántos Esdraffo hay?

—Más de doscientos por todo el país.

—¡Estupendo!

—¡Pero solo uno tenía relación con la víctima y ahora está comprometido con la mujer que estaba en esa furgoneta antes de que desapareciera!

—No, eso no es cierto —dijo su compañero dejándola de piedra.

—¿Qué has dicho?

—Hay más Esdraffo trabajando en la empresa. De hecho su vicepresidente es también de la familia y tiene cinco primos más en distintos puestos.

—¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Creía que lo sabías. La empresa se llama Esdraffo.

La madre que le parió. Miró a su jefe que levantó una ceja y esta carraspeó. —¿El viejo? Ahora me pongo con él.

—Eso creía.

Semitumbada tomando el sol al lado de Elisabeth disfrutaba de un cóctel sin alcohol mirando el horizonte.

—Esto es precioso. Le digo a Roger todos los años que nos compremos uno y él dice que para qué, que tiene amigos de sobra con yates impresionantes.

Rio por lo bajo porque ya le iba pillando su sentido del humor. —Pues tiene razón. ¿Cuántos cruceros os habéis hecho este año?

—Unos doce, pero la mayoría de fin de semana. —La miró asombrada y Elisabeth se echó a reír. —Sí, ya lo sé, lo amortizaríamos, pero es más divertido irse con gente.

—En eso tienes razón.

—Eres muy amable, querida. ¿Cuándo anunciaréis el compromiso? —preguntó mirando su anillo.

—Ah, ¿pero eso se anuncia?

—Muy graciosa. Vas a tener un año muy intenso por delante. Debes elegir muy bien a la organizadora.

—Uff, ya me está dando pereza.

Elisabeth rio. —Como sois los genios… Si quieres te ayudo. No hemos tenido hijos y me aburro mucho cuando estoy en casa y Roger está trabajando. Conozco a todo el mundo y sé lo que queda bien o no.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Lo harías?

—Claro. —Se sentó tan ilusionada como ella. —Va a ser una boda por todo lo alto.

—Eso quiere Luka, pero no nos pasemos que a ver si nos van a llamar horteras.

Frunció el ceño. —No conoces a su familia, ¿verdad?

Se sonrojó ligeramente. —Pues no. ¿Por qué? —preguntó con desconfianza.

—Bueno, yo solo conozco a su madre, pero agárrate querida, que es una mujer de gran carácter. Igual nos complica un poco organizar la boda a tu gusto.

—Es una mandona, ¿eso me estás diciendo?

—Pues… sí.

—Estupendo, una suegra metomentodo.

—Seguro que puedes lidiar con ella.

Escucharon que los hombres se acercaban y al ver aparecer por la puerta del salón a Luka con un bañador negro, se lo comió con los ojos. —Nena, ¿te has puesto crema?

—Sí, cielo.

—Mira como la cuida, Roger.

Se sonrojó de gusto mientras su marido respondía —Cuando lleven treinta años casados se preguntarán otras cosas.

Elisabeth jadeó indignada. —Mira que te cambio.

Roger se echó a reír y se agachó para darle un beso en la mejilla a su esposa antes de sentarse a su lado. —No lo consentiría.

Un camarero apareció con unas cervezas y Luka cogió las dos para darle una a Roger que le dio las gracias. —De nada. ¿Cómo lo

hacéis? —Le miraron sin comprender. —Estar tan bien juntos después de treinta años.

—Oh, quieres la clave de nuestro éxito.

Se sentó a su lado y acarició su muslo mirándola a los ojos. —Pues sí. Me gustaría saberlo. Voy a casarme, debo estar preparado para todo.

—Nunca se está preparado para todo. Mi mujercita no deja de darme sorpresas. La clave, no enfadarse. Intentar razonar con ella en lugar de montar una bronca enorme para que termine ganando ella.

Divertido levantó una ceja mirándola y ella soltó una risita. —Aprende, aprende.

—Después de los dos primeros años de casados me di cuenta de que ella se disgustaba, yo decía burradas de las que luego me arrepentía y las reconciliaciones estaban muy bien, pero siempre tenías ese sabor amargo de haber metido la pata. Y eso va dejando mella, amigo.

Luka apretó los labios antes de asentir bebiendo de su cerveza, lo que le cortó el aliento porque estaba realmente interesado en lo que le decía. —Veo que ya os ha pasado.

—Hemos tenido nuestros problemillas.

—Y lo has pagado con ella.

Ambos la miraron sonrojándola y sintió la necesidad de excusarle. —Bueno, es que algunas cosas sí fueron culpa mía.

—No, nena… No lo fueron. Discutimos por lo que hicieron otras personas.

—Eso sí que no —dijo Elisabeth—. Nunca debes creer o hacer caso de lo que te digan de ella. Tú la conoces mejor que nadie y debes confiar en ella. Después de regresar de nuestra luna de miel le llegaron rumores de que le estaba siendo infiel con mi preparador físico y se puso como loco. Casi rompimos, incluso nos separamos porque estaba dolida por su desconfianza.

—¿De veras? —preguntó asombrada.

—Oh, sí. El primer año es el peor porque os estáis aclimatando el uno al otro, si lo superáis y no haces caso de lo que os digan de vuestra pareja, todo irá viento en popa.

—Casi me cargo al tipo un día que lo vi salir de casa. Y había ido a darle el nuevo horario de entrenamientos —dijo Roger divertido—. Y no fue la única vez. A ella le fue una con el cuento de que me había visto comiendo con otra mujer y que estábamos muy

acaramelados. Era mi prima que había venido a Nueva York porque acababa de fallecer su marido y quería comprarse una casa en la ciudad. No hizo más que llorar porque estaba rota.

—Que gente más mala —dijo ella impresionada.

—Uy, pues eso no es nada. Tengo una amiga que llevaba casada diez años. Otra amiga le dijo que su marido tenía una amante. Le comió tanto la cabeza que la pobre estaba convencida de ello y se divorció. Un año después adivina con quién se casaba su ex.

—Joder —dijo Luka divertido—. Esto es un campo de minas.

—Y tu novia tiene carrera —dijo Elisabeth—. Otro problema.

Ambos asintieron dejándola pasmada. —¿Por qué?

—Porque viajarás por todo el mundo. Él es un empresario de éxito y tiene que ir a cenas, eventos, galas benéficas... ¿Y dónde estarás tú? En Roma, París, Tokio…

Se mordió el labio inferior mirando su perfil mientras bebía. —Cielo…

—Nena, ya hemos hablado de esto. No vas a renunciar a tu otro amor por mí. Pero…

—No tendré otra gira tan frenética como la de este año.

—Y lo digo sobre todo por tu salud, nena. ¿Diez países en un mes? Con eso no puede nadie.

—Madre mía, ¿cómo lo hacías? —preguntó Elisabeth impresionada.

—Durmiendo en aviones, básicamente. Muy bien, hagamos un trato.

Él sonriendo se volvió para mirarla. —Cuatro meses de gira al año.

—Ni hablar. Tres y cuando te quedes embarazada renunciarás a la gira.

—Si yo renuncio a un mes tú también. Uno de esos meses vendrás conmigo.

—Y después de la gira un mes solos de vacaciones.

Los Fletcher se echaron a reír. —Muy bien, veo que lo vais comprendiendo —dijo Roger.

—Trato hecho —dijo ella acercándose para besar sus labios suavemente antes de mirar sus ojos y se le puso un nudo en la garganta porque ese trato demostraba que no quería que su matrimonio terminara en un año o dos. Además, lo que había dicho de las broncas le indicaba que lo que había sucedido en el camerino

y después, había sido un enfado por lo que había hecho su padre. Mejor profundizaba un poco en eso, así que dijo como si nada —¿Y qué me decís de los suegros?

Los Fletcher se echaron a reír. —Mi madre no podía ni verla.

Elisabeth gruñó antes de beber de su cóctel. —Todo le parecía mal porque su perfecto hijo merecía alguien mil veces mejor. Me hizo la vida imposible, así que toma nota.

—Mi madre la adorará.

—¿De veras?

—Es una apasionada de la música clásica.

Le miró asombrada. —Por eso decías que tenía que reanudar mi profesión, ¿no?

—Admira a cualquiera que toque un instrumento.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Roger—. Es evidente que fue antes de su regreso a los escenarios.

Ambos se quedaron mirándoles sin saber qué decir y Luka carraspeó. —Trabajaba en mi empresa.

—Oh, ¿de qué? —preguntó Elisabeth sonriendo.

Gimió por dentro y en ese momento escucharon el sonido del helicóptero. Los cuatro se levantaron para mirar hacia arriba donde

Ashley les saludó con la mano. —Es mi ayudante. Algo pasa con el disco. Cariño, ¿puedes venir un momento? Ya sabes que de temas legales estoy pez.

—Sí, por supuesto. ¿Nos disculpáis?

—Claro, tenemos toda la semana para hablar —dijo Roger como si nada.

Cuando llegaron a la otra cubierta ella siseó —¿Cómo es que nunca hemos hablado de esto?

—Porque hemos tenido que hablar de todo lo demás.

Vieron como el helicóptero descendía sobre el techo del yate. —¿Y qué decimos?

—Nena, ¿qué has dicho hasta ahora? Algún periodista te habrá preguntado.

—Que estaba en un retiro, estudiando y componiendo. No entraba mucho en detalles.

La miró fijamente. —Los genios soléis ser excéntricos.

—Vaya, gracias.

—Diremos la verdad. Durante un tiempo quisiste saber lo que era trabajar con las manos y te metiste de limpiadora en mi empresa hasta que tu alma te pidió volver.

—Bueno, es lo que ha pasado. Pero pensarán que estoy un poco loca.

—Nena…

—Como digas que estoy loca te tiro del barco.

—¡Hola! —gritó Ashley sonriendo de oreja a oreja saludando con el brazo extendido. Las aspas todavía no se habían detenido y cuando vieron que el piloto se tiraba sobre ella como si fuera un placaje de fútbol, impulsándose tanto que ambos cayeron al mar, Luka y Coralie gritaron del susto.

—¡Ay madre, que me la ha matado! —chilló asustada.

—¡Joder! ¡Ayudadles! —gritó Luka antes de lanzarse al agua de cabeza.

Qué bien lo hacía. Tendría que aprender a nadar. Al ver que el piloto salía con el casco y todo sujetando a Ashley por debajo de los brazos, chilló corriendo hacia la escalerilla donde la tripulación ya estaba preparada para subirles al barco. No podía perderla, era la mejor ayudante que había tenido nunca. —¡Un médico!

—Señora, no tenemos médico. El más cercano está en la isla de Eleuthera —dijo el capitán.

—Tranquila, nena. Se ha desmayado

—¡Del golpe!

—Oh, Dios mío… —dijo Elisabeth llegando corriendo—. Pobrecita.

El piloto la elevó con ayuda de Luka y los de la tripulación la cogieron de los brazos para subirla al barco. En cuanto la dejaron sobre la cubierta la escucharon gemir —Ay…

Se arrodilló a su lado. —¿Ashley? ¿Estás bien?

Abrió los ojos. —¿Me he muerto?

—Casi, pero no.

El piloto subió por la escalerilla. —¡Le dije que se mantuviera agachada! —gritó furioso.

Asombrada vio cómo se arrodillaba a su lado quitándose el casco y tirándolo a un lado. —Me la llevo al hospital.

Gimió apoyándose en los codos y le fulminó con la mirada. —Estoy bien, gracias.

—¡Te has desmayado!

—¡Por tu culpa, bruto!

—¡Casi pierdes la mano!

—¡Podría haber perdido la cabeza del golpe! ¡Hay que controlar la fuerza, leche!

La cogió en brazos como si nada y siseó —Mejor que te den un repaso que no dices más que disparates.

Jadeó indignada. —¡Jefa, que se me lleva!

—¿Debería ir con ella? —preguntó al ver que la metía en el helicóptero de nuevo.

—Creo que estará bien cuidada. —El helicóptero ascendió antes de que se dieran cuenta. —Además no te espera —dijo Roger divertido—. Aquí hay romance a la vista.

Asombrada miró a Roger. —¿Eso crees? ¡No puedo perderla! —Se volvió hacia Luka que mirando el helicóptero se pasaba una mano por la nuca. —¡Haz algo!

—No sé volar, nena. —La miró a los ojos muy preocupado. —Pero tienes razón, no puedes perderla.

Capítulo 9

Muy nerviosa por Ashley insistió en que Luka unas horas después llamara al hospital, pero no sabían nada de ella. De hecho no sabían nada en ningún sitio y la empresa de helicópteros no sabía dónde estaba el aparato. —Lo que yo os decía, romance a la vista —dijo Roger ya preparado para la cena.

—¿No se habrán caído al mar? —preguntó de los nervios—. ¡Ese piloto no me da ninguna confianza!

—Nena, hizo lo correcto. Tu amiga podría haber perdido la mano. Yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Y no hubiera sido más fácil bajarle el brazo? —preguntó con ironía.

Los hombres hicieron una mueca y Elisabeth soltó una risita. —Hombres, se guían por impulsos. Tranquilízate querida, si hubieran

tenido un accidente ya lo sabría la guardia costera. Piden ayuda por radio cuando ocurren estas cosas.

—Eso si les da tiempo. Y Ashley no sabe nadar. —Miró asustada a Luka. —¡Tienes que enseñarme! ¿Y si esto se hunde?

—Nena, ¿no sabes nadar?

—¿Acaso me has visto meterme en el agua?

—¡Creía que era por no mojarte el pelo!

—¿Pero por qué mujer me tomas? ¡No soy tan pija como esa novia que tenías antes!

—Uy, uy… No saques otras novias…—dijo Elisabeth por lo bajo.

—¡Tienes que aprender a nadar, esto es un barco!

—¡No me había dado cuenta!

De repente escucharon es sonido del helicóptero y se les cortó el aliento. —¡Ya está aquí!

Para asombro de todos vieron como el helicóptero descendía y Ashley sonriendo como una tonta les saludaba con la mano. —¿No os lo dije? La estaba reconociendo en persona —dijo Roger a punto de reír.

Se bajó del helicóptero agachada y bajó los escalones volviéndose antes de lanzarle un beso con la mano. El piloto le guiñó un ojo antes de elevarse de nuevo. Ashley se giró y suspiró exageradamente. —Me he enamorado.

Se acercó a toda prisa. —¿Estás bien?

—Oh, sí. —Suspiró de nuevo sonriendo embobada. —Muy bien.

—Le ha recolocado todos los huesos —dijo Roger haciendo que su mujer reprimiendo la risa le diera un codazo.

Pasó ante ellos y suspiró de nuevo. —Hecho jefe. Más que hecho.

Luka sonriendo dijo —Hablaremos de eso luego. Querrás arreglarte para la cena.

—Oh, sí… la cena. Dicen que los enamorados se alimentan del amor, pero a mí el sexo me da hambre. —Soltó como si nada asombrándola.

—¿Estás drogada?

—No. Ni siquiera fuimos al hospital.

—Lo que yo decía —dijo Roger a punto de reírse.

—¿Y a dónde fuisteis?

—A su casa. Nos hemos contado toda nuestra vida.

—¿Cómo que toda? —gritaron sobresaltándola.

Se puso como un tomate. —Bueno, me comprende. Ha estado en el ejército. —Abrió los ojos como platos. —En misiones especiales de esas.

Asustada la cogió por el brazo. —Ven conmigo, que aún estás algo en shock con todo lo que te ha pasado.

—¿Eso crees? Sí, igual sí. ¡Me he enamorado y nos vamos a casar!

—Todo un flechazo —dijo Elisabeth—. ¿Pero qué tiene que ver que haya estado en el ejército?

—Ni idea —dijo Luka cogiéndola por el otro brazo—. Enseguida estamos con vosotros.

—Sí, en cuanto le dé un sedante. Parece que lo necesita —dijo forzando una sonrisa.

—Tranquilos, luego nos lo contáis —dijo Elisabeth dejando claro que ella no se quedaba con las ganas de enterarse de todo.

La bajaron a los camarotes. —Ay, cuidado.

—Entra ahí —siseó Luka metiéndola en uno libre.

En cuanto cerraron la puerta ambos la miraron con los ojos entrecerrados. —No le he contado lo vuestro, solo lo mío. —Sonrió ilusionada. —Y me comprende. Dice que era una garrapata de la que me tenía que librar y siente no haberme conocido antes para ayudarme. Por cierto, te está muy agradecido por echarme una mano.

—¿Le has contado que te he ayudado?

—Es que me preguntó cómo me deshice de… eso.

—No tenías que decírselo a nadie.

—Tú se lo has contado a él. No sería justo. Me ama.

—¡Le acabas de conocer! —exclamó Luka fuera de sí.

—Bueno, vosotros no es que hayáis tenido un romance muy largo. Tengo entendido…

—¡Corta el rollo, Ashley! No tenías que haber dicho nada, lo prometiste —dijo Coralie muy nerviosa.

—Tranquila, no dirá nada. Él también me ha contado algunas cosillas.

Dieron un paso hacia ella. —¿Como qué?

—No sé si decirlo. Ha sido una confidencia. ¿No le estaría traicionando?

—A quien has traicionado es a mí —dijo Coralie entre dientes.

—¡Tú le contaste lo mío a él!

—Por lo que él y yo hicimos. ¡Tenía que calmarle! ¡Ahora cálmame a mí!

Chasqueó la lengua y se sentó en la cama. —Cuando estuvo en el ejército se cargó a su teniente.

—Hostia —dijo Luka asombrado—. ¿A propósito?

—Era un cabrón que le hacía la vida imposible. Le enviaba siempre delante para que se lo cargaran porque una noche de permiso se había acostado con su hija sin saber quién era. ¡La muy estúpida le dijo a su padre que quería casarse cuando era el rollo de una noche! ¿Os lo podéis creer? Desde entonces y como él la rechazó, cada vez que había una misión siempre le dejaban a él con el culo al aire jugándose la vida. En su última misión juntos les enviaron a Afganistán y les tendieron una emboscada. —Hizo una mueca. —Se cargó a uno de los yihadistas y cogió su arma. Un tiro limpio entre los ojos. Asunto solucionado. Iban a hacerle teniente cuando tuvo que irse del ejército porque a su padre le dio un ictus y no quedó bien. Le cuidó hasta que murió que desgraciadamente fue tres meses después, eso demuestra el gran corazón que tiene.

—Dios mío… —Coralie se llevó la mano temblorosa a la frente.

—Tranquila nena.

—¿Cómo que tranquila? ¡Es un asesino!

—¡No, no lo es! —protestó Ashley—. Ese hombre arriesgaba su vida continuamente. ¡Era su vida o la suya si no quería un consejo de guerra por negarse a realizar la misión! Uno tenía que palmarla y fue él. ¡Y me alegro!

—¿Seguro que no sabe nada de lo nuestro? —preguntó Luka fríamente.

—Seguro. Solo le dije que ella me ayudó. ¡Le he contado mi vida no la de los demás!

Coralie casi se desmaya del alivio. —Y no se lo dirás.

Hizo una cruz sobre el corazón. —Claro que no. No es problema suyo.

Se sentó a su lado. —¿Estás segura de esto?

La miró a los ojos. —Lo supe en cuanto cogió mi mano para ayudarme a subir al helicóptero y él también lo sintió.

—Cariño, no nos vendría mal tener un helicóptero propio —dijo como si nada.

—¡Estarás de broma!

—Le necesitamos. Ashley le necesita y yo la necesito a ella.

—También pilota aviones privados —dijo ilusionada—. Nos vendría genial uno para las giras.

—¡Esto es surrealista!

—Sí eso ya lo has dicho antes. —Miró a su amiga. —¿Has cumplido la misión?

—Ha estado chupado. Está fuera del caso. Las clases de maquillaje que daba después del instituto han servido para mucho.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Luka sin fiarse un pelo.

—Sencillo. Me subí al metro como una auténtica colgada y fui al primer camello que me encontré. Le dije que quería hacer un intercambio como he visto hacer mil veces en mi antiguo barrio. Me llevó hasta su jefe. Hasta su garito. Allí le ofrecí el anillo por lo que quisiera darme. No lo dudó ni un segundo. En cuanto llegué al centro entré en el baño, me aseé y fui hasta la estación central. Hice una llamada anónima a la policía diciendo que en esa dirección había gran cantidad de droga. La redada se hizo en menos de una hora. Me cambié, me puse guapa con unas gafas de pega y una peluca pelirroja. Fui al bar al que normalmente van los policías de la

veinticuatro. No me costó encontrarlo. Solo tuve que pasar por la comisaría y decir que había quedado en el bar con el agente Smith y que no recordaba el nombre del local. Me lo dieron y hasta me indicaron cómo llegar. Cuando pregunté por el detective Ray me dijeron cuál era y simplemente me senté al lado. Fue él quien empezó el palique, estaba desesperado por ligar, el pobrecito. Antes de darme cuenta me estaba contando el caso tan interesante en el que estaba trabajando y lo jodido que se estaba poniendo ahora que tenían otro anillo que acababa de llegar a sus manos hacía menos de una hora. Simple.

La miraron asombrados. —¿Has hecho todo eso?

—Tenía que asegurarme de que lo encontraba esa Cristel para complicar su investigación.

—¿Y si no lo hubieran encontrado o no se hubieran dado cuenta de que era ese anillo, qué hubieras hecho?

—Pues muy simple, decirle que todo era muy interesante. Que trabajaba en la veinte de secretaria y habría comentado como si nada lo de la redada. Y que era curioso pero el anillo que llevaba el jefe era como él describía. Ya me arreglaría para que lo describiera.

—Eres un genio.

Sonrió radiante. —¿Lo he hecho bien?

—De maravilla.

—Oh, ahí no queda todo.

Luka intrigado dio un paso hacia ella.

—Esta mañana de camino hacia aquí hice una llamada desde la terminal de helicópteros. Llamé a su teniente como si fuera periodista para interesarme por la investigación, porque el señor Esdraffo estaba trabajando con su abogado para poner una demanda por acoso, pues él ni conocía a la víctima. El teniente estaba asombrado, me pidió que esperara y me dejó unos minutos. Escuché como les echaba la bronca. —Sonrió maliciosa. —Al parecer a la detective la habían apartado del caso porque se encarga de los desaparecidos no de los asesinatos.

Coralie separó los labios de la impresión.

—Amenazó con expedientarla como siguiera con eso. Me pasó con ella y me hizo unas preguntas de las que yo contesté lo que me convenía como que su compañero se había ido de la lengua con lo del nuevo anillo. Sabía que el teniente me escuchaba. Así que son caput. No volverán a molestaros y apuesto lo que sea que el anillo está camino a tu casa.

—Increíble. Tienes una mente maquiavélica.

—Gracias —dijo tan contenta.

Ambas miraron a Luka que no sabía muy bien cómo reaccionar. Pero de pronto dijo —Dile a tu novio que busque avión privado. Está contratado.

Chilló de la alegría. —Gracias, gracias.

—Cariño, cuanto me alegro de que hayas cambiado de opinión. —Se abrazó a él. —Que bien nos entendemos.

—Nena, no más asesinos —dijo por lo bajo.

—Vale.

—¡Hablo en serio!

—Sí, por supuesto.

Exasperado salió del camarote y Ashley parpadeó. —No podremos vivir los cuatro juntos.

—Tranquila, nos arreglaremos.

Después de la cena en la que como profesionales esquivaron las preguntas de los Fletcher hablando de las virtudes de Patrick,

que así se llamaba el prometido de su amiga, pasaron a la cubierta donde se sentaron a tomar una copa.

—¿Y tiene padres, querida?

—No, fallecieron los dos y es hijo único.

—Le vendrá bien tenerte en su vida.

—Eso dice él.

—Madre mía, todo lo que habéis hablado en cuatro horas —dijo Coralie impresionada.

—Y no solo hemos hablado. —Soltó una risita. —Qué hombre, qué cuerpo y qué todo.

Todos se echaron a reír. —Habrá que preparar dos bodas —dijo Elisabeth.

—Nosotros queremos algo íntimo. Ninguno de los dos tiene familia, nos iremos a las Vegas.

—¿También habéis hablado de eso?

—Oh, sí. De la que me traía. Hemos aprovechado el tiempo. Dice que es casi un milagro que nos encontráramos. Que es el destino.

Mientras Ashley parloteaba animada por Elisabeth, ella pensó en lo poco que habían hablado de sus vidas. Parecía que Patrick

quería saber todo de Ashley mientras que Luka solo le había preguntado por ella en consecuencia de lo que habían hecho, no porque realmente estuviera interesado. Se preguntó si se hubiera fijado en ella si no llega a ser porque habían compartido un crimen, porque habían sido cómplices. Se mordió el labio inferior mirando hacia él que estaba apoyado en la borda escuchando la conversación sin dejar de mirar a Ashley como si no se fiara de ella, mientras que Roger sentado al lado de su esposa tenía el brazo sobre el sofá apoyando la mano en su hombro. Vio como Elisabeth cogía su mano y se la acariciaba distraída. Se amaban. Daría lo que fuera porque su matrimonio fuera así dentro de treinta años, pero las frases dichas en aquel camerino y en los minutos posteriores a su compromiso no dejaban de darle vueltas. "He hablado más con mi dentista que contigo y me la he tirado más veces que a ti." ¿Habían sido palabras dichas en un impulso porque su padre le había enfurecido o era realmente lo que pensaba y ahora solo quería que estuviera calmada hasta la boda? ¿Tenerla controlada y vigilada para que no metiera la pata? No podría saberlo. Solo el tiempo se lo diría y no sabía si podría vivir en la incertidumbre de ser abandonada cuando menos se lo esperara.

Salió del baño apagando la luz con una combinación gris perla. La seda brilló por la luz de la lámpara de la mesilla que Luka tenía encendida, mientras sentado en la cama únicamente con los calzoncillos puestos leía unos documentos. ¿Ya se había acabado el sexo desenfrenado? Pronto se había cansado. Se sentó en la cama observándole. —¿Qué es eso?

—Roger me ha hecho una propuesta de negocios y la estoy barajando.

—Por eso aceptaste que vinieran con nosotros, ¿verdad?

—No, nena… Acepté que vinieran porque no es de los que se toman muy bien las negativas y el violín estaba en juego para tu disco. —Pasó la hoja sin ver la sonrisa en su rostro.

—¿Y es bueno el negocio?

—Pues sí.

—¿Tanto como para rechazar sexo conmigo?

Él sonrió. —Cinco minutos.

—Tres. —Se acomodó a su lado y suspiró.

—Has estado muy callada la última hora.

—¿Eso crees?

Dejó caer los documentos y la miró. —¿Pasa algo?

—No.

Él frunció el ceño y siguió leyendo. Pero pasados dos segundos preguntó exasperado —¿Qué pasa, nena?

—Nada. Todo está bien.

—No, todo estaba bien en la cena, pero ahora estás muy rara. —Dejó los papeles sobre la mesilla. —¿Qué me ocultas? ¿Ashley te ha dicho algo?

Le miró decepcionada antes de tumbarse. —No, no me ha dicho nada que no sepas.

Cuando le dio la espalda preguntó molesto —¿Ya no quieres sexo?

—De repente estoy agotada.

—Esa gira…—dijo entre dientes.

—¿Que me hayas tenido casi cinco noches sin dormir no influye?

—No, estabas encantada.

No pudo evitar sonreír y le miró sobre su hombro. —Más quisieras, Esdraffo.

—Esto no tendrá que ver con que esa amiga tuya no ha parado de fantasear en toda la noche, ¿no?

Se tumbó boca arriba. —¿Qué quieres decir? Se ha enamorado.

—Oh, por Dios… ¿Cómo puedes ser tan ingenua?

—Es evidente que tú no crees en el amor a primera vista.

—Creo en el deseo a primera vista. Un deseo tan intenso que nos hace cometer locuras. No se conocen.

—¿Como nosotros? —preguntó con ironía.

—Exacto. Mira lo que ha dicho Roger, su mujer sigue dándole sorpresas después de treinta años. —Se tumbó a su lado y apagó la lamparilla suspirando como si estuviera agotado.

Se sentó de golpe. —¡Eh! ¿Qué haces?

—Dormir.

—Ah, no... A cumplir como un hombre.

Él sonrió. —Nena, ¿no estabas agotada?

—Se me ha pasado. —Se tumbó sobre él y la abrazó por la cintura mientras el reflejo de la luna que se filtraba por la ventana mostraba sus rostros. —Nosotros no hablamos.

Luka separó los labios. —Nena, si no dejamos de hablar.

—No sabes nada de mí ni yo de ti —susurró.

—Lo que confirma la teoría de que no nos conocemos. —Chasqueó la lengua haciéndole reír por lo bajo. —Sí que hablamos. —Cogió un mechón de su cabello y lo acarició.

—Siempre es sobre el mismo tema. No sé lo que te gusta o lo que odias.

—Odio no sentirme seguro. —Se le cortó el aliento por su sinceridad. —Odio tener la sensación de que algo se me escapa de las manos. Odio que Ashley y Patrick sepan algo que pueda hacernos daño. Me jode muchísimo que tu padre siga diciendo esas cosas de ti incluso cuando mis abogados ya le han avisado de una posible demanda. No me gustó nada esperar un año. —Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —Y fui a Viena porque quería asegurarme de que estabas bien.

—¿De veras?

Al ver que las lágrimas recorrían sus mejillas se las besó tiernamente. —Estabas tan preciosa que me moría de ganas por acercarme a ti y ahora sé que debí haberlo hecho. —Se apartó para mirarla a los ojos. —Cuando llegó la noche de tu concierto en Nueva York estaba loco por verte. Por darte el anillo, pero lo de tu padre…

—Temiste estar cometiendo un error.

—Me dije a mí mismo que me había engañado contigo y que no eras como aparentabas.

—Y lo de las pastillas te lo confirmó. Lo siento.

—Joder nena, no te disculpes. Tienes un padre que es un cabrón. Hasta he pensado en quitarle del medio.

Parpadeó sorprendida. —¿De veras? ¡Yo también!

—¡Ni se te ocurra!

Se echó a reír. —No sería capaz.

Él gruñó. —Patrick lo sería.

—Ha estado en el ejército. Ahí les entrenan para no tener remordimientos.

—Además seríamos los principales sospechosos y volveríamos a estar en el punto de mira de la policía.

—Además de eso, claro. —Se sentó sobre él acariciando su pecho. —Vaya Esdraffo, te estás animando.

Acarició su trasero desnudo por debajo de la combinación. —Tú también. ¿Ya no quieres hablar?

—Ya sé lo que quería.

Capítulo 10

—Vaya, estás muy contenta hoy —dijo Elisabeth con una sonrisa en los labios dejando la taza del café sobre el platillo de porcelana.

Soltó una risita. —Me quiere. He tenido una noche…

—El amor está en el aire. Tenemos que venir más con vosotros porque mi Roger se anima mucho con esta atmósfera.

La miró asombrada. —Todavía…

—Uy, tres a la semana no se los quita nadie. Y aquí cada noche. Y sin viagra.

—Qué maravilla.

—Pues sí. Mis amigas me tienen una envidia…

—Espero que mi chico me aguante de esa manera.

—El secreto es no dejar de amarle de todas las maneras posibles, no sé si me entiendes.

—Lo pillo.

Elisabeth cogió su mano. —Siempre tiene que ser lo primero. Es un peligro enorme que se sienta desplazado, ya sea por los hijos o por los problemas. Aunque yo no tengo hijos sé por mis amigas que un matrimonio puede ser muy feliz por ellos, pero también puede sufrir mucho. La esposa se centra en ellos y el marido ya no siente que es importante para su mujer. No dejes que piense así nunca. Y lo de los problemas, apóyate en él siempre. Debéis ser un frente unido ante cualquier cosa que ocurra y te aseguro que pueden pasar mil cosas que desestabilicen vuestro mundo.

Asintió. —Gracias por los consejos.

—Cielo, a mi edad es lo más valioso que puedo darte, por eso... —Se acercó aún más. —Te aconsejo que tengas cuidado con ese padre tuyo.

Se le cortó el aliento. —Lo sabes.

—Lo sabe medio mundo a estas alturas.

—Yo quería a mi madre.

—Pensar que tú eres una asesina, es una ridiculez para cualquiera que te conozca. Y que la policía no te investigue siquiera es una prueba fehaciente de que todo lo que dice son falsedades. Por eso intentará hacer todo el daño que pueda. Le has dejado en la cuneta para seguir con tu vida y no puede soportarlo. Quiere destruirte. Tu imagen, tu carrera… No se lo permitas.

—¿Y qué puedo hacer?

—Nada como ir a Oprah para que todo el país se ponga de tu lado y hundirle en la miseria.

—¿Oprah? Nunca he hecho una entrevista de ese calibre.

—Tranquila, la llamaré y me hará el favor.

—¿Conoces a Oprah? —preguntó asombrada.

—Somos amigas. Hablamos al menos una vez al mes.

—Me encanta esa mujer.

—Como a todos los Estados Unidos. Se ha convertido en un icono. Por eso la necesitas. Y lanzará tu carrera al estrellato. Pero eso sí, debes ser sincera porque se dará cuenta si intentas ocultarle algo. Ábrete a ella y todo irá bien.

En ese momento entraron los hombres.

—¿Ya habéis hecho esas llamadas tan importantes como para que desayunemos solas? —preguntó Elisabeth con ironía.

—Perdona cielito —dijo su marido besándola en la mejilla antes de sentarse a su lado mientras Luka lo hacía a la cabecera de la mesa—. Pero estábamos cerrando un trato.

—Te perdono si me compras un barco.

—Si ya tenemos este.

Todos se echaron a reír. —¿Dónde está Ashley? —preguntó Luka mientras le servían el café.

—Todavía no se ha levantado.

—Debe estar agotada, la pobrecita —dijo Roger—. Ayer tuvo mucha actividad.

—¡Marido!

—¿Qué? Es verdad.

Escucharon un gruñido y en ese momento entró Ashley con cara de sueño, con la mano en los riñones y caminando coja. —¿Qué te ha pasado? —preguntó Coralie asombrada.

—Se me ha pasado el efecto Patrick y me duele todo por el placaje. —Se echaron a reír. —Sí, muy graciosos. —Al sentarse al lado de Elisabeth gimió cerrando los ojos. —Mierda.

—¿Quieres que te llevemos al médico? —Coralie se adelantó para verle bien la cara. —Vamos a desembarcar en Nassau.

—¿Y perderme la diversión? Bah, esto no es nada. —El camarero se acercó. —Café, por favor.

—¿Habéis estado alguna vez en Nassau? —preguntó Luka.

—No, y estoy deseando conocerlo. Dicen que es precioso —contestó Elisabeth ilusionada.

—Sí que lo es.

—¿Ya lo conoces? —preguntó decepcionada.

Él sonrió cogiendo su mano. —Seguro que no he visto muchas cosas de las que veremos hoy. Tenemos un guía que dicen que es estupendo.

—¿Siempre viajas con guía?

—Normalmente voy a mi aire, pero no quería que en tan pocos días perdiéramos el tiempo buscando lo más interesante. Nos explicará la historia del lugar y comeremos pescado fresco en una plataforma sobre el mar.

—Suena genial —dijo Ashley —. Qué vida tienen los ricos.

Se echaron a reír. —¿A que estás contenta de que te diera el trabajo?

—Cada día más, te lo aseguro. Conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Emocionada preguntó —¿Lo dices de veras?

Ashley sonrió asintiendo. —Nunca he sido más sincera que en este momento.

—Gracias. —Miró hacia Luka que sonrió apretando su mano.

—Bien, tenéis diez minutos para terminar porque estamos llegando.

Las casas de estilo georgiano pintadas en rosa y azul, como si fueran algodón de azúcar, les encantaron. Recorrieron la ciudad admirando los preciosos edificios. Pero lo que más disfrutaron fue el Atlantis Waterscape, el acuario al aire libre más grande del mundo que estaba en una isla justo al lado de Nassau y a la que se iba pasando un puente. Comieron en una plataforma sobre el agua rodeados de peces de multitud de colores y por la tarde volvieron al Atlantis a disfrutar del parque acuático. Le dio pena no saber nadar porque le hubiera gustado lanzarse por los toboganes y disfrutar de las piscinas como hicieron los demás, mientras ella se quedaba hasta

donde hacía pie con William que era un hombre de lo más dicharachero. Cuando Luka se tiró de un tobogán de veinte metros de altura se le puso un nudo en el estómago, pero en cuanto cayó a la piscina la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —¿Es divertido?

—No está mal. —Miró hacia arriba. —Ahí va Roger.

—A ver si le da un infarto y la liamos.

—¡Vamos cariño! —gritó Elisabeth desde fuera de la piscina con la cámara de fotos en la mano. Miró hacia ellos—. Como me quede viuda, te mato. Ya no está para estos trotes y no hace más que imitarte.

Se echaron a reír y observaron como descendió el tobogán como todo un campeón, pero al llegar abajo cayó a la piscina un poco espatarrado.

—¿Estás bien? Cariño, que se nos ahoga.

William y Luka nadaron a toda prisa hasta él. Incluso unos socorristas se tiraron. Cuando su cabeza salió a flote Elisabeth gritó —Cielo, no te he pillado, ¿te tiras otra vez? ¡Ibas muy rápido! ¡Ahora hazlo más despacio!

Coralie se echó a reír a carcajadas y en ese momento se puso alguien a su lado. Miró hacia allí distraída para ver que era un hombre que le sonreía pícaramente. —¿De vacaciones con tus padres?

—Con mi prometido. —Levantó la mano y al no ver el anillo chilló del susto. Dios, lo había perdido.

—¿Nena?

Le miró con los ojos como platos y Luka entrecerró los suyos acercándose. —¿Te está molestando?

—No, no —dijo mientras el tipo desaparecía—. ¡Cariño, hay que vaciar la piscina!

—¿Qué?

—¡He perdido el anillo de tu abuela! —gritó histérica. Ese anillo costaba una fortuna, ¿cómo había sido tan tonta como para no ajustarlo bien?

—¿Que has hecho qué? —gritó él haciendo que todos le miraran.

—No me he dado cuenta.

—Tranquilidad —dijo él con suavidad respirando hondo—. Es otra de esas sorpresas que dais las mujeres.

—Eso, tú tómatelo así.

—¿Seguro que lo has perdido aquí?

—Lo llevaba hace un minuto. Al apartarme el pelo se me enganchó en el pedrusco y estaba en mi mano. —Le mostró el arañazo que tenía en el cuello. —Me lo hice al desenredar el cabello.

—Entonces tiene que estar aquí. —Se sumergió y angustiada vio como los demás se acercaban.

—¡Qué paren los motores y que todo el mundo salga de la piscina! —gritó de los nervios.

Veinte minutos después entró un buceador a la piscina con bombona y todo. —Madre mía, como tengan que vaciar tanta agua nos pasaremos aquí todas las vacaciones —dijo Ashley haciendo que la fulminara con la mirada—. Era solo un comentario. Que susceptible estás.

—Tranquila, que lo encontrarán —dijo Elisabeth —. Además, está asegurado.

—Era de su abuela, es insustituible. —Se llevó la mano al vientre nerviosa y notó algo duro. Frunció el ceño palmando por encima del bañador negro que llevaba y gimió por dentro.

—¿Qué? —preguntó Ashley—. ¿Un retortijón? Yo los tengo cuando me pongo nerviosa.

—El anillo.

Elizabeth jadeó. —¿Te lo has tragado? ¡Hay que llevarte a urgencias!

Apartó la mano y miraron hacia allí dejando caer la mandíbula del asombro. —Debió caérseme en el escote cuando desenredé mi cabello.

—Tíralo a la piscina —susurró Ashley.

—Sí, cielo. Porque si no tu hombre se va a poner hecho un basilisco. Y haz que lo encuentre él para que sea un héroe.

—¿Y cómo lo saco?

—Deslízalo hacia abajo estirando de la tela antes de que vengan más buzos o el ejército. Tu novio parece a punto de llamar a la guardia nacional —dijo Ashley como si fuera tonta.

Disimuladamente tiró de la tela hasta que se deslizó hasta la ingle. Cayó al suelo al lado de su pie y lo cubrió con él de inmediato. Al mirar a la piscina vieron que Luka con la respiración agitada después de bucear las observaba. ¡Por allí! —gritaron las tres cada una señalando a un sitio.

Puso los ojos en blanco antes de tomar aire y sumergirse de nuevo. Coralie se agachó a toda prisa y lo tiró cerca de él. Demasiado cerca.

—¿Estás tonta? ¿Y si lo ha visto? —preguntó Ashley asombrada—. ¡Casi le das con él!

Gimió. —Estoy muy nerviosa, ¿qué pasa?

—¿Nena?

Miró hacia la piscina y vio que Luka levantaba el índice mostrándole el anillo. —¡Ya está chicos!

Suspiró del alivio, pero al ver como la miraba fijamente supo que no se había librado de la bronca. —Te ha pillado —dijo Elisabeth por lo bajo—. Ahora solo te queda la opción de confesar y hacerle el amor hasta agotarle las ideas.

Se mordió el labio inferior mientras su novio salía de la piscina y agradecía a todos su ayuda mostrando el anillo. Todos sonrieron aliviados y se fueron mientras un tipo con una radio decía que se abriera el tobogán. Mientras se acercaba las tres sonrieron de oreja a oreja como unas locas, pero él miraba a su chica directamente con ganas de querer soltar cuatro gritos. En cuanto se puso delante ella

dijo rápidamente —No te enfades, estaba en mi bañador y no quería que pensaran que era tonta —dijo por lo bajo.

Seguía sin decir nada. —Lo siento.

—Nena…

—¿Si, amor?

—Hay que ajustarlo.

Sonrió tirándose a él y Luka la abrazó. —¿Ibas a decir muchas burradas?

—Se me han ocurrido unas cuantas, te lo aseguro.

—Lo siento.

Él la besó en el hombro. —No te disculpes más. Tú también estabas disgustada. Lo ajustaremos para que esto no vuelva a pasar.

William muy aliviado porque la crisis hubiera pasado dijo —¿Quieren tomarse un cóctel con las mejores vistas de Nassau?

Dos días después estaba vagueando tumbada en la cubierta al lado de Luka cuando algo le cubrió el sol. Abrió los ojos para encontrarse a su ayudante con el violín en la mano. —No.

—Claro que sí. El disco está a la vuelta de la esquina, guapa. Ya has tenido tus vacaciones, así que mueve ese culito al salón y trabaja al menos dos horas.

—Todos están en la siesta, les voy a molestar.

Jadeó indignada. —¡Dormirán con las mejores composiciones del siglo veintiuno! ¡Son unos privilegiados!

—Nena, saben que eres violinista. No dejes de tocar por ellos. Sabían a lo que venían.

—¿Seguro?

—Toca para mí, quiero oír ese disco tuyo.

Ilusionada se levantó mostrando su pareo negro de gasa que cubría la parte inferior de su bikini del mismo color. Cogió el violín y se puso a la sombra ante Luka que se sentó en la tumbona para observarla. Ashley se sentó para hacer lo mismo.

—La del último concierto no la tocaré.

—Quiero que las toques todas —dijo él sonrojándola de gusto —. Sobre todo esa porque la tocaste para mí.

Sonrió tímidamente y puso el arco sobre las cuerdas. Las notas salieron casi sin darse cuenta y la tripulación se fue acercando para verla. Roger y Elisabeth se sentaron a la mesa sin que ella se

diera cuenta. Cerró los ojos por la dulce melodía y de ahí enlazó a la siguiente, más fuerte y apasionada, donde tuvo que mover el arco tan vigorosamente que todos la contemplaron admirados. Entonces llegó romanza y le miró a los ojos entregándose a él. Luka sonrió y ella correspondió a su sonrisa inclinándose sin darse cuenta por la nota que estaba tocando. Cuando terminó la pieza todos aplaudieron. —Gracias. —Se inclinó. —Muchas gracias.

Se iba a colocar el violín de nuevo cuando Roger se levantó. —Espera.

—¿Os molesto? —preguntó preocupada.

—Todo lo contrario, querida. Queremos disfrutar de todo lo que puedes ofrecernos y para eso necesitas esto. —Elisabeth le mostró algo con la mano.

Ella miró hacia donde le indicaba para ver a uno de los de la tripulación con un estuche de metal muy grande. Al ver el termostato que salvaguardaba la temperatura de lo que contenía se le ocurrió que era, pero no se lo podía creer. —No, no puede ser.

Roger fue hasta la caja y levantó las pestañas mostrando una tela de terciopelo verde. La apartó mostrando el instrumento de sus sueños. —Es precioso.

—Veamos como suena. Hace veinte años que no lo toca nadie de veras. Apenas unas notas han salido de él para mantenerlo en plena forma.

—Gracias. ¡Gracias! —Entregó su violín a Ashley que sonreía por su ilusión y lo cogió por el mástil con cuidado. Nerviosa miró a Luka que la animó. —A ver qué puedo hacer con él. —Todos rieron mientras cogía el arco y pasaba el pulgar por las cerdas. —Ashley, la resina.

—Enseguida. —La cogió de su caja y la aplicó al arco como ella le había enseñado de arriba abajo. Se lo entregó y ella lo revisó antes de ponerse el Stradivarius al hombro. —Vamos allá.

Empezó a tocar y frunció el ceño. Tuvo que ajustar clavijas y dijo —Cambia el afinador, Roger. Esta joya necesita a alguien mejor o perderá su valor. Ya te diré quién. Ahora tocaré algo difícil para ver su alcance.

Él sonrió asintiendo mientras ella tomaba aire y deslizaba el arco por sus cuerdas. Luka entrecerró los ojos adelantándose y empezó a interpretar el capricho veinticuatro de Paganini, una de las obras más difíciles jamás compuestas. Quería saber hasta dónde llegaba y esa era la mejor manera.

En las primeras notas respondió extraordinariamente bien y entregada a la melodía dio todo de sí. Ashley separó los labios de la impresión mientras todos los demás no disimulaban su asombro. Totalmente concentrada en cada nota movió los dedos sobre el diapasón a tal velocidad que hasta le dolieron y apretó los labios del esfuerzo hasta que terminó. Todos se quedaron en silencio y dijo molesta —¡Necesito trabajar más, me han dolido los dedos!

Atónitos vieron cómo iba hacia los camarotes y Luka apretó los labios levantándose.

—Pero si ha sido lo más magnífico que he oído nunca —dijo Elisabeth impresionada.

—Así son los genios —dijo Ashley como si nada—. En una media hora se le habrá pasado.

—¿Me disculpáis un momento? —La siguió sin esperar respuesta y cuando llegó al camarote se la encontró mirando el Stradivarius que estaba sobre la cama ante ella. Se acercó y la abrazó por la cintura pegándose a su espalda. —Ha sido increíble, nena.

—No estoy a la altura.

—¿No? No soy un entendido, pero creo que a todos en este barco les has robado el alma.

Volvió la cabeza hacia él mostrando sus ojos llenos de lágrimas. —Mi padre siempre decía que no estaba a la altura y tenía razón.

—Ni se te ocurra volver a decir eso, ¿me oyes? —La giró para mirarla de frente. —Él es el que no ha estado a la altura. Tú has sobrepasado todo lo que cualquiera podría esperar.

—Paganini se hubiera horrorizado de mi interpretación.

—¿Ese tío no está muerto?

Sonrió sin poder evitarlo. —Así me gusta, nena. Eres demasiado exigente contigo misma. Has estado magnífica.

—¿De veras? ¿Te ha gustado?

—Mucho, pero me hubiera gustado más escuchar tus composiciones.

—Era para ver hasta donde llegaba.

—¿Y?

Sonrió. —Es increíble. El mejor Stradivarius que he escuchado nunca.

—Pues disfrútalo nena, porque es tuyo.

Le miró sin comprender. —¿Qué?

—Es mi regalo de bodas para ti. Roger y yo hemos llegado a un trato.

El grito de alegría de Coralie se escuchó en todo el barco y le abrazó con fuerza. —Te amo, te amo.

Luka sonrió. —Lo sé, nena. Te aseguro que ahora no me queda ninguna duda de lo que sientes por mí.

Capítulo 11

—¿Lo sé, nena? ¿Eso te dijo? —preguntó Ashley mientras los demás estaban en la lancha intentando pescar y ellas en la cubierta tomaban un refresco antes de la cena—. Será una coña…

Gimió porque ahora que había soltado todo lo que llevaba dentro se arrepentía, pero necesitaba una amiga y Ashley era lo más parecido que había tenido nunca. En su último día allí no había podido más y su ayudante lo había notado, por eso no había ido a pescar con ellos y la había sonsacado. —No, en serio me dijo eso. Nuestra relación no ha sido como la tuya. No nos entregamos a la pasión de inmediato. Fue… distinta. —Suspiró pasándose la mano por la frente. —No tenía que haberte contado nada.

—Eh, para eso están las amigas guión cómplices de asesinato.

—Shusss, te van a oír.

—¿Quién? Si no hay nadie. No seas paranoica. —Se la quedó mirando fijamente. —Lo que pasa es que estás asustada porque solo se case contigo por ese imbécil que os ventilasteis.

—Me lo ventilé yo.

—Eso. Y no creo que se case contigo solo por eso. Te trata como a una reina. Si te ha comprado un violín de más de diez millones de dólares, cielo. Relájate.

—No me dice que me quiere. Aunque diga que sí no confía en mí, ni en ti ni en nadie.

—Realmente habéis pasado poco tiempo juntos.

—Estos días han sido… Cuando regresemos mañana qué sucederá.

—Pues que yo veré a mi churri y nos iremos todos a Nueva York a vivir felices y comer perdices. Eso pasará. —Levantó una ceja. —Y a tu padre… Nos encargaremos de él.

La miró con desconfianza. —¿Cómo?

—Hay muchas maneras sin llegar a ese extremo.

—Cómo se nota que no le conoces.

—Algo se nos ocurrirá. Tú de momento disfruta de estar al lado de tu novio y no le des más vueltas. Esta noche nos iremos a

celebrar el fin de las vacaciones.

Después de una cena maravillosa con unas vistas espectaculares donde observaron la preciosa puesta de sol, brindaron con champán. —Por las próximas vacaciones, que espero que no tarden mucho en llegar —dijo Elisabeth—. He disfrutado muchísimo con vosotros.

—Lo mismo digo —dijo Roger—. Por eso tenemos un pequeño detalle para nuestros maravillosos anfitriones.

—No era necesario —dijo Luka—. También hemos disfrutado mucho de vuestra compañía, ¿verdad nena?

—Muchísimo —dijo mirando con cariño a Elisabeth que sonrió cogiendo su mano—. Y por supuesto que estáis invitados siempre que queráis.

—¿Qué es? —preguntó Ashley haciendo que la miraran—. ¿Soy la única que tiene curiosidad? Como sois los ricos, la verdad.

Se echaron a reír y Roger hizo un gesto a un camarero que se acercó de inmediato con tres bolsas. Elisabeth las repartió dando una a cada uno. A Ashley se le cortó el aliento. —¿Para mí también?

—Para ti también. Espero que te guste. Que os gusten a todos.

Ashley sacó el paquete de la bolsa a toda prisa y Coralie disfrutó viendo la ilusión que le hacía. Cuando levantó la tapa de su cajita, abrió los ojos como platos al ver una pulsera de oro. —Oh, es preciosa. Con mi inicial. —La acarició con delicadeza. —Nunca había tenido nada tan bonito, gracias.

—Te aseguro que ha sido un placer —dijo Roger.

—Nena, ¿no abres el tuyo?

Sonrió tímidamente y sacó el suyo que era más alargado. Al quitar el envoltorio y ver la marca Rolex sonrió a Elisabeth. —No teníais que hacerlo, de verdad.

—A ver si te gusta.

—Cómo no me va a gustar —dijo haciéndoles reír. Abrió la caja para mostrar uno de los modelos más icónicos de la marca con diamantes en la esfera—. Dios mío, Elisabeth… Gracias.

—Serás una anfitriona magnífica.

—Eres muy amable.

Sonriendo se lo mostró bien a Luka que hizo un gesto de apreciación. —Muy bonito. Ahora tendré que esforzarme mucho en

mis regalos.

—Ya me has regalado lo que más quería.

—¿El violín?

—A ti.

Roger rio y le dio una palmada a Luka en el hombro. —Chico, sí que lo vas a tener difícil.

Se la comió con los ojos. —Intentaré esforzarme. —Sacó su regalo y ella impaciente se adelantó en la mesa para ver lo que era. Cuando abrió la caja había una llave. Todos les miraron sin comprender y los Fletcher se echaron a reír.

—¿Lo explicas tú, querido?

—Esa llave es de una casa que tenemos en los Hamptons. Podéis ir cuando queráis.

Luka separó los labios de la impresión. —Pero Roger…

—Sois de la familia. Al menos nosotros nos sentimos así. Jamás hemos estado tan a gusto con nadie y creo que es recíproco. Sé que os impusimos nuestra compañía en este viaje, pero la conexión ha sido tan buena que somos tan egoístas que no queremos perderos. Por eso os entregamos la llave de nuestra casa. Seréis muy bien venidos estemos nosotros o no.

—Oh, gracias —dijo ella emocionada levantándose para darles un abrazo.

—No sé qué decir —dijo Luka—. Me siento honrado.

—¿Yo puedo ir? —preguntó Ashley haciendo reír a los Fletcher.

—Por supuesto —contestó Elisabeth—. Y tráete a tu Patrick, que queremos darle un repaso.

—Hecho.

Pensativo Luka apretó los labios dejando la llave en la caja y todos le miraron. Coralie se preocupó porque estuviera incómodo con su regalo. —Cariño…

—Tengo una familia y hasta que os conocí siempre había creído que estaba unido a ellos, pero…

—Oh, mi amor. —Se levantó y rodeó la mesa para abrazarle.

Elisabeth emocionada cogió la mano de su marido. —Somos tu otra familia. Se pueden tener dos.

—Gracias. —Miró a Coralie que retenía las lágrimas a duras penas. —¿Estás contenta?

—Mucho. Porque ahora tengo todo lo que alguna vez soñé.

—¿De veras, preciosa? —Besó suavemente sus labios. —Yo también.

—¡No, no! —gritó deteniéndose en seco para volverse hacia su orquesta mientras el director dejaba caer los brazos por enésima vez—. ¿Quién ha sido? ¿Quién ha desafinado? ¡Tiene que salir perfecto!

Ashley hizo una mueca antes de mirar a su novio que en una esquina vigilaba a su jefa como si llevara encima las joyas de la corona inglesa y es que debía proteger el Stradivarius y a Coralie cuando estaba con él.

—¡Volvamos a empezar!

Su ayudante carraspeó. —Coralie, es la hora de comer.

—¿Comer? ¿Acaso yo me voy a comer? ¡Otra vez!

El director carraspeó antes de decir en susurros —Niña, te noto algo nerviosa. Relájate.

—Mañana empezamos a grabar y desafinan. ¿Cómo no voy a ponerme nerviosa? —siseó—. Va a ser un desastre. Ahora estoy pagando esas vacaciones. —Gimió mirándole a los ojos. —Haz algo.

—Te aseguro que lo intento, pero el tercer violín no da la talla, te lo dije.

Se volvió fulminando a la chica con la mirada. Se acercó a ella en dos zancadas. —Así que has sido tú.

—Lo siento.

—Escúchame bien… Ponte las pilas o te voy a pegar los dedos a ese arco y vas a ensayar tanto que hasta te sangrarán los ojos leyendo las partituras, ¿me has entendido?

—Sí.

Volvió a su sitio y Ashley dijo —Das ánimos como nadie.

—Disciplina, eso necesitan.

—¿Lo dices por experiencia?

Gruñó poniéndose el violín al hombro. —Vamos allá. Una última vez antes de comer.

Media hora después salían del estudio de grabación. Patrick a su lado llevaba la caja con el Stradivarius mientras Ashley le comentaba que a última hora de la tarde tenía una entrevista para un canal de música clásica. —Ha llamado tu novio.

Se detuvo en seco ante el coche. —¿Cómo no me lo has dicho antes?

—¿Y desconcentrarte? Esos eran al menos veinte minutos más ahí dentro.

—Muy graciosa. ¿Qué ha dicho?

—Divertido me ha soltado que te prepares porque su madre se ha enterado del compromiso y quiere conocerte. Mañana a cenar con los suegros y su hermana.

Gimió volviéndose para entrar en el coche. —¿No puede venir Elisabeth?

—Creo que no pinta nada en esa cena. Como yo, así que no te atrevas a sugerirlo.

Iba a meter la cabeza cuando al otro lado del coche vio a su padre. Cruzaba la calle y por la cara que llevaba iba en plan de guerra. —Patrick mete el Stradivarius en el coche.

Su guardaespaldas lo hizo de inmediato colocándose tras ella. David Caruso rodeó el coche por detrás para llegar hasta ella. —Coralianne.

—Ahora mi nombre es Coralie como siempre quiso mi madre.

Él sonrió de medio lado. —Veo que has empezado los ensayos.

—¿Qué quieres?

—Creo que deberíamos hablar a solas.

—Yo creo que no —dijo Patrick—. Y dé un paso atrás.

—¿Guardaespaldas?

—Es necesario para cuidar mi Stradivarius.

—Sí, escuché que te lo prestaron, enhorabuena.

—Mi prometido me lo ha regalado.

Fue muy consciente del brillo de la avaricia en sus ojos. Los mismos ojos que había heredado ella. —Vas muy bien, hija. Pero puedes ir aún mejor.

—No me llames hija —dijo entre dientes—. ¿Insinúas que te necesito?

—Todavía podemos llegar a la cima.

Ashley jadeó indignada. —¿Pero qué dice este hombre? ¡Coralie ya está en la cima! ¡No le necesita para nada, así que lárguese de aquí!

Él no le hizo ni caso sin dejar de observarla. —Todavía puedo hacer mucho daño.

—Lo dudo.

—Me necesitas.

—Dejé de necesitarte hace mucho. Sabías que estaba mal y la hundiste aún más al decir que te ibas. De mí no vas a recibir nada más. En la vida, ¿me oyes? Y como continues con tus declaraciones a la prensa, te demandaré y haré la entrevista de Oprah que me han ofrecido. Como sigas así, tus hijos, esos a los que querías tanto como para dejarla de lado, dormirán en la calle porque esa casa es mía como todo lo que tenías y que despilfarraste. —Vio como su padre se envaraba. —Déjalo estar, porque aquí el que más tiene que perder eres tú.

—¡Te lo enseñé todo! ¡Si estás ahí es gracias a mí!

—¡Me enseñaste unas notas cuando tenía cuatro años! ¡El resto me lo enseñaron mis profesores y si estoy aquí es por dejarme los dedos con las cuerdas del violín! ¡Tú solo presumías de mi éxito! ¡Pero eso se acabó! —Dio un paso hacia él amenazante. —¿Me has entendido? Vuelve a pronunciar mi nombre y lo perderás todo. Absolutamente todo. Eso te lo juro por la tumba de mi madre. —Le dio la espalda demostrándole que no le tenía ningún miedo y entró en el coche.

—Hija…

—¿Ahora es su hija? ¡Me da asco! —exclamó Ashley antes de seguirla al interior.

Patrick cerró la puerta y dijo —Lárguese antes de que pierda la paciencia. No quiero volver a verle en la vida. —Abrió la puerta del acompañante y entró en el coche sin dejar de vigilarle.

—¡Esto no se va a quedar así!

El chófer sacó el coche al tráfico y Ashley que no se fiaba siguió observándole desde la ventana. —Tranquila, no va a saltar sobre el coche —dijo ella divertida.

—Te veo muy entera. Has estado estupenda enfrentándote a él.

Disimulando los nervios que tenía miró hacia la ventanilla. —No tiene vergüenza. —Sonrió con tristeza. —¿Sabes lo que le decía a mi madre pocos días antes de morir? Que se pusiera a dieta, que estaba gordísima. Y que tenía arrugas, que ni sabía para qué se maquillaba…

Ashley jadeó. —Es un maltratador psicológico.

—Sí, nunca era suficiente. Siempre con un desprecio tras otro hasta que la mató. Pero yo no voy a dejar que me hunda. Llama a Elisabeth, di que haré la entrevista con Oprah. No pienso dejar que siga diciendo barbaridades sobre mí y sé que lo hará porque no es

de los que se dan por vencidos tan fácilmente. Y llama al abogado de Luka…

—Peter Donahue.

—Ese. Que tramite la demanda. Quiere guerra, a ver si puede sobreponerse al impacto que va a recibir.

Estaba en los últimos compases del ensayo de la tarde cuando Luka entró en el estudio. Sonrió deslizando el arco y dio la última nota. —Muy bien. —Se volvió hacia sus músicos y dijo —Descansad esta noche. Mañana va a ser un día largo.

Varios rieron por lo bajo haciéndola sonreír y se giró hasta el director de orquesta. —Perfecto, gracias.

—Un placer como siempre, pequeña —dijo guiñándole un ojo.

Le dio el violín a Ashley que lo introdujo en su caja de inmediato mientras ella se acercaba a su prometido y le abrazaba por el cuello. —¿Qué haces aquí?

—¿No puedo ver a mi prometida?

—Te ha llamado Patrick.

—Y Ashley. Y Elisabeth. Y Roger. Solo falta que me llame Oprah y mi prometida para explicarme lo que ha pasado.

—No quería molestarte con esto. —Besó suavemente sus labios.

—Nena, no sería una molestia. —Acarició su mejilla y asombrada vio el reflejo del sello. Se apartó para mirarlo. —Sí, me lo han devuelto esta mañana. De hecho me han devuelto los dos. —Gruñó por dentro. —Ahora no sé cuál es el de mi abuelo.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —Cariño…

—Tranquila, me han dicho que un perito puede distinguir cuál se hizo antes por el tipo de grabado del artesano. El original es muy antiguo y el artesano tenía una técnica especial o algo así.

Suspiró del alivio. —Menos mal.

Patrick se acercó con su abrigo. —Gracias. Cielo, tengo una entrevista.

—No pasa nada. Después iremos a cenar —dijo cogiendo el abrigo y tendiéndoselo para que se lo pusiera. La besó en el cuello —. Tienes que estar agotada.

—Sí. —Suspiró volviéndose y le besó en los labios. —Pero en una semana habrá acabado.

—Hasta la promoción —dijo Ashley acercándose—. ¿Tenéis libre el viernes de la semana que viene? Si no es así tendréis que despejar la agenda. —La miraron sin comprender y Patrick se puso a su lado sonriendo. —¡Nos vamos a las Vegas!

—¡Oh, oh! —Chilló de la alegría abrazándola. —Felicidades.

—Un fin de semana en Cesars Palace. Ya lo he organizado. Y Elisabeth y Roger se apuntan. Va a ser divertido.

—Sí que lo va a ser. No me lo perdería por nada.

Luka sonrió. —Por supuesto que iremos. Patrick tiene que estrenar ese avión que me ha salido por un ojo de la cara.

—Lo estoy deseando, jefe. Estará a punto.

A ver cómo daba esquinazo a Ashley para comprarle el regalo que se merecía. Salieron del estudio mientras pensaba en ello. Ya sabía lo que haría. Le diría que había quedado con la madre de Luka para algo de la boda y así podría escaparse. Ahora solo tenía que encontrar el regalo adecuado.

Capítulo 12

Esa noche abrazada a Luka después de que le hiciera el amor no podía dormirse. —¿Nerviosa por lo de mañana?

—Realmente… —Sonrió levantando la cabeza para mirarle. —Un poquito. Pero lo bueno es que podemos repetir todo lo que queramos.

Él sonrió. —¿Tendrás suficiente con una semana de grabación?

Gruñó dejando caer la cabeza de nuevo y él se echó a reír. —Nena, no seas tan exigente.

—Debo serlo, se espera mucho de mí. Los productores esperan mucho de mí.

—Lo harás estupendamente como siempre.

—Pero me preocupa más la cena con tu madre.

—Te van a adorar. Amelia ya me ha llamado mil veces porque se muere por conocerte y está más nerviosa que tú.

—¿Por qué?

—Ni idea. No sabía que te seguía ni que nunca hubiera visto un violín de lejos siquiera.

—Serás malo.

—Les caerás muy bien. Caes bien a todo el mundo.

—Sí, eso díselo a mi padre.

—¿Te has tomado la pastilla? —Cuando no respondió miró hacia abajo. —Nena, ¿te has tomado la pastilla?

—Hace una semana que no me la tomo.

Separó los labios de la impresión. —¿Por qué? ¿Justo en este momento? ¿En la grabación del disco, conociendo a mi madre y todo lo demás?

—¿No es buen momento?

—¡No! ¡Por eso no puedes dormir!

—No querías que me apoyara en ellas y desde que regresamos del crucero siento que ya no son necesarias.

—Por eso tienes a todos los de la orquesta de los nervios.

Jadeó indignada. —¡Eso no es cierto! ¡Siempre soy así antes de un estreno!

La miró preocupado. —¿Seguro que estás bien?

—Sí. Bueno algo nerviosa, pero no con ansiedad. No sé si me entiendes.

—Sé que te dije que no las tomaras, pero me hiciste ver que solo te ayudaban. Si es así…

—Estoy bien. —Se abrazó a su pecho de nuevo. Él acarició su espalda. —No quiero que te preocupes más por mí.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo la sensación de que te estoy dando quebraderos de cabeza continuamente —susurró.

—Eh… Me das sorpresas.

Sonrió sobre su pecho. —Eso. —Se quedaron unos minutos en silencio. —¿Sabes que ahora gritas mucho menos?

—Pienso en las burradas y me muerdo la lengua.

—¿A ver si te va a salir una úlcera? —preguntó asustada mirándole—. Tú desahógate.

Él sonrió y acarició su mejilla. —Ahora eres tú la que se preocupa.

—Me aterra perderte —dijo sinceramente.

—No pienses esas cosas. Voy a por la pastilla.

—No, mi médico dice que es normal.

—¿De veras? —preguntó pasmado haciéndola reír.

—Sí, de veras. ¿Tú no piensas en perderme?

Él gruñó. —¿Por qué no te duermes?

Se le cortó el aliento. —¿Te aterra?

—Esa es una palabra muy fuerte. —Carraspeó incómodo.

Sonrió radiante. —Te amo, es normal tener miedo a que me dejes o algo así y más con mis antecedentes familiares. Eso dice él.

—Joder. ¿Tenemos que hablar de esto? —Ella levantó una ceja. —Me preocuparía mucho si te pasara algo. ¡Así que procura que no te pase!

—Vale —dijo encantada.

—¿De qué hablas con tu psiquiatra?

—De eso no.

—¿No? ¿No le has hablado de esa noche?

—Ni una palabra. —Escuchó como suspiraba del alivio. —Si lo supiera tendría que denunciarme. Lo miré en internet. No son como

los curas que tienen que cerrar el pico.

—Estupendo.

Se echó a reír. —Cariño, no se lo voy a decir a nadie más.

—Eso ya está olvidado.

—Exacto.

—Ahora miremos al futuro.

—¿Qué me pongo mañana para conocer a tu madre?

—Nena… ¡Son las tres de la mañana!

—¿El vestido rojo? ¿Creerá que voy en plan de guerra?

—Mejor ponte uno blanco en plan soy virginal y amo a tu hijo por encima de todo.

—Eso puedo hacerlo. Cariño, tengo otra sorpresa para ti.

Sonrió divertido. —Dime, estoy preparado.

Apoyó la barbilla en su pecho para mirar su rostro. —No es la única pastilla que he dejado de tomar. Se me olvidó llevarlas al crucero.

Separó los labios de la impresión. —¿Y lo que diga mi madre?

—Me he dado cuenta de que da igual lo que diga nadie. Solo me importa lo que piensas tú. —Le miró insegura. —¿Qué piensas?

—Que vamos a tener que adelantar la boda si no quieres salir en las fotos muy hinchada —dijo divertido—. Nena, ¿por qué te preocupas? Era lo que quería desde el principio.

—Sí, pero como has cambiado de opinión en otras cosas igual en esto también.

—¿Por qué no me dices la verdad? —Se sonrojó agachando la cabeza. —Lo que temes es que te diga, genial Coralie así en cuanto des a luz cada uno por su lado. Estaba deseando que llegara este momento. ¿No es lo que crees que voy a decir? Por eso convenientemente antes me has dicho que te aterra perderme.

—Lo siento.

Cogió su barbilla para que le mirara a los ojos. —Nena, esa fue una de las burradas que intento que no vuelvan a salir de mi boca.

—¿De veras?

—Estaba enfadado e inseguro respecto a ti. Ahora es distinto.

—¿Ya me conoces mejor?

—Creo que vas a seguir dándome sorpresas hasta los ochenta por lo menos.

Le dio un vuelco al corazón. —¿Hasta los ochenta? ¿Y sin tener que amenazarte con chivarme?

Se echó a reír volviéndola para tumbarla en la cama. —¿Eso no lo habíamos olvidado? —preguntó antes de darle un suave beso en los labios.

—Sí, pero tú por si acaso no te confíes, que puedo recordarlo como se te ocurra dejarme.

—Entonces no te dejaré. —Besó sus labios de manera tan embriagadora que solo pudo responder y cuando se apartó para mirarla a los ojos susurró apasionado —No te dejaré, nena.

La grabación fue tan bien que a media tarde ya tenían la mitad del disco. Ashley estaba alucinada al igual que los demás, porque diera el visto bueno a la orquesta, así que susurró —¿Estás bien? ¿No te pondrás enferma ahora?

—Lo han hecho perfecto. Como yo quería. John pásamelo para que lo oiga —dijo poniéndose los cascos.

Viendo como escuchaba la grabación de la orquesta se acercó a Patrick que tenía el ceño fruncido. —¿Qué pasa?

—No lo sé, está muy rara. ¿Solo lo han hecho una vez y está perfecto? Esa no es Coralie. La perfección solo la tuvo Paganini.

Su prometido rio por lo bajo. —Han trabajado mucho. Mira lo contentos que están.

A través del cristal vio como los músicos sonreían como si les hubiera tocado la lotería. Y el director de orquesta estaba hinchado como un pavo. Hizo una mueca. —Esperemos que esto siga así.

Coralie estaba con los ojos cerrados escuchando a la orquesta y asintió con el ceño fruncido hasta que terminó. —Bien, lo dejaremos por hoy.

—Asombroso —dijo Patrick—. Ahora sí que creo que le pasa algo.

—¿Ves? Te lo dije. —Se acercó a toda prisa.

—Ashley, nos vamos. Tengo que cambiarme para la cena.

—Sí, por supuesto. Cariño, el violín.

—Hasta mañana, chicos. —Asombrados vieron que se iba y Ashley hizo una mueca mientras su jefa decía —¿El vestido blanco está listo?

—Planchado y listo para que te lo pongas —dijo siguiéndola a toda prisa—. Ha llamado Elisabeth, el equipo de Oprah te llamará

mañana. Y que ha encontrado una organizadora que dicen que es la mejor. Ya ha hablado con ella de lo que quieres y dice que te llamará la semana que viene para concertar una cita y que lo habléis en persona. Elisabeth me ha preguntado si queremos ir a los Hamptons este fin de semana. Dicen que hará bueno.

—Tengo que hablarlo con Luka. La llamaré luego.

—Dice que la llames mañana, que quiere todos los detalles de la cena de esta noche.

Sonrió divertida saliendo del estudio. Ashley frunció el ceño. —Te ha dicho que te quiere, ¿no?

Sonrió radiante volviéndose hacia ella. —Casi.

—Lo sabía. Felicidades.

—Gra…—El impacto en la espalda le robó el aliento y se volvió del impulso para ver a la exmujer de su padre con un arma en la mano. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y estaba demacrada, casi ni la reconoció. Ni sintió la bala en su hombro antes de caer de rodillas ni el sonido de los disparos de Patrick que la tiraron sobre el coche antes de que cayera al suelo como una muñeca rota mientras la gente gritaba a su alrededor.

Ashley gritó pidiendo ayuda arrodillándose a su lado. Le costaba respirar y la ayudó a tumbarse en el suelo. —Enseguida llega la ayuda.

—Lo ha vuelto a hacer. La ha vuelto loca. —Tosió sangre mientras Ashley lloraba.

—No hables, por favor.

—La ha utilizado como nos ha utilizado a todas.

—Lo pagará, te lo juro por mi vida que lo pagará.

—Dile a Luka que le he amado más que a nada. Más que a mi música…

Se escuchó el ruido de las sirenas. —Se lo diré, pero tienes que ser fuerte.

—Siento no poder estar en tu boda —dijo casi sin voz. Cogió su mano asustada—. Dile… —El aire no llegaba y Ashley gritó desesperada pidiendo ayuda. El violín tirado en el suelo fue lo último que vio antes de que todo se desvaneciera en la oscuridad.

Roger pasó la mano por el hombro de Luka que sentado en una de las sillas de la sala de espera tenía los codos apoyados sobre

los muslos con las manos en la cabeza como si no se pudiera creer lo ocurrido en las últimas horas. —Se pondrá bien. Ahora hay muy buenos cirujanos. Seguro que la han cogido a tiempo.

—Tuvieron que recuperarla en la calle. Estaba muerta —dijo como si no se lo creyera. Levantó la vista hacia Elisabeth que de pie ante él intentaba reprimir las lágrimas—. Ayer me dijo que le aterraba la posibilidad de perderme.

—Eso le dará fuerzas para luchar.

Ashley sentada en otra de las sillas con Patrick a su lado no podía dejar de llorar del shock mientras hablaba con uno de los detectives que llevaba el caso. —Ese cabrón… Seguro que le dijo que le iban a quitar la casa o algo por el estilo. Es un psicópata que no hacía más que inventarse cosas sobre ella. Mató a su madre, ¿saben? Su primera esposa se suicidó cuando la abandonó. No lo soportó. A Coralie siempre le decía que no lo hacía bastante bien, que no era suficiente. La obligaba a ensayar horas y hasta hubo veces que la privó de comer cualquier cosa que le gustara solo para que se esforzara más.

—Dios mío… —dijo Elisabeth sin salir de su asombro—. Ese hombre está loco.

—Tenía que haber hecho algo, tenía que…—Luka negó con la cabeza apretándose las manos de la impotencia.

En ese momento se acercaron dos médicos con pijama verde y Luka se levantó de inmediato. Estos sonrieron. —Se repondrá.

Suspiraron del alivio y Luka preguntó —¿Podrá tocar de nuevo?

—Esperemos que sí. Será una rehabilitación dura, pero…

—Tiene que ser la mejor —dijo Ashley haciendo que la miraran—. Ha trabajado muchísimo para estar en la cima.

—Habrá que esperar a ver como responden los músculos que hemos tenido que tocar. Dada su profesión he intentado ser lo más cuidadoso posible, pero hay cosas que no están del todo a mi alcance. Depende de su recuperación.

—Comprendo —dijo Luka—. ¿Puedo verla?

—Ahora está en cuidados intensivos. Mañana por la mañana podrá verla.

Iban a irse cuando Luka cogió al cirujano por el brazo deteniéndole. —¿Se repondrá? ¿Me jura que saldrá adelante?

Este sonrió. —Sí. No pienso quitarle ojo. Estuve en su concierto en Nueva York, ¿sabe? Nunca he disfrutado tanto de la

música como en ese momento. Le aseguro que pienso hacer lo que sea para que vuelva a ser la de antes.

—Gracias —dijo emocionado.

Roger le pasó un brazo por los hombros mientras se alejaban. —Ya le has oído, hijo. Antes de que nos demos cuenta estará entre nosotros de nuevo con esa maravillosa sonrisa.

Asintió antes de decir. —¿Patrick?

—¿Si, jefe?

—Tenemos que hablar.

—Cuando quiera, jefe.

Ashley entrecerró los ojos viendo cómo se alejaban. —¿A dónde van? —preguntó Elisabeth limpiándose las lágrimas.

—Seguro que tienen mucho que solucionar, pero Luka se encargará.

La puerta de la habitación se abrió y Coralie sonrió agotada viendo como Elisabeth intentaba pasar un montón de brillantes globos de colores. —Mujer ponte de lado.

—Eso intento. Te dije que eran muchos.

Ashley se acercó para tirar de ellos y varios se soltaron volando hasta el techo. En todos decía "Ponte bien pronto". Entraron sonriendo y ella correspondió a su sonrisa. —No teníais que traer nada. Siempre venís con regalos y no tenéis por qué.

—Claro que sí —dijo Roger dejando sobre la mesilla las rosas del día.

—Gracias.

—¿Dónde está Luka?

Perdió algo la sonrisa. —Tenía una reunión muy importante, estará al llegar.

—Cielo, no pongas esa cara. Lleva dos semanas casi sin pegar ojo —dijo Elisabeth.

Se sonrojó por ser tan egoísta y agachó la mirada perdiendo la sonrisa. Elisabeth apretó los labios sentándose a su lado. —Lo que quiero decir es que tendrá mucho trabajo pendiente.

—Lo sé.

—¿Sabéis? El especialista dice que si sigue así podrá salir la semana que viene. Y en un mes la rehabilitación —dijo Ashley a toda prisa—. Dicen que esos músculos se pondrán en forma enseguida. Y después a terminar el disco.

La cara de Coralie decía claramente que no tenía muchas esperanzas. —Te pondrás bien —dijo Elisabeth.

—Sí, claro. Y si no es así no pasa nada. Estuve años sin subirme a un escenario y no es para tanto.

Lo dijo de tal manera que parecía que le daba igual, lo que les preocupó aún más. Se miraron los unos a los otros. —¿Qué te parece si al salir de aquí nos vamos a los Hamptons para que te recuperes? El aire del mar te vendrá estupendamente.

—Si no viene Luka yo no me voy a ningún sitio.

—Lo entiendo, querida.

En ese momento se abrió la puerta y la cara de Coralie cambió al ver que era Luka que sonrió al verla. —Hola, nena. Cuantos globos. —Se acercó y le dio un beso en los labios. —¿Te sientes fatigada? Estás algo pálida. El médico dice que ventilas bien, pero igual no tenían que haberte quitado el oxígeno tan pronto.

—Respiro bien.

—¿Entonces te duele?

—No, estoy bien. Me sueltan la semana que viene.

—Esa es una noticia estupenda —dijo contento. Elisabeth se levantó dejándole el sitio —. ¿Habéis visto que novia más fuerte

tengo?

—Sí que lo es —dijo Elisabeth disimulando su preocupación.

—Ayer vinieron mis padres por la tarde y se los ganó con una sonrisa.

—Será exagerado. Les he dado pena. Menuda manera de ganarse a la suegra.

—Te aseguro que yo me hubiera pegado un tiro con tal de que la mía me hubiera dejado en paz. —Al darse cuenta de lo que había hecho la miró con los ojos como platos y todos se echaron a reír. —Pero en la pierna o algo…—Rieron aún más.

—Así que te encuentras mejor —dijo él mirándola atentamente.

—Mucho mejor. ¿Qué has estado haciendo? —Para todos era evidente que esa respuesta la preocupaba y Luka entrecerró los ojos. —¿Has estado en la empresa?

—Sí, nena… Ya te lo había dicho. Después de salir de aquí tenía una reunión con un proveedor para renegociar nuestro contrato.

—Sí, claro. ¿Y se dice algo de mí en la prensa? ¿Por qué no tengo mi móvil? No puedo llamarte y a veces necesito llamarte.

Miró de reojo a Ashley. —Tu ayudante lo hace por ti. Hoy hemos hablado tres veces.

—¡Quiero mi móvil!

—Cielo, no te alteres —dijo Roger—. No te lo dan precisamente para que lo que se diga por ahí no afecte a tu recuperación.

Agarró sus manos como si estuviera desesperada. —No harás ninguna tontería, ¿verdad? No puedo perderte.

Luka preocupado dijo —Ashley, ¿puedes decirle al médico que venga?

—Sí, enseguida.

—Nena, te estás alterando y esto no te viene bien. Respira más despacio.

—Es que tengo miedo.

—Shusss… No va a pasarte nada. —Se inclinó sobre ella y acarició su frente. Cerró los ojos intentando controlarse y sus caricias la relajaron poco a poco. —Y no va a pasarme nada a mí.

—Quiero casarme.

—Y lo haremos. Esa organizadora que te ha buscado Elisabeth dicen que es buenísima. Tendremos una boda que será la envidia de

todo Nueva York como tú te mereces.

Abrió los ojos. —Quiero casarme ahora. Si me pasa algo no quiero que se quede con nada.

Él apretó los labios. —Entonces haz testamento si te quedas más tranquila, pero no voy a dejar que esto nos robe nuestro día.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Cada vez que te vas siento que no voy a volver a verte.

—Pues es algo que deberemos hablar con un profesional, ¿no crees? Seguro que es por el trauma que has sufrido y necesitaremos ayuda. Pero lo superarás como estás superando tus heridas. Volverás a ser la de antes.

—Antes tampoco me gustaba perderte de vista.

Él rio por lo bajo. —Todo irá bien.

—Te veo muy seguro. ¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada.

La puerta de la habitación se abrió y el médico se acercó a la cama. —¿Qué ocurre, Coralie? ¿Estás algo nerviosa?

—¿Yo? No —dijo haciéndose la tonta.

—No es lo que dicen. —Coralie fulminó con la mirada a Ashley que se hizo la loca. —Me ha dicho la enfermera que apenas has

comido y eso no puede ser.

—Otra chivata. Estoy rodeada de ellas.

Roger rio por lo bajo ganándose un codazo de su esposa.

—Creo que te voy a recetar unos ansiolíticos muy suaves y solicitaré que te vean de psiquiatría. Te negaste a verle, pero ahora no es una sugerencia es una orden.

—Estoy bien, puedo pasarlo a pelo. Díselo, cielo.

—No pienso decir eso. A veces las personas necesitan ayuda. ¿Esa no es una frase tuya? —Ella iba a protestar. —Y creo que esto que te ha pasado es mucho más fuerte que cualquier cosa que te haya ocurrido antes. Te tomarás las pastillas hasta nueva orden.

No dejarían de darle la tabarra con el tema y la verdad es que no tenía fuerzas para discutir, así que dijo —Está bien.

Él sonrió. —¿Ha oído, doctor?

—Llamaré al psiquiatra cuanto antes.

—Gracias doctor —dijo mientras salía.

Se miraron a los ojos y en unos segundos entró la enfermera con un vasito de plástico. Luka lo cogió y sacó la pastilla metiéndosela en la boca antes de darle de beber. —¿Contento?

—Estaré mucho más contento cuando salgas de aquí y te vea sobre un escenario disfrutando de tu música.

Ella agachó los párpados. —Eso se ha acabado.

—Cielo no digas eso —dijo Ashley.

—Seguro que la rehabilitación te deja como antes —añadió Elisabeth.

—Mis dedos nunca se moverán con la misma velocidad

—Eso está por ver porque la Coralie que conozco no se rinde fácilmente. ¿Vas a rendirte ahora, nena? ¿Vas a dejar que gane?

Levantó la vista hasta su rostro. —¿Que gane?

—Es lo que quiere, verte hundida sin él. Pero tú vas a demostrarle que no va a poder contigo. Que eres Coralie Meyers y que has llegado a la cima no gracias a él sino a pesar de él. —Ella entrecerró los ojos. —Eso es nena, no dejes que te quite tu vida. Ya te ha arrebatado muchas cosas.

Elisabeth y Ashley sonrieron satisfechas al ver la decisión en sus ojos. —Eso es, niña —dijo Roger—. Demuéstrales a todos cómo has llegado a la cima.

Capítulo 13

Sentada en la cama del hospital escribía una composición mientras Ashley y Elisabeth hablaban y esta se detuvo frunciendo el ceño. —¿Cómo puedes componer sin instrumentos?

—Oigo las notas en mi cabeza —dijo concentrada.

—¿Eso no será demasiado esfuerzo para ti en este momento?

—La cabeza la tengo bien.

Ashley sonrió. —Deja que se desahogue. Las mejores composiciones salen en momentos así. El siguiente disco será la bomba.

—Espero que no le salga muy Ennio Morricone.

—¿Quién es ese? —preguntó Ashley.

Coralie se echó a reír a carcajadas mientras Elisabeth la miraba incrédula. —¿Cómo has conseguido este trabajo?

—Haciendo mucho la pelota a la jefa en la entrevista, porque me necesitaba desesperadamente y porque no había más candidatas. Tuve una suerte enorme ese día.

—Y que lo digas. Morricone es uno de los compositores más importantes de películas de género de terror.

Coralie añadió —Halloween, La Niebla… Pero también tiene bandas sonoras maravillosas como Los intocables de Eliott Ness, La misión…

Ashley entrecerró los ojos. —¿Por qué no haces bandas sonoras? —Sus ojos brillaron. —Podrían darte un Óscar.

—¿Y para qué quiero un Óscar?

—Además ella es una virtuosa del violín.

—Era por si así conocía a algún famoso. —Ilusionada se llevó la mano al pecho. —A Clint Eastwood. Es mi actor favorito. Me he visto Harry el Sucio mil veces.

Rio por lo bajo. —Ya conozco a Clint Eastwood.

Chilló de la sorpresa. —¿De veras?

—Fue hace muchos años. Estaba en una gala de recaudación de fondos en la que yo interpretaba. Se acercó a felicitarme. ¿Sabías que toca el piano y compone?

—¿De veras?

—Sí, durante una hora hablamos de música. Es un entendido.

—Es un genio —dijo admirada—. Este hombre hace de todo.

—La verdad es que tiene una carrera espectacular y fue muy agradable. —Sonrió con tristeza. —Mi madre estaba loca por él y eso que ya tenía unos añitos. Le sacó mil fotos. No sé qué fueron de ellas…

Sus amigas perdieron la sonrisa poco a poco. —Cuando mi padre se trajo a su amante desaparecieron muchas cosas.

—Ese cabrón… —dijo Ashley.

—Me preocupan los niños —dijo dejándolas pasmadas.

—Ese no es problema tuyo.

—¿No lo es? Van a criarse con él… Son mis hermanastros. Su madre ha muerto.

—¡Porque intentó matarte! Nadie te culparía por no querer saber nada de ellos.

Apretó el lápiz que tenía entre los dedos. —Odiaba a esos niños, ¿sabéis? No podía evitarlo. Sabía que el traidor, el cerdo en esa relación había sido mi padre, pero ninguno de los dos dejaba de mostrar su dicha a que mi madre hubiera desaparecido. Se habían

ahorrado el divorcio y se habían quedado con todo. Se habían reído de ella, se habían acostado en su cama. Una vez les oí hablar. Se lo estaban pasando en grande recordando esos momentos en que le habían sido infieles. En cuanto cumplí los dieciocho me largué. Habían pasado cinco años de la muerte de mi madre. Matt y Frederick ya habían nacido. Sandra estaba embarazada de la pequeña Tiffany. Ni la conozco. No la he visto nunca. Son de mi sangre y realmente ni les conozco. —Apretó los labios. —El mayor ya tiene casi diez años. —Se llevó la mano a la frente. —A saber lo que está haciendo con él. Seguro que le puso un violín en las manos en cuanto fue capaz de sostenerlo.

—Dios mío, esto es una locura —dijo Elisabeth preocupada—. ¡Y que la policía no haga nada es inaudito! ¡Ese hombre es un psicópata!

—Tarde o temprano recibirá su merecido —dijo Ashley muy segura.

Ambas la miraron. —¿Qué sabes? —preguntó Coralie poniéndose en guardia—. Luka me prometió que no haría nada.

—No creo que te prometiera eso.

—No pueden demandarle, la fiscalía no va a… —Elisabeth abrió los ojos como platos. —¿Qué va a hacer? ¿No será lo que pienso?

Ambas fruncieron el ceño. —¿Y exactamente qué piensas?

—¡Tomarse la justicia por su mano! ¡Cargarse a ese cabrón!

—Uy, que esta es de las nuestras —dijo Ashley por lo bajo.

—¿Crees que haría mal? —preguntó Coralie.

—Claro que no, niña. Cuanto antes se limpie la mierda menos huele. —Se acercó cómplice. —Pero pueden pillarle, será el principal sospechoso porque tú estás aquí. Y hacerlo ahora sería una metedura de pata monumental.

—Por eso no quiero que haga nada. —Miró a Ashley. —¿Qué sabes?

—Nada.

—A mí no me la das. ¿Dónde está Patrick? Porque no le he visto el pelo en todos estos días.

—Pues está de escolta de Luka y cambiando toda la seguridad de la empresa y de la casa con un experto.

Entrecerró los ojos. —¿Por qué?

—Luka se niega a que vuelva a pasar algo así de nuevo. Y prepárate, porque a partir de ahora no solo nos acompañará mi chico para proteger el violín, dos guardaespaldas especializados no se separarán de ti. Vayas a donde vayas.

—¿Qué dices?

—Niña, tendrás que tragar con eso hasta que se le quite el susto porque ha sido de aúpa. Ahora que has hecho testamento tu padre no puede ganar nada con tu muerte, pero como sabemos está loco y suelto, así que toda precaución es poca.

Suspiró porque sabía que haría todo lo posible para que estuviera a salvo y tenía que ser comprensiva con él, pero perderle porque acabara en la cárcel con su venganza, por ahí no pasaba. Ya se habían librado una vez, librarse dos iba a ser casi imposible y más con todas las miradas puestas en él.

La puerta se abrió y se quedó de piedra al ver a la detective Portland entrando como si nada. Esta sonrió. —No quería despertarte. Veo que estás mucho mejor.

—¿Qué hace usted aquí? He sido la víctima, ¿sabe? —preguntó molesta.

—Por supuesto que lo sé. —Caminó hasta los pies de la cama y cuando puso los brazos en jarras Elisabeth vio la placa en su cinturón envarándose en el acto. —Las dos veces has sido la víctima. De eso nunca he tenido duda.

—Déjenos en paz —siseó.

—Vengo a avisarte.

Se le cortó el aliento. —¿De qué?

Inclinó la cabeza como si estuviera eligiendo muy bien sus palabras. —De que estamos atentos.

—¿Ves, niña?

Cristel sonrió maliciosa. —Ahora no es el momento.

Separó los labios de la impresión. —¿Y cuándo sería el momento?

—Igual dentro de un año o dos.

—¿Tenemos micros? —Ashley se agachó empezando a buscar debajo de la cama.

Cristel se echó a reír divertida porque parecía desesperada por encontrarlos. Cuando se agachó al lado de la mesilla dijo —Veo que no estaba equivocada. —Miró a Coralie directamente. —Sobre

todo porque ese guardaespaldas tuyo está siguiendo a tu padre todo el día.

Fulminó a Ashley con la mirada y esta se sonrojó. —Vale, también hace eso. Para que no nos dé más sorpresas.

—Que deje de hacerlo —dijo Cristel—. Ahora tienes pasta. Tienes otras maneras de joderle. Yo empezaría reclamando esa casa que pagaste tú.

—Que lista es, lo sabe todo —dijo su amiga impresionada.

La policía la miró fijamente con sus ojos verdes. —Sí, lo sé todo. —Ashley palideció. —¿Ya has conseguido la residencia?

—Pues… Estoy aquí por trabajo y… ¡No pueden echarme!

—Sobre todo casándote con un americano, ¿no?

—¡Yo le quiero! ¿Le ha visto? ¡Es un cañón de hombre!

—Un cañón… Sí, de armas sabe lo suyo, ¿no es cierto?

Impresionadas ni sabían qué decir y Elisabeth carraspeó. —Me estoy perdiendo.

Cristel sonrió centrándose de nuevo en Coralie. —Habla con tu prometido. Alejaros de él. —Fue hasta la puerta. —Por cierto, algún día cuando volvamos a encontrarnos hablaremos de mi trabajo. ¿Os he dicho que he pedido el traslado a homicidios? —

Sonrió maliciosa. —Soy muy buena en lo que hago y no suelo darme por vencida. Jamás. Y en esta ciudad hay cámaras por todas partes. Imagínate que por casualidad encuentro lo que quiero. ¿A que sería una faena?

—Se lo repito, déjennos en paz.

—Esto empieza a parecer acoso policial —dijo Elisabeth mosqueadísima—. Quizás deberíamos poner una queja a su teniente.

—Tranquila, señora Fletcher. Imagínese que la cosa se le pone del revés y acaba en prisión por todas las multas sin pagar que tiene pendientes. Es un peligro público, ¿sabe? Siete mil pavos en multas. Hay que aparcar mejor y respetar el límite de velocidad.

Elisabeth se puso como un tomate. —Se me olvida pagarlas.

—O no quiere que su marido se entere. Pues le aconsejo que pase por caja antes de que actúe la fiscalía. Porque tarde o temprano siempre actúan. Y además esa chica filipina que trabaja en su casa… —Negó con la cabeza. —Tengo entendido que tiene antecedentes por prostitución y tráfico de drogas. ¿No está en busca y captura por no presentarse al juicio? —Las chicas dejaron caer la mandíbula del asombro porque era evidente que Elisabeth lo sabía.

—Ahora tiene otro nombre, claro. Pero las huellas… —Hizo una mueca. —Las huellas son difíciles de disimular sobre todo si se la arresta. Va mucho a la tienda de la esquina. Y en esa tienda hay muchos robos. Como la confundan con un ladrón estará en problemas, ¿no cree? Y usted también por acoger a un prófugo. Se llama obstrucción a la justicia.

—Solo quería cambiar de vida. La trajeron a este país engañada.

—Otra víctima… —Miró fijamente a Coralie a los ojos. —Ese es mi trabajo, proteger a las víctimas. Y es lo que voy a hacer. Buenas tardes.

Cuando salió cerrando la puerta suavemente Elisabeth tuvo que sentarse. —Como arresten a Lu… ¡Es una dulzura de niña! ¡Todo lo que hizo fue porque la obligaron!

—No va a arrestar a nadie —dijo Coralie convencida—. Sino ya lo hubiera hecho.

—Dios mío, lo sabe todo. —Ashley estaba descompuesta. —¿Cómo?

—Por asociación. Porque somos amigas. Solo ha tenido que rascar un poco. Seguro que hasta ha llamado a Londres.

Elisabeth se las quedó mirando atentamente. —Vosotras tenéis mucho que ocultar, ¿no?

Hicieron una mueca. —Mejor que no lo sepas.

—Sí, será lo mejor, que así si me ponen el polígrafo yo no sé nada.

—¿Polígrafo? —Ashley gimió. —Dios mío…

—Shusss, no va a pasar nada. ¿No la has oído? Ha venido a avisarnos. Dame el teléfono, tengo que avisar a Luka.

—Sí, sí…

Luka vestido de negro cogió la pistola que le tendió Patrick. —¿Está limpia?

—Por supuesto, jefe. Comprada en el Bronx, número y cañón limados. Y cargada con guantes.

—Perfecto.

—Estará dentro de una hora en el bar de la catorce oeste del que te hablé. Va todos los jueves para quedar con las tías que conoce en internet. Si hay suerte y sale solo será el día. Ya conoces su coche. Un BMW plateado. Ese cabrón siempre aparca en el

callejón, solo tienes que aparcar a su lado y cuando se suba disparar. Te subes a la moto y sales pitando. Rápido y sin cámaras. La placa de la moto es falsa, así que si no te quitas el casco jamás te pillarán. Te estaré esperando en el callejón de Queens que visitamos ayer. Quitaremos la placa de la moto y la dejaremos allí. Desaparecerá antes de que amanezca y más si dejamos las llaves puestas.

—Entendido.

—¿Tienes alguna duda?

—No —contestó muy tenso.

—Todavía puedes echarte atrás.

—¿Y que ese hijo de puta siga respirando? ¿No harías tú lo mismo?

—Ya estaría bajo tierra.

El teléfono de Luka empezó a sonar y juró por lo bajo abriendo la guantera del coche para cogerlo. —Es Ashley. —Descolgó poniéndoselo al oído. —Dile que tengo una reunión muy importante, que hoy no podré ir. —Frunció el ceño escuchándola hablar. —No me jodas, iba a salir ya. —Asombrado miró a Patrick. —¿Nos vigila? ¿Que le ha visto?

—¿Qué pasa?

Apartó el teléfono y puso el manos libres. —¡Lo sabe todo! ¡Hasta lo mío y lo de Patrick!¡Y ha amenazado a Elisabeth por una delincuente que tiene contratada en su casa! ¡Es filipina!

—¿Que Elisabeth tiene qué? —Patrick estaba pasmado.

—¡Patrick! ¿Eres tú?

—Estás en el manos libres —dijo Luka muy tenso.

—¡No puedes hacer nada! ¡Te está vigilando! ¡Y a el padre de Coralie también! Sabe que Patrick le ha seguido. ¡Lo sabe todo! ¡Seguro que tiene a alguien siguiéndoos! Esa de tonta no tiene un pelo. Ha pedido el traslado a homicidios y dice que no se da por vencida.

—Joder…

—No, Coralie espera…

—Dame el teléfono. —Escucharon como Coralie se lo acercaba al oído. —¿Cielo? Otra vez no.

—Se me revuelven las tripas al pensar que se va a ir de rositas. ¡Mi abogado dice que no se puede hacer nada porque fue ella la que apretó el gatillo! ¡Seguirá jodiéndonos todo lo que pueda!

Piensa en tus hermanos, nena… ¿Qué va a ser de ellos? Les va a hacer lo mismo que a ti.

Se le cortó el aliento porque ella había pensado lo mismo. —Lucharemos en los tribunales, pero no pienso arriesgar nuestro futuro por él. ¡Ya me ha quitado mucho, tú lo dijiste! —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras le escuchaba suspirar. —Cielo, por favor... Necesito que vengas, estoy asustada. —El silencio al otro lado de la línea la aterrorizó. —No lo hagas. Si me amas no lo hagas. Porque me amas, ¿no? Sé que al principio querías casarte por conseguir mi silencio, pero…

—¿Qué has dicho? —siseó con voz acerada demostrando que estaba furioso. Realmente furioso.

—¿Qué he dicho? —En ese momento escuchó el pitido del teléfono. —¿Luka? —Se le cortó el aliento. —Me ha colgado.

—Oh, Dios… —dijo Elisabeth—. Esto tiene muy mala pinta.

—¡Llama a Patrick, que le detenga!

Ashley le llamó a toda prisa, pero no cogía el teléfono. —Me está ignorando a propósito. Siempre lleva el teléfono con él. —Apretó los labios mirando la pantalla. —Lo ha apagado.

—No, no, no…—Angustiada apretó las sábanas entre sus dedos. —Hay que detenerle.

—Niña, no sabemos dónde está. No puedes hacer nada salvo esperar, así que no te pongas histérica porque no conseguiremos nada más que empeores.

—¿No te das cuenta? ¡Acabará en la cárcel! —gritó de los nervios—. ¡Le perderé por su culpa! —Intentó levantarse y Ashley tuvo que cogerla de los brazos. —¡Suéltame!

—¡Estate quieta, te vas a arrancar la vía!

Sollozó porque no tenía fuerzas y Ashley la abrazó para retenerla hasta que ya no pudo más. —Déjame.

—No, no te dejaré como tú no me dejaste a mí.

Lloró sobre su hombro temiendo por él. Al final su padre se lo robaría todo. Tenía que hacer algo.

La puerta se abrió y levantó la vista hasta los ojos de Luka que estaba realmente furioso. Se acercó a toda prisa. —Nena, ¿qué haces?

—Estás aquí… —Ashley se apartó y Coralie desesperada le agarró de la mano.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó su ayudante asombrada.

—¿Podéis dejarnos solos, por favor?

—Sí, creo que es hora de que me vaya a casa —dijo Elisabeth cogiendo su bolso —. Me alegro mucho de verte, Luka. Te aconsejo que no la dejes sola, está muy asustada.

Él apretó los labios asintiendo y las dos salieron de la habitación en silencio. Luka la miró a los ojos. —¿Qué ibas a hacer?

—Buscarte. —Apretó su mano. —Pero estabas aquí, ¿verdad?

—En el garaje del hospital. Pretendía salir desde aquí, Patrick trajo la moto ayer.

—Ya lo tenías todo preparado y no me dijiste nada.

—Creo que ya has pasado por bastante. —Se sentó a su lado y miró su mano entre las suyas apretando los labios.

—Estás enfadado. Furioso.

—Esa metomentodo… —siseó—. Pero ya le pillaré. No me va a seguir toda la vida.

—Ella dice que es mejor esperar un año o dos.

Le miró sorprendido. —¿Eso ha dicho?

—Dice que ahora no. Nos ha avisado, cielo. Creo que quería ayudarnos.

—Si con lo de George quería meternos en la cárcel.

—No lo entiendo, pero ha venido a avisarnos. Fue muy clara en eso. Dice que defiende a las víctimas.

—Víctimas. —Sonrió sin ganas. —¿Quién te defendió a ti? ¿Quién defendió a tu madre o a esa mujer? Ese cerdo debe pagar.

—Y lo hará. En un año pagará y te ayudaré con gusto.

Sonrió de medio lado. —¿Seremos cómplices de nuevo? —Se acercó a ella apoyando ambas manos a cada lado de su cabeza. —¿Sabes por qué te ayudé la otra vez?

—Por la empresa. —Él negó con la cabeza. —Por la fusión, me lo dijiste.

—No, nena… Te ayudé porque me di cuenta de inmediato de la situación y no podía tolerar que acabaras en la cárcel. —Besó suavemente sus labios. —Porque te quería para mí.

—Pero dijiste…

—¿Qué te iba a decir? ¿Que te conocía desde el principio? —Se le cortó el aliento. —Te dije que mi madre es muy aficionada a la música clásica. De hecho colabora con Julia y recauda fondos para

las becas de ciertos estudiantes sin recursos o estudiantes excepcionales con mucho talento.

—Ella me dio la beca.

—Cuando tenías diez años te vio en un concierto. No dejó de hablar de ti durante días y convenció a la junta para que te propusieran la beca aun sabiendo que era muy probable que no aceptaras porque ya tenías una carrera que se estaba consolidando. Cuando murió tu madre, entendió que no quisieras tocar, aun cuando no era de dominio público que se hubiera suicidado. Eras muy joven y la muerte de una madre es algo terrible. Los músicos de ese nivel son muy sensibles, pero volveremos a saber de ella, eso decía. Cuando entraste en Julia se alegró muchísimo y no dejó de insistir en que fuera a verte a uno de esos recitales que dais a final de curso. Esa fue la primera vez que te vi, nena. Y te aseguro que como mi madre no te olvidé.

—¿Por qué no me dijo nada cuando vino a visitarme?

—Le pedí que no hablara de música y menos de Julia. Que había sido un periodo de tu vida muy duro que habíamos intentado superar y que ahora te ocurría esto. Así que mantuvo la boca cerrada y solo te preguntó educadamente cómo te encontrabas sin hablar del pasado para que no sufrieras más.

—Así que me conocías. Cuando me viste en tu despacho me conocías.

Él sonrió de medio lado. —Bueno, tengo que reconocer que al principio no caí del todo. Me sonaba tu cara, pero no te ubicaba por tu nueva profesión. Me dije que te habría visto por la empresa. Pero entonces te agachaste para dejar la papelera y adelantaste el pie como aquella noche cuando saludabas. No me lo podía creer. En cuanto levantaste tu rostro y vi tus ojos supe que eras tú.

—Por eso me preguntaste que había estudiado.

—Sí, necesitaba confirmarlo. En aquel momento supe que algo mucho más grave que la muerte de tu madre tenía que haber pasado para que acabaras así. Pero después empezaste a mover el trasero ante mí y ni sé lo que me pasó por la cabeza, pero solo deseaba tocarte.

—¡Yo no movía el trasero! —dijo indignada—. Me gustabas.

—Y tú a mí, nena —dijo con deseo antes de besar sus labios de nuevo—. Pero cuando hablé con mi hermana me pregunté qué era lo que estaba haciendo cuando mi prometida estaba haciendo las maletas en mi casa, así que me largué a toda prisa. Pero me olvidé el móvil sobre la mesa y tuve que volver a buscarlo. Al ver lo

que había pasado, tu estado de nervios y que era evidente que querías confesar… Supe que no podía permitirlo. Te dije que lo hacía por la empresa y no te di opción. Te creí cuando dijisteis que no teníais una relación, pero en cuanto esas palabras salieron de mi boca supe que la policía o el fiscal pensaría lo mismo, así que me puse manos a la obra.

—Volviste con ella, hiciste que me alejara.

—En aquel momento me dije que era lo mejor y ahora estoy seguro de que hice lo correcto. Puede que al principio supiera quien eras, pero no te conocía, no sabía que tu madre se había suicidado y todo lo que llevabas detrás, por eso cuando me confesaste tu verdadera identidad y la razón de tu retiro, fui consciente de que igual no te había hecho ningún bien al presionarte con la boda. Tu alma tenía que curar con tu música y no debías depender para tu regreso de mí o de un posible matrimonio conmigo. Cuando dije que debías hacerlo por ti misma, hablaba en serio. Fue lo correcto, nena. Tú recuperaste tu vida y dio tiempo a que las imágenes fueran borrándose de cualquier cámara que pudiera habernos captado antes de que esa detective supiera que estábamos juntos y levantáramos sus sospechas. Puede que sepa que hemos sido nosotros, pero jamás encontrará nada.

—Ella dice que sí.

—Miente. Solo quiere asustarnos. —Se miraron el uno al otro y él sonrió. —Nunca nos cogerán por eso, puedes estar tranquila.

—Aquella noche en mi camerino…

Tomó aire profundamente alejándose más para ver mejor su rostro. —Me moría por verte. Había pasado casi un año y deseaba estar contigo, nena. No podía dejar de pensar en el tiempo que estuvimos juntos, sobre todo en el momento en que me dijiste que me querías, que volverías a los escenarios por mí. Y precisamente ese momento fue lo que me retuvo durante los primeros meses. No dejaba de pensar que puede que me compararas con tu padre si nuestra relación salía mal, así que eso me mantuvo alejado. Todos los días revisaba las noticias en internet a ver dónde estabas o cómo había ido el concierto. Pero cuando te fuiste del país… Vi una foto tuya en el aeropuerto y parecías triste por tener que irte. Ahí ya no lo soporté más y fui a Viena porque necesitaba comprobar si estabas bien. Y lo estabas. Estabas preciosa en el escenario y supe que había hecho lo correcto al ver como disfrutabas de tu música, de tu público… Nunca me he sentido más orgulloso de nadie en la vida, nena.

Una lágrima recorrió su mejilla de la emoción y él se acercó para besársela borrándola con sus labios. —Sí, fui a Viena porque me moría por verte. Y menos mal que lo hice porque eso nos dio la coartada que necesitábamos para justificar cuando empezamos nuestra relación. Pero cuando llegaste a Nueva York… Joder, nunca he deseado tanto estar con alguien. Temí que me hubieras olvidado, pero cuando saliste al escenario no pudiste disimular tu alegría y me sentí el hombre más afortunado del mundo. —Apretó su mano. —Pero cuando salí del teatro para enfrentarme a tu padre, dijo cosas…

—Como que yo la había matado.

—Nena, no solo dijo eso.

—¿Qué?

—Estaba fuera de sí porque no le permitieron entrar en el teatro a pesar de que tenía entrada. Aprovechó que salía la prensa para dar rienda suelta a su odio. Cuando salí exigiéndole que se largara, me pegó por sorpresa y se echó a reír. Me preguntó si era tu nuevo novio. Que si era el nuevo del que te reías y con el que nunca te acostarías. —Separó los labios de la impresión. —Dijo que odiabas a los hombres sobre todo a él. Que me harías la vida imposible hasta que te deshicieras de mí. Eso unido a lo que dijo de tu madre y lo de las pastillas…

—Dudabas de mí. Lo sabía.

—Lo de tu madre era preocupante pero no tuvo nada que ver con mi reacción, nena. Me entró el miedo de que no fuera tan importante para ti como tú para mí. Por eso insistí en que nos casáramos, en tener el niño y te presioné con la muerte de George. Creía que en un año conseguiría que me amaras. —Apretó los labios. —Que estúpido. Tú ya me habías confesado que me querías, pero me enfureció la posibilidad de estar haciendo el idiota un año por una mujer a la que realmente no le importaba. No dejaba de darle vueltas a que el odio que profesabas a tu padre te había afectado hasta el punto de abandonar tu carrera, lo que más amabas. ¿Por qué ibas a amarme más a mí? El cabrón de tu padre esa noche sembró la duda en mí, por eso te dije que no me conocías y todas esas estupideces. Mi orgullo me hizo aparentar que no me importabas. Te juro que es algo que no me perdonaré nunca y ese sabor amargo me acompaña desde entonces. —Agachó la cabeza mirando sus manos unidas y acarició el dedo que llevaba su anillo. —Cuando me chantajeaste con contar nuestro secreto si te abandonaba, me di cuenta de hasta qué punto me había equivocado. Intenté arreglarlo, mostrarte lo que me importabas, pero no me atreví a verbalizarlo por vergüenza, nena. —Levantó la

vista hasta sus ojos llenos de lágrimas. —Porque te había hecho daño. Lo había estropeado todo yo mismo.

—Por eso me compraste el Stradivarius, para demostrarme que te importaba.

—Vi la ilusión que te hacía, no pude evitarlo. Y creía que poco a poco había ido demostrándote lo importante que eres para mí, pero esta noche me he dado cuenta de que todavía crees que no te amo. Y te amo más que a nada, nena. Te has convertido en mi vida y cuando casi te pierdo creí que me volvía loco. Quiero que seas mi esposa porque no hay nadie más para mí y lo supe desde que me rozaste al coger aquella bebida en mi despacho. Por eso he hecho todo lo que he hecho, para mantenerte a salvo, para mantenerte a mi lado y aun así casi te pierdo.

—Estoy aquí. —Se incorporó para besar sus labios. —Estoy aquí y te necesito.

La abrazó con delicadeza temiendo hacerle daño. —No quiero que dudes nunca más de lo que siento por ti.

—Júrame que no vas a perder la cabeza. —Sollozó sobre su hombro. —Esperaremos. Le arruinaremos, se lo quitaremos todo y después acabaremos con él. Tiene que presenciar mi vuelta a los

escenarios, ¿recuerdas? Que vea que no ha podido conmigo. Fuiste muy listo la otra vez, no debes perder el control, cielo. Ya llegará nuestro turno.

—No te preocupes más por eso.

—Júramelo.

—Te lo juro, mi amor. Te lo juro por mi vida.

—Te amo tanto. Soy tan feliz a tu lado…

Él cerró los ojos como si fueran las palabras más maravillosas del mundo. —Y nos quedan muchos años felices por delante, cielo. Años maravillosos.

Epílogo

Sentada ante el tocador sonrió por las hermosas rosas que su marido le había regalado para su debut y miró la foto de su boda pegada en el cristal. Hizo una mueca porque no se habían podido ir de luna de miel. Apenas dos meses después de salir del hospital ya estaba trabajando. Su fisio se había asombrado porque cuando llegó a sus manos ya tocaba el violín tres horas al día a pesar de que Luka cada vez que la veía con él en la mano ponía el grito en el cielo. Así que enseguida terminó el disco y empezó la promoción. Y la productora había querido que hiciera una gira en América cuanto antes para aprovechar el tirón y por contrato no había podido decir que no. Así que todo había sido tan precipitado que se había casado hacía una semana y ya estaba en un teatro. Bajó la mirada hasta el sello que tenía en el dedo meñique. Sonrió porque su marido se lo dio en la noche de bodas después de hacerle el amor. —Ya es oficial,

preciosa. Eres una Esdraffo —susurró antes de besar sus labios—. Aunque lo eres desde que te conocí. Naciste para mí.

—Sí —dijo ella emocionada acariciando su nuca—. Lo supe en cuanto te vi.

La puerta se abrió sacándola de su ensoñación y Luka entró sonriendo. —Está hasta los topes, cielo. Éxito total.

—Será un éxito si salen contentos.

Se levantó mostrando un vestido trasparente en color dorado y Luka se detuvo en seco. —Hostia, ¿qué llevas puesto? ¡Será la bata!

Rio por lo bajo. —Exagerado, no se me ve nada.

—¿Seguro? —Se la comió con los ojos. —Pues no me gusta.

Se echó a reír y se acercó abrazándole por el cuello. —Luego me lo quitarás tú. —Besó su labio inferior. —Serás el único que podrá ver lo que hay debajo.

Acarició su cintura. —¿Quieres una buena noticia?

—Como me digas que se alarga la gira y que tendremos que retrasar aún más la luna de miel nos fugamos.

—Eso no sería una buena noticia.

Rio por lo bajo apartándose. —Suéltalo.

—Vamos a ser padres.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Lo hemos conseguido, son nuestros.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Mis hermanos?

—Nos han dado la custodia total después de demostrar que tu padre es un maltratador psicológico. —Chilló de la alegría abrazándole y Luka rio. —Se los han quitado para siempre y nos los dan. Son nuestros y la fiscalía va a presentar cargos contra él. Va a ir a prisión. Me lo ha dicho esta tarde el abogado. Mañana debemos ir a buscarles a servicios sociales a las diez de la mañana.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Te lo digo ahora para motivarte. Y para que sepas que tendremos tres bocas más que alimentar, así que no puedes meter la pata ahí fuera que necesitamos el dinero.

Se echó a reír. —Serás tonto. —Besó sus labios. —Y no serán tres, serán cuatro. —Él la miró sin entender. —Bueno de momento lo alimento yo, pero dentro de siete meses…

Luka gritó de la alegría cogiéndola en brazos, girándola y haciéndola reír, pero de repente se detuvo en seco. —¿Ahora? ¿Con

la gira? —Frunció el ceño. —¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal y me has ocultado que has ido al médico?

—No, cielo. El doctor que me revisó el pulmón me hizo unos análisis, ¿recuerdas?

—Sí, y te iba a llamar para los resultados porque estábamos hasta arriba con el trabajo y la boda. Dijiste que todo estaba bien.

—Y todo está bien

—¿Y por qué me lo has ocultado?

—Quería sorprenderte en un día especial. Y hoy es especial.

Él sonrió. —Sí que lo es.

—Pero no solo por el concierto. Es especial porque hoy hace cuatro años que te vi por primera vez. —La miró sin comprender. —¿Por qué crees que pedí trabajo en la empresa de limpieza cuando podía dar clases privadas de violín para ganarme la vida sin tener que volver a los escenarios?

Luka dejó caer la mandíbula del asombro y soltó una risita. —Te vi entrar en la empresa cuando salía de la tienda que hay enfrente y le pregunté al portero de tu edificio quién eras. No tenía la preparación necesaria para trabajar en tu compañía, pero en ese momento llegó la furgoneta de la empresa de…

—Limpieza.

—Tardé seis meses en convencer a Martha para que me reclamara en el último piso. A veces te espiaba a través de la puerta. Y cotilleaba sobre ti en internet. —Acarició su cuello. —Soñaba contigo y el destino te hizo mi cómplice.

—Y lo seremos para siempre, mi amor. Para siempre.

Bajo unos árboles lo bastante lejos para que nadie se percatara de su presencia, vio como descendía el féretro y como el cura se alejaba. Ni un alma había asistido a su funeral, lo que indicaba la clase de persona que era. Nadie le echaría de menos y muchos vivirían más tranquilos. Levantó el periódico para ver el titular: *"Padre de famosa violinista muere en Central Park mientras su hija triunfa en el escenario".* Cristel se puso las gafas de sol y se giró caminando sobre el césped hasta su coche. En ese momento sonó su móvil y lo sacó a toda prisa poniéndoselo al oído. —Portland —dijo abriendo la puerta. Se detuvo y sonrió—. ¿Homicidios? Siempre he querido ese puesto. ¿En la veintiséis? —Sonrió de medio lado. —Por supuesto, voy para allá.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco

6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.